

A romantic scene from a historical drama. A man with dark hair, wearing a white shirt and a blue vest, stands on the left. A woman with long dark hair, wearing a red dress with a floral pattern, stands on the right. They are both looking at each other, and a white scarf is draped around their necks. The background is a lush, green landscape with trees and a path.

Escandalosamente mío

Amanda Mariel

Escandalosamente mía

DESTINADA A UN CANALLA

AMANDA MARIEL

TRADUCIDO POR
DIANA ZAMORA CUESTA

Otras Obras de Amanda Mariel

Damas Y Canallas

Planes escandalosos
Intenciones Escandalosas
Redención escandalosa
El Escándalo de la Solitaria
Aventura Escandalosa
Bailando con Serendipity

Amor legendario

Encantada por el Conde
Cautiva Del Capitán
Atraído por Lady Elianna
Encantada por el Duque

El Club de los Condes Picaros

Conde de Grayson
El Conde De Earlmoré
El conde de Stone

Conectada por un beso

Cómo besar a un canalla
Robándole Un Beso A Un Pícaro
Escandalizada por el beso de un canalla

El credo de la arquera dama

Georgina
Josephine

Del escándalo al Amor

Quiéreme
Si Es Amor
Creer en el Amor
Amor y santidad

Destinada a un canalla

La insensatez de Olivia
El destino me dio un duque
El conde de Stone

Quién necesita a un duque
Un canalla para conquistar
Deseo un duque por Navidad
Escandalosamente mío

El beso de un pícaro

Su Perfecto Bribón
Su Perfecto Demonio

Un Romance de Castillo

Por Siempre en tus Brazos

Novelas románticas históricas

Un beso encantador
Navidad en los Brazos del Duque
Una cita bajo la luna
Una Navidad Retorcida
Tentadora Seducción
Por siempre, mi pícaro

Avant-propos

Escandalosamente mío es una historia de tentación, honor y la naturaleza impredecible del corazón en un mundo donde chocan el amor y la reputación.

En los brillantes salones de baile y en las escandalosas salas de juego de la Inglaterra de la Regencia, el infame lord Tristan Breckenridge es un nombre que se susurra tanto con reverencia como con temor. Cuando durante una partida de cartas de alto nivel gana como premio a la cautivadora señorita Emmeline Brooks, una dama virtuosa que no se deja engañar por los encantos de la sociedad londinense, sus destinos se entrelazan irrevocablemente.

Tristan, un pícaro encantador que desprecia el matrimonio, nunca esperó conseguir una esposa a través de un juego de azar. Emmeline, decidida a evitar el escándalo a toda costa, se encuentra unida a un hombre cuya reputación le precede.

Cuando sus mundos colisionan, y el deber y el deseo chocan, Tristan y Emmeline deben navegar por las aguas traicioneras de un matrimonio no deseado y por sus propias emociones en conflicto. Entre ellos saltan chispas que encienden una pasión que ninguno de los dos esperaba. ¿Podrán forjar un amor que desafíe las expectativas? ¿O se deshará su unión, poniendo en peligro todo lo que atesoran?

Derechos de autor

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia.

Escandalosamente mío

Copyright © 2024 Amanda Mariel

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación o transmitirse de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Publicado por Brook Ridge Press

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Extracto](#)

[Capítulo 1](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Uno

El salón era un escenario en el que el señor Harold Brooks representaba su papel más encantador. Su risa, alegre y contagiosa, llenaba el espacio mientras entretenía a su hija Emmeline con historias de las recientes correrías de la alta sociedad. Un observador casual no se daría cuenta de la falsedad que se escondía bajo su pulido exterior, pero Emmeline sabía que no era así. Los ojos de su padre, agudos como los de un halcón, no perdían detalle, siempre en busca de oportunidades para avanzar en su precaria posición dentro de la alta sociedad.

—Emmeline, querida —dijo él, con un tono suave pero que denotaba urgencia—, he estado pensando mucho en tu futuro.

Se llevó las manos a la espalda y se paseó lentamente por delante de la chimenea, con las llamas temblorosas proyectando alternativamente calor y sombras sobre su rostro.

—Muy bien, padre —dijo Emmeline, con voz firme aunque el temor inundaba su pecho—. ¿Y cuál ha sido la conclusión de esas reflexiones?

—Que estás en una edad en la que el matrimonio debería ser algo más que una idea lejana —respondió él, volviéndose hacia ella con una sonrisa—. Una pareja adecuada podría asegurar no solo tu felicidad, sino la estabilidad económica de nuestra familia.

—¿Adecuada en términos de afecto o riqueza, padre?

Los labios de Emmeline se curvaron en una sonrisa educada, pero su tono tenía un ligero matiz afilado que delataba su resistencia a la idea de una unión sin amor.

—Ambas cosas, si la fortuna nos sonríe —dijo el padre con suavidad, acercándose a ella y cogiendo su mano, un gesto que pretendía transmitir cariño paternal, pero que ella sintió como si un grillete le apretara la muñeca—. Pero debemos ser pragmáticos. El amor es un lujo que puede venir después. La seguridad, sin embargo, no puede esperar.

—¿No es posible tener ambas cosas, padre?

Sus ojos, grandes y serios, buscaron los de él, intentando encontrar un atisbo de comprensión.

—Emmeline, eres una joya, pero incluso la gema más brillante necesita la montura adecuada para brillar de verdad. —Le apretó la mano con más fuerza—. Ten en cuenta al señor Edmund Wycliffe, un hombre de grandes medios e influencia. Se rumorea que está buscando una esposa capaz de elevar su estatus. Se asegurará de que no te falte de nada.

—El señor Wycliffe es un caballero de... dudosa reputación —replicó Emmeline, mientras su mente evocaba rumores que había escuchado sobre garitos de juego y deudas contraídas en noches oscuras. No habría amor entre ellos y, para colmo, casarse con un hombre así echaría a perder su reputación.

—Especulaciones y habladurías —desdeñó el señor Brooks con un gesto de la otra mano—. Lo que importa es el peso de su cartera y el poder de sus contactos. Esa es la realidad en la que vivimos, hija mía.

—La realidad... —repitió Emmeline en voz baja, retirando la mano de su agarre y dando un paso atrás, con la tela de su vestido susurrando contra el suelo. Volvió la mirada hacia la ventana, donde el mundo exterior no parecía afectado por la gravedad de su situación—. ¿Y qué hay de los sueños, padre? ¿No tienen peso en esta realidad tuya?

—Ah, Emmeline —dijo él suspirando, con un sutil cambio de postura que revelaba impaciencia—. Los sueños son para quienes pueden permitírselos. Ya es hora de que despiertes del tuyo.

Por un momento, se hizo el silencio en la habitación, la tensión entre padre e hija era palpable. Los ojos de Emmeline se detuvieron en el rostro severo de su padre antes de asentir, con los labios apretados en una delgada línea.

—Lo entiendo, padre —dijo ella, su voz apenas un susurro—. Sin embargo, no puedo evitar pensar...

—Emmeline —dijo él, y su tono pasó de la calidez a la severidad—. Nuestra situación económica es cada vez más desesperada. Es imperativo que encuentres un marido adecuado, y pronto.

—Padre, comprendo la importancia de asegurar el futuro de nuestra familia —respondió Emmeline, con la voz teñida de frustración—. Pero no puedo simplemente casarme con el primer caballero que me ofrezca estabilidad financiera. Quiero casarme por amor.

—El amor es un lujo que no podemos permitirnos —dijo él, con sus ojos oscuros implorándole que comprendiera la gravedad de su situación—. Tu deber es para con esta familia y su futuro.

Su padre hizo una seña a Emmeline para que le siguiera a su despacho. Se detuvo junto a su opulento escritorio de caoba, con los dedos bailando ociosamente sobre los bordes de un pergamino repleto de cifras. Cuando Emmeline lo miró, él le dedicó una sonrisa paternal que disimulaba el brillo agudo de sus ojos, un brillo que hablaba de dinero y contactos, más que de afecto.

Su padre se inclinó sobre la pila de facturas vencidas y la miró con severidad.

—Debes casarte bien, y debes hacerlo cuanto antes —dijo él, con el ceño fruncido por la preocupación—. De lo contrario, nos arruinaremos.

Emmeline apretó las manos, sintiendo el peso de las expectativas de su padre posarse sobre ella. Miró la pila de facturas sobre el escritorio, la evidencia de su grave situación financiera demasiado obvia. Un nudo de ansiedad le apretó el pecho al considerar las escasas opciones que tenía, una vida constreñida por las convenciones y el deber.

A pesar de la constante presión de su padre para que diera prioridad a la estabilidad económica sobre el amor, no podía aceptar un matrimonio sin afecto verdadero. Esbozó una débil sonrisa, tratando de ocultar el estómago revuelto.

—Padre, sé que una vida de pobreza sería difícil, pero un matrimonio sin amor sería aún más insostenible.

—El amor está muy bien —respondió él, agitando la mano desdeñosamente—, pero no mantendrá un techo sobre nuestras cabezas ni pondrá comida en nuestra mesa. Debes pensar en el futuro de nuestra familia, Emmeline. ¿Qué hay de mi libertad? ¿Has pensado en lo que le ocurre a un hombre que no puede pagar sus deudas?

La frustración y la ansiedad crecían en su interior a medida que las expectativas de su padre

se cernían sobre ella. Emmeline luchó por mantener la compostura mientras le sostenía la mirada.

—Padre, comprendo nuestra situación, pero seguro que hay una forma de encontrar tanto el amor como la estabilidad financiera —imploró ella, con voz vacilante—. La temporada acaba de empezar. Simplemente necesito tiempo para encontrar un pretendiente adecuado.

—El tiempo no está de nuestro lado, querida —dijo él, con voz firme—. Debes ser práctica.

—Hemos hablado largo y tendido, pero mis sentimientos no han cambiado.

La postura de Emmeline era tan rígida como el lomo de los libros encuadernados en cuero que adornaban las estanterías. Juntó las manos y el encaje de las mangas le rozó los dedos.

—Espero que sea una broma. —Él se rio entre dientes y se acercó a ella, inundando con su presencia el espacio que los separaba—. Un buen partido aseguraría tu comodidad y la posición de nuestra familia. Debes ser sensata en este asunto.

—¿Acaso no es sensato buscar la felicidad junto con la seguridad? —replicó ella, con voz firme, aunque el corazón le golpeaba la caja torácica a un ritmo feroz.

—Emmeline, querida, la felicidad es un lujo que no podemos permitirnos priorizar. He visto demasiados inviernos como para creer en tales locuras. La seguridad es tangible. Es real. —Extendió su mano, como para enfatizar sus palabras con su contacto, pero ella retrocedió, manteniendo la distancia física como una barrera para proteger sus convicciones. La mirada de su padre se volvió fría—. Si no consigues rápidamente un esposo adecuado, me veré obligado a buscarte una pareja.

—Entonces me envolveré en la crudeza de la realidad, padre —dijo ella, con la mirada inquebrantable, sintiendo aún el aguijón de su decepción—. Porque no me casaré con el primer canalla que me pongas delante.

—Muy bien —suspiró él, dándose la vuelta para disimular el destello de frustración que cruzó su rostro—. Pero recuerda que el tiempo no es tu aliado.

La mirada severa de su padre la siguió mientras se daba la vuelta y salía con elegancia de la habitación, con el corazón cargado de palabras no dichas y sueños dejados de lado temporalmente. Los pasos de Emmeline resonaron en el silencio mientras salía del despacho.

Respirando profundamente, entró en el salón iluminado por el sol donde la esperaba lady Arabella Fitzwilliam. Arabella arqueó una ceja perfectamente esculpida en una pregunta silenciosa mientras se volvía hacia Emmeline, la vidriera de colores proyectaba sobre ella tonos rojos intensos y morados apasionados, que reflejaban las tumultuosas emociones que luchaban en el pecho de Emmeline.

—Querida —dijo Arabella con suavidad, acercándose a Emmeline—. Puedo ver la ansiedad en tus ojos. Dime qué te preocupa.

Emmeline suspiró, acariciando con los dedos la tela de su vestido.

—Es mi padre —confesó—. Insiste en que me case pronto, y no con cualquiera: quiere que encuentre un esposo rico que pueda salvar a nuestra familia de la ruina económica. —Arabella inhaló bruscamente. Emmeline apartó la vista de los cuidados jardines que se extendían más allá de la ventana mientras continuaba—. Me encuentro atrapada en una espesura de expectativas y miedo, cada espina un susurro de la voluntad de mi padre.

Arabella miró a Emmeline con una mirada de profunda empatía.

—¿Tan mal están las cosas?

El dique del decoro que retenía las confesiones de Emmeline se resquebrajó, una fisura provocada por la seguridad que le producía la presencia de su amiga.

—Pretende vender mi mano como quien vende ganado, valorando el dinero por encima del

amor, los títulos por encima del afecto.

Su voz temblaba, traicionando la firme fachada que mostraba a la sociedad.

Arabella se levantó y cruzó la habitación, sus faldas susurrando contra la alfombra de Aubusson mientras se acercaba a Emmeline. Puso una mano sobre el hombro de su amiga.

—¿No hay ni un pequeño rayo de esperanza en que el amor guíe tu decisión? —preguntó Arabella, su tono amable pero inquisitivo.

—Amor... —repitió Emmeline en voz baja, como si la palabra fuera una invocación sagrada. Anhelaba una conexión que trascendiera los libros de contabilidad y el linaje, un anhelo susurrado en los silenciosos rincones de su corazón.

Emmeline recorrió el salón de un lado a otro, con las palabras de su padre oprimiéndole el pecho como un corsé de plomo, limitando cada respiración con la implacable urgencia de las exigencias de su padre.

—Mi padre ve el matrimonio como una solución a sus... indiscreciones —admitió Emmeline, la verdad era un trago amargo—. Sin embargo, no puedo resignarme a una unión carente de verdadero afecto. Mi alma sufre ante la idea de yacer junto a un hombre al que no amo.

Se detuvo frente a la ventana.

—Oh, Emmeline —dijo Arabella, acercándose a ella.

—Temo que si comprometo mis principios para asegurar la fortuna de nuestra familia, me estaré condenando a una vida de miseria —confesó Emmeline, con la voz cargada de emoción—. No puedo... no quiero... conformarme con nada menos que el amor.

—Entonces debes luchar por ello —dijo lady Arabella, tomando las manos de Emmeline entre las suyas—. Mantente fiel a tus convicciones y no dejes que el miedo o la desesperación dicten tu futuro.

—Ojalá mi determinación pudiera protegerme de sus expectativas —murmuró Emmeline, con la mirada distante. Se imaginó a sí misma en el altar, intercambiando votos con un extraño, sus destinos entrelazados por necesidad más que por elección. La perspectiva la dejó vacía.

—Recuerda que eres la dueña de tu destino, no un peón en el juego de otro —le aconsejó Arabella, con el tono impregnado con la idea embriagadora de la rebelión—. Es tu felicidad la que debe regir cualquier unión.

—Pero, ¿cómo voy a navegar por estas aguas traicioneras, Arabella? —La voz de Emmeline reveló la tensión de su dilema—. La persistencia de mi padre es implacable. Sus astutas coacciones están diseñadas para atraparme en una red tejida a partir de sus propios deseos avariciosos. Me ha dicho que si no actúo con rapidez, él actuará por mí.

—Tu padre, aunque hábil en el arte de la persuasión, no puede dominar los asuntos del corazón —dijo Arabella, con la mirada firme e inquebrantable—. Es un terreno que él no domina, y tú debes protegerlo ferozmente contra sus intromisiones.

El contraste entre la astuta manipulación de padre y la atención sincera de Arabella era muy marcado. En la mirada firme de Arabella, Emmeline vio reflejada no solo verdadera preocupación por su bienestar, sino también la promesa de contar con una aliada que estaría a su lado desafiando los planes de su padre.

Una sonrisa lenta y decidida se dibujó en su rostro mientras se enderezaba y sus ojos esmeralda brillaban con determinación.

—Tienes razón, y no me conformaré, sin importar los obstáculos que se interpongan en mi camino. Mi padre no me obligará.

—Bravo —exclamó Arabella, abrazando con cariño a su amiga—. Con ese espíritu y esa

determinación, no me cabe duda de que encontrarás la felicidad que te mereces.

Los ojos de Emmeline brillaron con gratitud y con una nueva determinación, y su vulnerabilidad dio paso a una creciente esperanza en el romance con el que se atrevía a soñar: una relación amorosa que desafiaría las limitaciones de las maquinaciones de su padre.

—Puede que mi padre conspire y maquine —dijo ella, y su mirada se endureció al imaginarse a su padre instalado en su despacho, rodeado de libros de contabilidad y del aroma de la desesperación—, pero yo no me dejaré convencer tan fácilmente. Encontraré una pareja que nos satisfaga a ambos, o no encontraré ninguna.

Por muy difícil que fuera su camino, Emmeline juró seguir a su corazón y perseguir el amor verdadero, sin importar las consecuencias.

Das



Lord Tristan Breckenridge, con un atractivo sin límites, se paseaba por las bulliciosas avenidas de Londres, un espectáculo para todos los que recorrían sus vibrantes calles. La ciudad, con su mezcla de vitalidad y grandeza, servía de telón de fondo apropiado para su llamativa figura, una vida en la que él era a la vez navegante y conquistador.

La multitud sutilmente empezó a darse cuenta de su presencia: un caballero elegante, sin el peso del decoro, que se movía con la seguridad de quien es dueño de cada piedra que pisa con sus botas pulidas.

—Buenos días, milord —dijo una joven señorita, con las mejillas encendidas al hacer una reverencia, el ala de su sombrero apenas ocultaba el brillo esperanzado de sus ojos.

—Encantadora como siempre, señorita Harlow —dijo Tristan, su voz era una melodía tan dulce como la miel, rica en matices de coquetería experimentada. Le cogió la mano, rozando con el pulgar su delicada piel en un gesto tan fugaz como cargado de promesas, antes de llevársela a los labios dándole un ligero beso. Un suspiro colectivo, que apenas fue un susurro, emanó de las mujeres reunidas, cada una compitiendo por tal atención.

—Lord Breckenridge, ¿asistirá al baile de lady Ashford?

Otra alma atrevida se aventuró a entablar conversación, en su voz un tono de desafío, como si estuviera lanzando un sedal a un arroyo, con la esperanza de atrapar la presa escurridiza que era el favor de Tristan.

—No me lo perdería por nada del mundo —aseguró él, sosteniendo su mirada con la intensidad de un hombre que disfrutaba con ese tipo de juegos—. Especialmente si puedo compartir un baile con usted.

Las embriagadoras palabras quedaron flotando en el aire, y provocaron en la dama una risita de niña que se apresuró a disimular con una mano enguantada.

Mientras continuaba su paseo tranquilo, le seguía el sonido de risas sutiles y los rostros sonrojados de las flores más bellas de Londres florecían a su paso. Cada encuentro, por breve que fuera, dejaba una huella indeleble en los corazones de quienes buscaban tan solo un momento de su atención.

Tristan, el granuja consumado, se deleitaba en el juego, cada palabra y cada gesto calculados para emocionar y provocar. Sin embargo, bajo las bromas juguetonas y los intercambios coquetos, nadie podía discernir las sombras que se escondían en su corazón, sombras nacidas de la tragedia y ocultas tras la fachada de la diversión perpetua. Por el momento, seguía siendo el príncipe del placer, y su sola presencia era una promesa tentadora de escándalo y deseo.

A cada paso que Tristan daba por las empedradas calles de Londres, su sonrisa pícara era como un faro que atraía admiradores con su encanto travieso. Las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba en señal de alegría, un testimonio silencioso de la alegría que bailaba detrás de sus vibrantes ojos verdes. Se movía con una elegancia que desmentía su reputación de bribón, con paso seguro y pausado, como si paseara por la vida a su propio ritmo.

—Buenos días, milord —saludó una mujer entrada en años vestida de terciopelo, cuyo abanico se agitó furiosamente al verlo—. Está usted especialmente elegante esta tarde.

—Señora —respondió Tristan con una suave inclinación de cabeza—, sus palabras son tan amables como el sol primaveral.

Su voz tenía la suave cadencia de la tentación, rica y cálida como un buen coñac.

—Siempre es todo un canalla —dijo ella con otro gesto de su abanico—. No se meta en líos.

—¿Qué tendría de divertido eso?

Hizo una reverencia antes de proseguir su camino.

A medida que avanzaba, su andar mostraba un indicio de imperfección, un ligero desnivel que indicaba una desventura pasada. Era una herida de otra vida, una pierna rota sufrida en un momento de imprudencia mientras acompañaba a su hermana. Sin embargo, solo servía para realzar el encanto de su persona, un pícaro tocado por la adversidad pero no definido por ella. El dolor era un susurro fantasmal, fácilmente ignorado en favor de la vitalidad de la ciudad que le rodeaba.

El sutil recordatorio de su vulnerabilidad, al igual que los susurros de sus hazañas, añadían profundidad al enigma que era Tristan. Sin embargo, no se permitió pausas para la contemplación, ni tiempo para la compasión o las preguntas inquisitivas. En lugar de ello, canalizó el recuerdo en forma de impulso, fomentando un desafío que le hizo ganarse aún más el cariño de su público. Su pasado era un libro cerrado, cuyas páginas solo se pasaban en raras ocasiones, cuando la soledad exigía compañía.

—Tristan, tenga cuidado —escuchó una voz familiar, entremezclada con una fingida preocupación. Lady Clearfield, siempre conspiradora y juguetona en sus coquetos intercambios, lo miró con fingida aprensión.

—Cuidadoso, mi querida dama, es lo que soy cuando navego por habitaciones llenas de debutantes. Aquí fuera —señaló con un gran gesto a la bulliciosa calle—, simplemente estoy vivo.

El brillo de sus ojos prometía aventuras inenarrables, del tipo de las que se susurran en los salones mucho después de que se hayan apagado las velas.

—Vivo y absolutamente incorregible —replicó ella, con una sonrisa cómplice en los labios.

—Soy culpable —afirmó él, haciendo una leve reverencia al aceptar el elogio. Y siguió su camino, dejando un rastro de flirteo y el persistente aroma del sándalo a su paso.

A medida que el crepúsculo se cernía sobre la ciudad, Tristan, señor del vicio y experto de la noche londinense, se paseaba con soltura. Las lámparas de gas de la ciudad arrojaban su resplandor sobre los adoquines, iluminando un camino trillado, y cada paso que daba era un desafío tácito al mundo.

No era ajeno a los rincones clandestinos donde se ganaban y perdían fortunas con el lanzamiento de los dados o el giro de una carta. Los garitos de juego conocían su nombre tan bien como el tintineo de las monedas, y las tabernas lo acogían como a un hijo pródigo que regresa a casa en busca de juerga y descanso. Ser lord Tristan Breckenridge era ser una criatura de las sombras, que prosperaba allí donde la reputación podía mancharse tan fácilmente como la plata que se deja sin cuidar.

En estos lugares de autocomplacencia encontraba consuelo y evasión, compañía sin compromiso. Las hermosas mujeres que frecuentaban estos establecimientos rivalizaban por su atención, atraídas por su atractivo como polillas a una llama que prometía tanto calor como posible destrucción. Bailaba con ellas, reía con ellas, les susurraba dulces palabras para seducirlas que no prometían más que el fugaz placer del momento y se acostaba con más de una.

Sin embargo, tras la fachada de libertinaje se escondía un pasado marcado por la tragedia. La pérdida de sus padres había sido abrupta y brutal: un accidente de carruaje que sacudió a la familia con la fuerza de una tempestad. Le había dejado a la deriva en un mar de incertidumbre, un joven obligado a navegar por las aguas de la vida mucho antes de lo que cualquiera desearía.

A menudo se preguntaba si su afición a los pasatiempos nocturnos que no ofrecían lazos duraderos era un escudo contra el miedo a la pérdida. Si uno no tiene nada cerca, no se lo pueden quitar. De esa forma, se envolvía en un manto de despreocupación, una defensa contra los crueles caprichos del destino que ya le habían robado tanto.

Aquella noche, sin embargo, los recuerdos afloraron de improviso. Brillaban en la periferia de su visión como espectros en una fiesta. La risa de sus padres, que una vez fue la música de su mundo, ahora resonaba débilmente en los recovecos de su corazón, una melodía inquietante que subrayaba la impermanencia de la alegría.

Tristan se adentró en los ilustres confines del White's con un aire de despreocupación que contradecía el tumulto que se agitaba bajo su elegante exterior. Los murmullos del selecto club de caballeros acallaban su melancolía.

—Tristan, maldito —exclamó su amigo más cercano, que ya se había convertido en cuñado, Charles De Vere, duque de Bedford, levantándose de su silla de cuero con una sonrisa de bienvenida. Su mirada transmitía la calidez de un afecto genuino, un lujo que Tristan se permitía con moderación, por temor a que le tentara a bajar sus defensas cuidadosamente erigidas.

—Charles —saludó Tristan, aceptando la mano que le tendía y estrechándola con firmeza, un contacto breve pero basado en años de amistad—. ¿Cómo te va con el matrimonio? ¿Ha domado al león? ¿O ya te has cansado de mi hermana?

—Me atrevería a decir que nunca me cansaré de tu hermana —dijo Charles con una risita, indicando a Tristan que tomara asiento. Hizo una señal para que les sirvieran dos copas de whisky, cuyas profundidades ambarinas pronto reflejaron la luz titilante de las velas.

—Bien porque tendría que matarte si le haces daño. —Tristan sonrió mientras cogía su copa—. Ah, ¿pero recuerdas las noches cuando mandábamos nosotros? —musitó Tristan en voz alta, sorbiendo el whisky mientras le calentaba la garganta, una agradable distracción de los susurros de su corazón que anhelaba, tontamente, algo más duradero que el placer efímero—. Los garitos de juego temblaban al acercarnos, y las doncellas se desmayaban con la mera mención de nuestros nombres. Tengo que decir que mis noches no son tan divertidas ahora que te ha domesticado.

—Aquellos días están grabados en la memoria —dijo Charles, con sus ojos azules encendidos por el reflejo de su pasado compartido—. Pero ahora he encontrado un tipo de aventura diferente, una que nunca esperé apreciar como lo hago. Y debo confesar que es mucho más satisfactoria.

Tristan enarcó una ceja, un gesto que expresaba su escepticismo sin necesidad de palabras. Entregarse al amor parecía similar a ir al matadero; sin embargo, allí estaba Charles, dichoso e indemne de los lazos del matrimonio.

—Tal vez algún día conozcas la misma felicidad. —Charles miró a Tristan con complicidad—. Pero tú, amigo mío, pareces más inclinado a perseguir sombras que a disfrutar de la luz del

día.

La risa de Tristan sonó clara, un sonido melodioso que no contenía ningún eco de la tristeza que mantenía oculta.

—Las sombras pueden ser muy divertidas. Cambian de forma, bailan, ofrecen la emoción de la persecución sin el lío de la captura.

—Pero incluso las sombras huyen del sol —señaló Charles en voz baja, con palabras llenas de preocupación.

—Entonces brindemos por la luna —declaró Tristan, alzando su copa en un brindis por el refugio que otorgaba la noche—. Porque bajo su brillo plateado, podemos deleitarnos con la ilusión de la constancia.

Bebieron, y el silencio que reinaba entre ellos se llenó con el tintineo del cristal y la comprensión de que algunas heridas eran demasiado profundas incluso para que las curasen las tiernas atenciones del tiempo. Cuando el whisky dejó un rastro de fuego, Tristan saboreó el ardor, una sensación agradable que le recordaba que seguía muy vivo, aunque una parte de él siguiera perdida en los ecos de una vida anterior.

Tristan puso el vaso sobre la reluciente mesa de caoba, y el líquido dorado emitió un cálido resplandor a la luz del fuego de la sala privada del White's. El aroma ahumado del whisky aún persistía, pero lo que ahora ocupaba sus pensamientos era la promesa tentadora de la noche que se avecinaba.

—¿Otra copa? —preguntó Charles, señalando la licorera con una ceja levantada.

—Ah, la tentación —musitó Tristan en voz alta, permitiéndose una sonrisa traviesa mientras rechazaba la invitación con un amable gesto de la mano—. Pero debo confesar, mi querido amigo, que se me abre el apetito por otro tipo de vicio.

—¿Ah, sí? —Los ojos de Charles brillaron intrigados—. ¿Te vuelven a llamar las cartas? ¿O tal vez un par de ojos azules divisados en un salón abarrotado?

—Ambas cosas, si la fortuna me sonríe —respondió Tristan con una carcajada, un sonido cargado de expectación.

—Entonces, brindo por tu éxito —brindó Charles, levantando su copa una vez más, con una sonrisa cómplice jugueteando en las comisuras de sus labios.

—Por la noche —dijo Tristan, con la voz teñida de la determinación de un juramento. Se prometió a sí mismo que se sumergiría en el torbellino de la noche con vigor, que saborearía el dulce néctar de las relaciones fugaces sin riesgo de enredarse y que desterraría el pasado de su mente.

Mientras se levantaba de su asiento, alisando la tela de su abrigo a medida, Tristan sintió el familiar revuelo de la excitación.

Con una inclinación de cabeza hacia su amigo, se dirigió hacia la promesa de la noche, el susurro de los vestidos de seda y las miradas robadas que le embelesaban. La noche había llegado y Tristan estaba dispuesto a disfrutar de todos los placeres inmorales que podía ofrecerle.

Tres

Emmeline entró imponente en la sala de baile, con el corazón latiendo de emoción, mientras contemplaba la opulencia que la rodeaba. Las lámparas de araña resplandecían en lo alto, iluminando los elegantes vestidos y los peinados de los asistentes. Miró nerviosa a su alrededor, sintiéndose fuera de lugar entre las altas esferas de la sociedad londinense.

—Levanta la cabeza, querida —le dijo su tía abuela, lady Constance Lockwood, mientras cogía a Emmeline del brazo y la guiaba entre la multitud. Lady Lockwood lucía una figura impresionante con su vestido de seda zafiro y el pelo plateado recogido bajo el turbante enjoyado—. Sé que todo esto es nuevo para ti, pero debes causar una buena impresión esta noche si quieres asegurar tu lugar. —El tono de voz de lady Lockwood era brusco—. Espalda recta, sonrisa sutil. No parezcas demasiado ansiosa.

Emmeline ajustó su postura, esperando que su sencillo vestido de muselina rosa pálido no provocara el desprecio de las otras damas. Tenía que recordarse a sí misma que, a pesar de la frialdad de lady Lockwood, su tía solo quería lo mejor para ella.

Mientras se abrían paso a través del mar de joyas relucientes y el frufrú de las sedas, Emmeline sintió el peso de las miradas juzgadoras de la concurrencia. Era una extraña allí, su futuro dependía de su aprobación. Era casi suficiente para hacerla dar media vuelta y huir hacia la noche.

Pero no defraudaría a su tía. Había llegado tan lejos y llegaría hasta el final. Barbilla alta, espalda recta, tal y como le había ordenado su tía. Ella era más que su sencillo vestido y sus modales campestres. Era la señorita Emmeline Brooks, y pertenecía a ese lugar.

La mirada de Emmeline recorrió el salón de baile, observando las parejas que bailaban, la orquesta que tocaba una animada melodía, el murmullo de la conversación interrumpido por risas ocasionales. A pesar de los nervios, la emoción le aceleró el pulso. Era la primera vez que contemplaba el mundo glamuroso de la alta sociedad. Su presentación en sociedad y quería disfrutar de la noche.

Mientras observaba a la multitud, sus ojos se encontraron de repente con una intensa mirada verde procedente del otro lado de la sala. Se quedó sin aliento ante el magnetismo de la mirada del caballero.

El pelo le caía alborotado sobre la frente y su traje dejaba ver unos hombros anchos y una cintura delgada. Estaba de pie con una elegancia indolente, su presencia dominaba el espacio circundante. Cuando sus miradas se cruzaron, sintió una chispa de atracción que le recorrió la espalda.

Rápidamente bajó la mirada, con las mejillas sonrojadas. Probablemente estaba acostumbrado a que jóvenes inocentes suspiraran por él. Emmeline no sería una de ellas. Sin embargo, su corazón traidor latía con fuerza al pensar que la estaba mirando.

Levantó el abanico para taparse la boca.

—¿Quién es ese caballero que nos mira desde el otro lado de la habitación? ¿El que está junto a las puertas de la veranda? —preguntó ella.

Lady Lockwood se detuvo un instante, su mirada se fijó en el caballero.

—Es lord Tristan Breckenridge. Ven, es hora de que conozcas a algunos caballeros adecuados —dijo con brusquedad, dirigiendo a Emmeline hacia un grupo de jóvenes lores—. Le prometí a tu padre que te casaría antes de que acabara la temporada, y eso es lo que pienso hacer.

Mientras se acercaban, Emmeline sintió un golpecito en el hombro. Se giró y vio a lord Tristan sonriéndole, con sus ojos verdes bailando.

—¿Me concede el honor de este baile?

—Eso es muy impropio —dijo lady Lockwood, entornando la mirada fija en lord Breckenridge—. No se ha presentado como es debido.

Emmeline sintió nervios en su estómago.

—Mis disculpas, lady Lockwood. —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Por favor, presénteme a esta encantadora joven que tiene a su cargo.

La mirada severa de lady Lockwood se suavizó, un atisbo de sonrisa se dibujó en sus labios.

—Muy bien. Pero recuerde comportarse con decoro de ahora en adelante, milord.

—Prometo esforzarme al máximo —dijo él guiñándole un ojo.

Emmeline juraría haber visto a su tía sonrojarse ante la burla del lord antes de hacer las presentaciones.

—Lord Breckenridge, permítame presentarle a mi sobrina, la señorita Emmeline Brooks.

—Es un placer conocerla, señorita Brooks. —Lord Breckenridge cogió la mano de Emmeline y se inclinó sobre ella. No le soltó la mano mientras se enderezaba y luego dijo—: Ahora que estamos debidamente presentados, ¿me concede este baile?

—Claro —dijo Emmeline.

El joven metió la mano de ella en el pliegue de su codo, lo que le provocó un pequeño escalofrío por el brazo. Mientras la conducía a la pista de baile, Emmeline percibió la mirada de desaprobación de su tía. Ya se ocuparía de eso más tarde. En ese momento, su intención era disfrutar de cada momento en los brazos de lord Tristan Breckenridge.

Su mano se posó ligeramente en la cintura de ella mientras se colocaban para bailar. Su tacto era ligero como el de una pluma, pero ella notaba el calor de su palma a través de la tela de su vestido.

Cuando empezó la música, se movieron juntos sin esfuerzo, sus pasos perfectamente sincronizados. Tristan guiaba a Emmeline por la pista de baile con una elegancia natural, su cuerpo en sintonía con el de ella. Ella se inclinó hacia él, inhalando su aroma a sándalo.

—Baila divinamente, señorita Brooks —murmuró él, sin apartar los ojos de ella.

Emmeline notó que se le calentaban las mejillas al escuchar el cumplido.

—Como usted, milord.

—Por favor, llámame Tristan. —Su voz era como el terciopelo—. Aunque solo sea durante este baile.

—Tristan —repitió ella en voz baja, un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Era deliciosamente impropio dirigirse a él con tanta familiaridad. Su tía nunca lo aprobaría. Emmeline sonrió ante la idea.

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Tristan, con una ceja enarcada.

—Estaba pensando en cómo reaccionaría mi tía si me dirigiera a ti de manera tan informal.

—Desde luego, no lo aprobaría. Pero, como sabes, eso forma parte de la diversión.

Sus ojos verdes brillaban mientras daban vueltas por la sala. Sus risas se mezclaban con la música, creando una burbuja de diversión que solo ellos compartían.

Emmeline sintió una sensación de libertad que nunca antes había experimentado. Bailar con lord Breckenridge, bajo la atenta mirada de la matrona más estricta de la sociedad, era estimulante, como probar la fruta prohibida.

Mientras bailaban, Tristan mantuvo con ella una conversación ingeniosa intercalando bromas de vez en cuando, lo que hizo que Emmeline se sintiera completamente cómoda. Le hizo preguntas sobre sus intereses, dejando claro que su opinión le importaba. El encanto y el carisma que tanto le caracterizaban se pusieron de manifiesto, y Emmeline se deleitó con ellos.

A medida que el baile continuaba, Emmeline echaba miradas al rostro atractivo de Tristan: mandíbula fuerte, labios curvados en una sonrisa traviesa. Su contacto encendió un fuego en su interior, despertando deseos que nunca se había atrevido a reconocer. Podía sentir el calor de su cuerpo tan cerca del suyo, el sutil aroma de su colonia tonteando con sus sentidos.

Cuando terminó el baile, Tristan se inclinó con elegancia.

—Espero que podamos volver a bailar más tarde, Emmeline —dijo en voz baja. —Tal vez un vals.

El sonido de su nombre en los labios de él la hizo sentir un escalofrío placentero.

—Me gustaría mucho —dijo ella.

Tristan acompañó a Emmeline hasta donde se encontraba su tía. Lady Lockwood los miró con desaprobación, pero no dijo nada.

—Gracias por el baile, señorita Brooks —dijo Tristan con una reverencia—. Espero con impaciencia el próximo.

Emmeline no pudo evitar sonreír al escuchar sus palabras mientras Tristan se abría paso entre la multitud. Se volvió hacia su tía, esperando una severa reprimenda, pero en su lugar encontró un brillo en los ojos de lady Lockwood.

—Bueno, parece que le has gustado a lord Breckenridge —dijo su tía con tono socarrón—. No lo elegiría para ti, pero ciertamente podría ser peor.

Emmeline sintió que se volvía a ruborizar.

—No creo que sea apropiado que digas eso, tía.

—Oh, calla, querida. Solo quiero decir que parece encantado contigo. Y debo admitir que a mí también me encanta. Pero ten cuidado, es un granuja y no queremos arruinar tu futuro. — Emmeline se sorprendió al escuchar a su tía admitirlo. La mujer solía ser muy estricta y correcta—. ¿Crees que pedirá tu mano? Me atrevería a decir que tu padre lo aprobaría. Breckenridge es el segundo hijo, pero cuando el padre es un duque, eso no significa nada.

Lady Lockwood se rio.

El corazón de Emmeline dio un vuelco al pensarlo. Acababa de conocer a lord Breckenridge y, sin embargo, la idea de estar con él para siempre le parecía maravillosa y tentadora. Sin embargo, no era tan tonta como para creer que un canalla se pudiera enamorar de ella. Desde luego, no con un solo baile.

—Creo que es demasiado pronto para saberlo —dijo Emmeline con cautela.

Lady Lockwood asintió, pero Emmeline pudo ver la emoción brillar en sus ojos. El resto de la velada la pasó mezclándose con otros invitados y bailando con varios pretendientes, pero no podía quitarse a Tristan de la cabeza.

Dejó escapar un suave suspiro mientras recorría el opulento salón de baile, envuelta en el sonido de la orquesta y el murmullo de los invitados. Aunque la sala era un hervidero de lores y damas, todos pasaron a un segundo plano mientras sus pensamientos seguían consumidos por Tristan.

Horas después, aún podía sentir la huella de su mano en la cintura, el calor de su aliento haciéndole cosquillas en la oreja mientras bailaban. Su química había sido innegable, una atracción instantánea que le aceleraba el pulso y le producía un cosquilleo en la piel. Sabía que no debía tener pensamientos tan escandalosos sobre un caballero al que acababa de conocer, pero no podía ignorar el anhelo de su corazón.

Tristan la había mirado como ningún otro hombre lo había hecho, como si pudiera ver el núcleo de su alma. Sus sonrisas encantadoras y sus bromas coquetas revelaban un ingenio rápido y una confianza fácil que a ella le resultaban irresistibles. Pero eran los destellos de vulnerabilidad de sus llamativos ojos verdes los que realmente la cautivaban.

Emmeline se preguntaba qué secretos se escondían bajo aquella apariencia de despreocupado, qué pesares rondaban las profundidades de su corazón. Ansiaba consolarle y comprenderle.

Pero, por desgracia, un hombre de su reputación nunca vería a una debutante respetable como algo más que un coqueteo pasajero. Emmeline sabía que debía proteger su corazón de falsas esperanzas, por mucho que su alma anhelara volver a verle.

Cogió un vaso de limonada y se volvió, encontrándose cara a cara con el hombre que ocupaba sus pensamientos.

—Creo que me debes un vals —dijo él.

—Eso creo —dijo ella. Sonrió y volvió a dejar el vaso sobre la mesa.

Emmeline sintió cómo las mejillas se le sonrojaban y le faltaba el aliento mientras Tristan la guiaba en el animado vals. La mano de él en su cintura era a la vez emocionante y escandalosa, y su contacto le provocaba oleadas de deseo.

A medida que se movían juntos, sincronizados sin esfuerzo, la atracción entre ellos se hacía innegable. Cada elegante giro acercaba sus cuerpos, y Emmeline se dio cuenta de que cada vez se inclinaba más hacia él, ansiando más contacto. Los ojos de Tristan brillaban mientras la miraban, mostrando una pasión apenas contenida.

Emmeline sabía que debía alejarse, pero no se atrevía a hacerlo. Durante esos pocos momentos robados, quería fingir que no existía el decoro, que podía entregarse a los deseos de su corazón sin consecuencias.

Tristan también parecía atrapado por la magia del baile y la conexión que surgía entre ellos. Su sonrisa pícara habitual fue sustituida por una mirada de vulnerabilidad. Su guardia bajó brevemente para revelar destellos de su verdadero yo bajo el encanto.

Se rieron juntos mientras él la hacía girar juguetonamente, con un sonido cargado de alegría y cercanía. El resto del salón de baile se desvaneció hasta que solo quedaron ellos dos, solos en su perfecta sincronía.

El vals terminó demasiado pronto, dejando a Emmeline sonrojada y a Tristan igual de afectado.

Emmeline deseaba que el baile durara para siempre, pero por decoro debían separarse ahora que la música había cesado. Cuando Tristan se inclinó con elegancia sobre su mano en señal de despedida, Emmeline sintió una punzada en el corazón, sabiendo que aquel encantador encuentro probablemente sería la última vez que experimentaría una conexión tan íntima con él.

—Gracias por el baile, milady —murmuró Tristan, con ojos traviesos—. No lo olvidaré

pronto.

Emmeline se ruborizó, embargada por emociones agridulces.

—Yo tampoco, milord. Eres un bailarín magnífico.

La acompañó hasta su tía, luego se dio la vuelta y desapareció entre la multitud. Emmeline sintió la ausencia de Tristan como un dolor físico, echando de menos su calor y el regocijo de su contacto. Se preguntó si él sentiría lo mismo.

Sus emociones se removían provocando incertidumbre, anhelo y el agridulce conocimiento de que su encuentro, por mágico que fuera, no era más que una conexión fugaz. Al fin y al cabo, él era un vividor muy conocido. Incluso ella había oído los rumores.

Sin embargo, no pudo evitar que una pequeña semilla de esperanza floreciera en su corazón, preguntándose si el destino les concedería otro baile.

Se sobresaltó un poco cuando lady Lockwood le tocó el brazo.

—Bueno, querida, parece que tu debut ha sido un éxito —dijo su tía con aprobación—. Muchos caballeros han quedado prendados de ti esta noche. —Emmeline murmuró una respuesta educada, aunque sus pensamientos se detuvieron en un caballero en particular—. Y has bailado dos veces con lord Breckenridge —continuó lady Lockwood, arqueando una ceja.

Emmeline sintió que sus mejillas se encendían.

—Sí, ha sido... bastante encantador —respondió Emmeline, intentando aparentar despreocupación.

Lady Lockwood asintió.

—Sí, encantador sin duda, y de una familia muy respetable. Pero ten cuidado, querida, a los bribones como Breckenridge solo les interesan los devaneos y el escándalo. Pero siempre existe la posibilidad de que lo pongas en su sitio.

Emmeline sabía que la advertencia era bienintencionada y murmuró asintiendo. Pero por dentro, su corazón se agitó traicioneramente al pensar que tal vez la atención de Tristan no había sido ociosa. La conexión entre ellos había sido tan real, tan llena de promesas estimulantes. Seguramente el destino volvería a unirlos...

Cuatro

Tristan recogió sus últimas ganancias, apilando las monedas y los billetes con esmero mientras el señor Brooks miraba consternado. El humo de los puros flotaba en el aire de la sala de juego, mezclado con el aroma del whisky y la desesperación. Las copas tintineaban a su alrededor mientras los murmullos se propagaban entre la multitud de curiosos, cuya expectación era palpable.

—Otra partida —imploró Brooks, con las manos temblorosas mientras agarraba las pocas monedas que le quedaban en el monedero.

Los ojos de Tristan se entornaron, observando el desaliñado estado del hombre. Volver a perder podría arruinarle por completo. Como caballero, Tristan debería negarse educadamente. Y sin embargo... la oportunidad llamaba a la puerta una sola vez.

—Muy bien —dijo al fin—. Juguemos otra partida.

Brooks asintió, su rostro mostrando alivio. Los espectadores se inclinaron hacia él, embelesados con fascinación morbosa mientras se volvían a repartir las cartas. Sin embargo, la diosa fortuna se mostró caprichosa y Brooks palideció al ver sus cartas perdedoras.

—Otra mano, señor —dijo con voz ronca, sin la compostura de antes. Las manos de Brooks temblaban mientras contaba sus monedas y las ponía en el centro de la mesa—. Mi suerte está a punto de cambiar.

Tristan enarcó una ceja y se reclinó en la silla mientras estudiaba al desaliñado caballero que tenía delante. Después de su racha de pérdidas esa noche, aceptar otra apuesta de Brooks parecía imprudente, tal vez incluso aprovecharse del pobre hombre.

Sin embargo, a Tristan se le despertaron los instintos de jugador. Una mano más podría reportarle un pago considerable, y él nunca era de los que renunciaban a una ganancia potencial.

—Muy bien —aceptó al fin Tristan, indicando al crupier que empezara otra ronda.

Brooks asintió con entusiasmo mientras se repartían las cartas. Sus ojos brillaban con una energía maníaca, como un hombre que se ahoga aferrándose a un salvavidas.

Las cartas volaron sobre el tapete, sellando cada una el destino de Brooks con un susurro de finalidad. Tristan observó desapasionadamente cómo sus propias cartas, una mano ganadora, se hacía con el bote. Sus dedos, firmes y seguros, recogieron sus ganancias en el centro de la mesa. Las monedas brillaban ligeramente en la penumbra, tintineando suavemente mientras se apilaban ante él. El rostro de Brooks era un cuadro de inquietud, pintado con tonos de desesperación; el sudor le cubría la frente, sus labios formaban una fina línea y sus ojos, esas ventanas al alma de un hombre, parpadeaban con la fiera de un animal acorralado.

La sala de juego que los rodeaba estaba llena de tensión, testigo mudo de innumerables caídas y triunfos. El humo se enroscaba perezosamente hacia el techo, colmando el aire con el aroma del tabaco. Se mezclaba con el aroma terroso de la cerveza derramada y el olor de los hombres que habían permanecido demasiado tiempo en el vicio. Las copas tintineaban en una sinfonía discordante, enfatizando los murmullos de expectación del público. Se agolpaban alrededor de las mesas de juego, con expresión embelesada, como si estuvieran asistiendo a un teatro de fortunas y no a un pozo de ruinas.

—¿Otra ronda, Brooks? —preguntó Tristan, cuya voz era la representación del hastío cortés, aunque bajo ella se escondía la agudeza de un duelista que evalúa a su oponente. Tanto los nobles como los canallas hicieron una pausa en su jolgorio para echar un vistazo al drama que se estaba desarrollando, percibiendo el aroma de una calamidad inminente.

—Por supuesto —dijo Brooks, su voz apenas era un susurro tembloroso, traicionando la gallardía que intentaba proyectar—. La fortuna favorece a los audaces, o eso dicen.

—O eso dicen —repitió Tristan, sin apartar la mirada del hombre que tenía enfrente. En la tempestad de la guarida, entre los susurros y las miradas, ni un alma podía discernir los pensamientos que se escondían tras sus penetrantes ojos, ya tuvieran el frío distanciamiento de un jugador experimentado o la intención calculada de un depredador a punto de atacar.

Brooks, con una firmeza que contradecía el temblor de sus dedos, vació el escaso contenido de sus bolsillos. El tintineo de las monedas fue un eco hueco en el corazón de la sala de juego. Al ver que no tenía suficiente en el monedero, se quitó un anillo del dedo y lo arrojó al montón.

Tristan lo observó, la luz de la lámpara reflejándose en unos ojos que emitían un brillo especulativo mientras las monedas caían sobre el tapete. Permaneció en silencio durante un momento, con los músculos de la mandíbula contraídos como si retuviera palabras, que bien podían ser una maldición. La sala contuvo la respiración, el traqueteo de los dados y el barajar de las cartas se detuvo en deferencia a la tensión que flotaba entre los dos hombres, como una cuerda de arco a punto de lanzar una flecha.

—Señor Brooks —comenzó Tristan, con una voz modulada de barítono que parecía en desacuerdo con los susurros escabrosos que merodeaban en el aire cargado de humo—, supongo que está bromeando. No hay honor en desplumar a un hombre desesperado.

—¿Desesperado? —rebató Brooks, con una sonrisa irónica que rompía con su inquietud—. No, señor, esto no es más que un contratiempo momentáneo. Permítame la oportunidad de cambiar mi suerte.

Tristan arqueó las cejas, como prueba silenciosa de su sorpresa ante la audacia del otro hombre. Un hombre de menor categoría se habría deleitado ante semejante perspectiva, pero la reticencia de Tristan era palpable, un barniz de gentileza que cubría los instintos de un jugador experimentado. Su mirada se clavó en la de Brooks, buscando algún atisbo de razón tras la temeraria apuesta. Pero allí, entre el aroma del vicio y las ambiciones sofocadas de muchos caballeros arruinados, no encontró más que el falso brillo de la esperanza contra la razón.

—Muy bien —accedió Tristan, curvando los labios en una sonrisa que no llegó a sus ojos helados—. Prosigamos. Con deportividad.

Pronunció las palabras con rotundidad, incluso cuando la gente del bajo mundo se arremolinaba entre susurros de presagios y locura. Tristan se inclinó hacia delante, como un depredador vestido de caballero, y la baraja de cartas se convirtió en su cómplice al repartir el destino en cada turno.

La última carta cayó como una guillotina, cortando el último hilo de esperanza de Brooks. Con una mano que carecía tanto de elegancia como de fortuna, reveló su derrota a la silenciosa

sala. El silencio solo se rompió por el suave barajar de las cartas y el lejano tintineo de una moneda contra el cristal.

—Maldita sea —murmuró Brooks en voz baja, con el rostro pálido al darse cuenta de la realidad de su situación.

Tristan lo observó sin emoción, recogiendo las ganancias dispersas con la indiferencia de un hombre para quien esas victorias eran algo habitual.

—Parece que la suerte le ha abandonado esta noche, señor Brooks.

—Eso me temo.

El rostro de Brook perdió el color y su expresión se arrugó hasta la desesperación.

Tristan lo observó sin piedad, aunque una punzada de arrepentimiento le remordió la conciencia. Tal vez, después de todo, debería haber rechazado aquella última apuesta. Pero ya estaba hecho y no podía volverse atrás.

—Vamos, señor, concluyamos aquí la partida —dijo enérgicamente, recogiendo las monedas del tapete, que no eran suficientes para saldar la deuda del hombre.

—Sí —dijo Brooks, con voz ronca y llena de desesperación. Tanteó los bolsillos, buscando desesperadamente algo de valor, pero sin encontrar más que pelusas—. Me encuentro momentáneamente... indispuerto para saldar la deuda.

—¿Indispuerto? —repitió Tristan, con un tono peligrosamente calmado y los ojos clavados en la mirada derrotada del otro hombre.

El rostro de Brooks se retorció de angustia cuando Tristan le devolvió la mirada.

—No me queda nada con lo que saldar mi cuenta.

Tristan miró con frialdad al hombre destrozado.

—Eso no es asunto mío. Usted hizo su apuesta, y yo la gané limpiamente.

—Por favor, milord —suplicó Brooks, retorciéndose las manos—. Lo perderé todo si no encuentro alguna forma de recompensarle. Mi patrimonio, mi buen nombre... —Su voz se redujo a un susurro—. El futuro de mi hija.

Al oír esto, Tristan enarcó una ceja. Despreciaba a los hombres que se jugaban la seguridad de su familia.

—Debería haberlo pensado antes de apostar hasta el último penique —dijo bruscamente.

Brooks se sonrojó.

—Se equivoca, señor. Solo quería decir... que quizá podríamos llegar a otro acuerdo. —Miró fijamente a Tristan—. Le ofreceré la mano de mi hija Emmeline en matrimonio, si usted perdona mi deuda por completo.

Tristan se puso rígido de asombro. ¿De verdad el hombre caería tan bajo como para ofrecer a su propia hija? Su primer instinto fue negarse. Casarse era lo último que se le pasaría por la cabeza.

Sin embargo, al estudiar la expresión seria de Brooks, sintió una punzada de tentación. La chica era una gran belleza... Además, si él se negaba, la vida de la muchacha quedaría arruinada sin culpa alguna. Rápidamente se correría la voz de la desacertada oferta de su padre y de la negativa de Tristan. Ningún buen hombre accedería a casarse con la chica si él no la aceptaba.

No. Endureció su corazón. El futuro de la muchacha no podía preocuparle.

—Agradezco su oferta —dijo él—. Pero debo rechazarla. La mano de su hija es un precio demasiado alto.

El rostro de Brooks se descompuso, pero Tristan se dio la vuelta. No carecía de honor, pero su honor tenía límites. No renunciaría a su libertad para salvar a una joven que apenas conocía.

—Reconsidérelo. Emmeline —dijo Brooks, el nombre cayó de sus labios como una ofrenda

sagrada—, la mano de mi hija en matrimonio para cubrir mis pérdidas es mucho más valioso que el dinero.

Un suspiro colectivo se extendió por la sala, la sugerencia escandalosa flotando pesadamente en el aire. Tristan mantuvo la compostura, pero en su interior se desató una tempestad. Atar a una mujer al matrimonio como premio de un juego de azar le repugnaba, y sin embargo...

Sus pensamientos se dirigieron hacia Emmeline, y su imagen le evocó una sensación que se esforzó por descartar: un aleteo en el pecho, una inoportuna agitación del instinto protector. Ella era la inocencia personificada, su risa una melodía que sin darse cuenta había atrapado sus sentidos en su primer encuentro.

—Señor Brooks —empezó Tristan, sin que su voz revelara nada de la agitación que sentía en su interior—, habla de intercambiar su propia carne y sangre como si fuera ganado. Es un pecado muy grave.

—Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas —replicó Brooks, con ojos suplicantes—. Es usted un hombre de honor, Tristan. Confío en usted por encima de cualquier otro para que cuide de ella.

La aversión al compromiso luchaba contra el repentino e inexplicable impulso de proteger a Emmeline de las indignidades del mundo. Tristan conocía el peso que conllevaba una decisión así, el delicado equilibrio entre reputación y deseo, deber y libertad.

—Su confianza... está fuera de lugar —murmuró él, aunque la duda se mezclaba con su determinación. ¿De verdad podía quedarse de brazos cruzados y ver cómo Emmeline era arrojada a los lobos de la sociedad, con su destino sellado por la imprudencia de su padre?

—Por favor —imploró Brooks, con las manos entrelazadas en una rara muestra de humildad—. Por el bien de Emmeline, no por el mío.

La mandíbula de Tristan se tensó. Por el bien de Emmeline, desde luego. ¿No era su deber como caballero proteger a los inocentes? Tal vez era su oportunidad de salvarla de una vida menos amable. ¿Qué sería de ella si Tristan mantenía su negativa? ¿La vendería Brooks al mejor postor? ¿Se vería obligada a vivir en la calle junto a su padre?

Imaginó el destino que le aguardaba y se le hizo un nudo en la garganta. Había conocido a la señorita Emmeline. Había bailado con ella. No se merecía el infierno que su padre le estaba imponiendo. Aun así... Tristan endureció su corazón.

—La respuesta sigue siendo no.

La negativa de Tristan solo pareció desesperar más a Brooks.

—Se lo ruego, señor —le imploró, inclinándose sobre la mesa—. Al menos considérelo. Le estoy ofreciendo mi posesión más preciada.

A pesar de todo, Tristan volvió a sentir un destello de tentación. Brooks tenía razón: una mujer de noble cuna no era un premio menor. Y sin embargo...

—Pide demasiado —dijo con firmeza. Aunque su voz era firme, su mente era un torbellino. ¿Realmente podía atar a una chica inocente a él para siempre por un juego de cartas?—. No estoy buscando esposa.

—Muy bien, estoy seguro de que hay algún hombre presente que estaría encantado de comprar una novia virgen bien educada. —Brooks se levantó y apretó las manos con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos—. ¿Quién de los presentes quiere pujar...?

Tristan se puso en pie, con la mirada clavada en la de Brooks. El hombre era realmente despreciable.

—Tomaré la mano de su hija. —Ignorando el grito de alivio de Brooks, continuó—. Pero sepa esto, Brooks: no acepto por la emoción de la victoria ni por ninguna dote. Acepto para

asegurarme de que el futuro de su hija no se vea arruinado por su... indiscreción.

—Entendido.

Brooks asintió bruscamente, el alivio inundando sus facciones, incluso cuando el alma de Tristan sucumbió ante la gravedad de su elección.

—Entonces tenemos un acuerdo —dijo Tristan, sin que su voz traicionara nada del tumulto que se agitaba en su interior. Su mirada era inquebrantable y clavó en Brooks una mirada que demandaba su atención—. Emmeline se convertirá en mi esposa, pero tengo condiciones.

Brooks, aún aturdido por el indulto que se le había concedido tan inesperadamente, asintió con entusiasmo.

—Lo que sea —prometió, las palabras saliendo de su boca en su desesperación.

—En primer lugar —empezó Tristan, las palabras rodando por su lengua con la precisión de una estrategia bien jugada—, el acuerdo permanecerá clandestino hasta que yo considere oportuno anunciar nuestra unión.

—Por supuesto —aceptó Brooks, con demasiada rapidez para el gusto de Tristan, pero ya no había vuelta atrás.

—En segundo lugar —continuó Tristan, con un tono cada vez más frío—, no mancillará la reputación de Emmeline con lo que ha ocurrido esta noche. Nuestro acuerdo permanecerá en secreto. No dirá ni una palabra a nadie excepto a Emmeline. Ella merece saber la verdad y usted se la dará.

—Por mi honor —juró Brooks, aunque el sonido vacío de su juramento no ayudó a calmar las preocupaciones de Tristan.

—Por último —dijo, inclinándose hacia delante, con los ojos entornados como para transmitir la gravedad de su última condición—, será tratada con el máximo respeto y cuidado. Si falla en esto, haré caer sobre usted todo el peso de la familia Thorne.

—Entendido —murmuró Brooks, con la cabeza baja en señal de asentimiento.

—Una cosa más. No volverá a apostar.

Brooks asintió.

Tristan sintió que el peso de su decisión se asentaba sobre él, plúmbeo e ineludible. Mientras el silencio se extendía entre ellos, cargado de verdades no dichas y temores ocultos, Tristan pensó en Emmeline. Se dio cuenta de que sabía poco de ella, más allá de su nombre y de las fugaces visiones que la sociedad le ofrecía. Sin embargo, la idea de que se convirtiera en aval de la imprudencia de su padre encendió en él una feroz necesidad de protegerla.

Se inclinó sobre la mesa, sus movimientos deliberados, las líneas de su cuerpo tensas por la resolución. El aire que lo rodeaba parecía cargado, impregnado del aroma de las brasas humeantes y el suave tintineo de las monedas, pero él apenas se dio cuenta. Lo único que le importaba ahora era Emmeline, su seguridad, su futuro.

—Recuerde, Brooks —dijo en voz baja, pero con un filo más cortante que el de cualquier espada—, haré que cumpla su palabra.

La declaración de Tristan flotó en el aire cargado de humo y, por un momento, no hubo más que silencio. Entonces, el pandemonio de susurros estalló como una presa rota por una revelación escandalosa. Cerca, una mujer de vida alegre, con la boca abierta, dejó caer su abanico, el marfil repiqueteando contra las tablas del suelo. El monóculo de un caballero se soltó, colgando precariamente de su cadena mientras parpadeaba incrédulo. Lores y canallas por igual se quedaron boquiabiertos.

—¿Acaba de...?

—Emmeline Brooks, ¿el premio de un juego de cartas?

—¡Asombroso!

—¡Sin precedentes!

—Escandaloso.

Tristan apretó la mandíbula ante la cacofonía de asombro que reverberó en las paredes doradas. Se giró lentamente y sus ojos verdes barrieron a la multitud con la precisión de un depredador. Podía sentir sus miradas, hambrientas de cotilleos, pero no permitiría que el nombre de Emmeline fuera mancillado por sus malas lenguas.

—¡Basta! —Su voz cortó los murmullos como el tajo de un sable. La sala se quedó en silencio, todos los ojos fijos en él—. No escucharé nada más de esto —continuó Tristan, con un tono de autoridad que exigía obediencia—. Ni una palabra de los acontecimientos de esta noche saldrá de vuestros labios una vez que crucéis estas puertas. ¿Entendido?

Un murmullo colectivo de asentimiento se extendió entre la multitud, aunque Tristan pudo percibir la reticencia que había debajo de su aquiescencia. Todos eran buitres, deseosos de darse un festín con las desgracias ajenas.

—Emmeline Brooks es una dama —declaró con una protección feroz que le sorprendió incluso a él mismo—. Ella no ha tenido nada que ver con las despreciables acciones de su padre esta noche, y no toleraré ninguna falta de respeto hacia ella. Ahora está bajo mi protección y la de mi familia, incluido el duque de Thorne. Cualquiera que se atreva a hablar mal responderá ante mí y se enfrentará a toda la fuerza de los ducados de Thorne y Bedford.

Una mezcla de asentimientos y acuerdos murmurados apresuradamente siguieron a su declaración. La mirada de Tristan se detuvo durante un largo instante y, con un gesto seco de la cabeza, giró sobre sus talones, su pierna le molestó levemente mientras caminaba con paso decidido hacia la salida. Se abrió paso entre la multitud de curiosos, y cada uno de sus pasos era un eco del juramento que acababa de pronunciar: un protectorado forjado no por el afecto, sino por la locura desesperada de un jugador.

Cumpliría la apuesta, no por decoro ni por la emoción de la posesión, sino para proteger a una joven inocente, la señorita Emmeline Brooks, de las consecuencias de aquel sórdido asunto. Estaría a su lado, pasara lo que pasara, incluso si eso significaba descartar sus propios deseos. Al fin y al cabo, los dados y las cartas no tienen poder sobre el corazón humano. Y Tristan, lo quisiera o no, estaba ahora ligado inexorablemente al destino de otra persona, jurando en silencio protegerla con cada fibra de su ser.

Cinco

Las manos de Emmeline temblaban mientras aferraba su taza de porcelana. El salón parecía cerrarse a su alrededor, los muebles de felpa y las decoraciones doradas la sofocaban mientras miraba a su padre con incredulidad.

—He asegurado tu futuro, querida —declaró padre, sus ojos brillaban con una mezcla de triunfo y determinación—. Lord Tristan Breckenridge ha accedido a casarse contigo —continuó, con un tono de voz dulzón y enfermizo que contradecía la crueldad de sus palabras.

—Me perdiste en una partida de cartas. —El peso de la traición le oprimió el pecho y tragó saliva, buscando en los ojos de su padre algún rastro de remordimiento. No encontró ninguno—. Eso no es lo mismo que aceptar mi mano. Lo que has hecho es despreciable, padre.

Lord Breckenridge, con su encanto pícaro y su reputación escandalosa, estaba ahora atado a ella por la apuesta imprudente de su padre. La idea de estar atada a un hombre como él, un desconocido que tonteaba con los límites del decoro, le producía escalofríos.

—Padre, ¿cómo has podido? Su voz no era más que un susurro, ronca por la emoción y dolida por la traición.

—Considérate afortunada, Emmeline. Es un buen partido se mire por donde se mire —respondió su padre, alisándose la corbata con aire de despedida antes de salir de la habitación, dejándola aturdida por el anuncio.

Arabella entró en la habitación, su presencia cercana e imponente. Con su mirada atenta percibió el sufrimiento de su amiga, notó la palidez de las mejillas de Emmeline y la desesperación en su mirada.

—Emmeline, ¿qué ha pasado?

Lady Arabella, siempre la personificación de la elegancia, se apresuró a ir con su amiga, el frufú de la seda de su vestido se escuchaba a cada paso.

—Arabella —susurró ella, con la voz temblorosa por las lágrimas apenas contenidas—. Mi padre... ha apostado mi mano con lord Tristan Breckenridge. Me casaré con él el día y la hora que él elija.

El horror en el rostro de Arabella reflejaba los propios sentimientos de Emmeline. Conocía demasiado bien la mala reputación del hombre con el que su querida amiga estaba destinada a casarse. Aun así, Arabella mantuvo su aplomo, siempre la imagen de la sofisticación. Tomó las temblorosas manos de Emmeline entre las suyas y le ofreció un apretón reconfortante.

—Cuéntamelo todo, querida —le instó Arabella con suavidad, la preocupación reflejada en sus cálidos ojos marrones.

Emmeline inhaló profundamente, calmándose antes de relatar la temeraria apuesta de su padre y las consecuencias que tendría para su futuro.

—No puedo creer que me hiciera esto. ¿Qué voy a hacer, Arabella? Voy a casarme con un hombre del que se cuchichea y del que se dicen cosas escandalosas. Probablemente este suceso sórdido se esté difundiendo por todo Londres en este mismo momento. Es mi fin.

—Emmeline —comenzó Arabella, con voz suave pero firme—, no estás sola. Nos enfrentaremos a esto juntas, como nos hemos enfrentado a cualquier otro desafío. No debes temer, porque estaré a tu lado en todo.

Cuando los ojos llenos de lágrimas de Emmeline se encontraron con los de Arabella, supo que a pesar de la incertidumbre de su futuro, tenía al menos una aliada. Ella encontraría la fuerza para abrirse camino por esa senda traicionera que su padre había decidido para ella.

—Arabella —comenzó a decir, en sus ojos se reflejaba la determinación que crecía en su interior—, creo que es mejor que consulte con mi tía, lady Constance Lockwood. Su conocimiento de las expectativas de la sociedad y el protocolo adecuado puede proporcionarme una buena visión para manejar esta... situación.

—Una idea excelente —asintió Arabella pensativa, comprendiendo la necesidad de sabiduría en aquellos tiempos difíciles—. Lady Lockwood es una fuerza formidable en la sociedad, y sin duda tendrá sabios consejos que ofrecerte.

—Eso creo —dijo Emmeline, secándose la comisura de los ojos con un pañuelo mientras enderezaba la espalda con decisión—. Debo estar preparada para cualquier consecuencia que se derive de las acciones imprudentes de mi padre. Puede que tenga que abandonar mi sueño de encontrar el amor, pero no pienso dejar que se dañe también mi reputación.

—Entonces, vámonos —declaró Arabella, levantándose con elegancia de su asiento—. Te acompañaré, por supuesto. Juntas, encontraremos la orientación que buscas.

Con una nueva determinación, Emmeline se levantó también, dispuesta a enfrentarse a los retos que tenía ante ella. Cogidas del brazo, las dos mujeres partieron en busca del consejo de la estimada lady Lockwood.

El corazón de Emmeline latía con fuerza en su pecho mientras ella y Arabella recorrían las tranquilas calles de Londres, con sus pasos resonando como susurros en el aire fresco. La imponente fachada de la elegante casa de lady Lockwood en Mayfair se alzaba ante ella, testimonio del estatus y la influencia de su tía en la sociedad. Se agarró al brazo de Arabella para apoyarse, sintiendo una mezcla de ansiedad y determinación que recorría su cuerpo.

—Respira hondo, Emmeline —murmuró Arabella, con voz tranquila y firme—. Recuerda que estamos aquí para pedir consejo. Tu tía no te condenará por los pecados de tu padre. Ella es pariente de tu madre y te quiere más de lo que podría quererte tu padre.

Emmeline asintió, se tragó sus aprensiones y levantó la barbilla. Subieron los escalones hasta la entrada, con la aldaba de latón pulido brillando como un faro a la luz de la tarde.

Cuando la puerta se abrió, revelando el opulento vestíbulo que había más allá, Emmeline sintió que la invadía una repentina oleada de intimidación. Sin embargo, enderezó los hombros y entró, sin apartar la mirada de la regia figura que descendía por la escalera.

—Emmeline, querida —saludó lady Lockwood, con voz cálida a pesar de la preocupación grabada en sus ojos—. Y lady Arabella, qué alegría veros a las dos. Por favor, pasad al salón.

—Gracias, tía —respondió Emmeline, con la voz ligeramente temblorosa, mientras la seguían al elegante salón. Los muebles que tenían alrededor eran exquisitos, cada pieza tallada con detalles intrincados, y había delicados jarrones de porcelana adornando la repisa de la chimenea. El aire parecía zumbar de refinamiento y elegancia, en contraste con la agitación que

bullía en el corazón de Emmeline.

—Por favor, sentaos. —Lady Lockwood señaló los lujosos asientos ante ellas, sin apartar los ojos del rostro de Emmeline—. Puedo ver que algo te tiene preocupada, querida sobrina.

—En efecto, tía —admitió Emmeline, retorciendo las manos en su regazo mientras buscaba las palabras adecuadas—. Me temo que mi padre ha... tomado una decisión bastante imprudente. Ha apostado mi mano —empezó Emmeline, las palabras atascándose en su garganta como espinas— en una partida de cartas, tía. A lord Tristan Breckenridge.

La confesión flotó entre ellas, cada palabra cargada de incredulidad y de una punzada de traición.

—Es inaceptable —intervino Arabella, con la voz llena de indignación.

—¡Santo cielo! —exclamó lady Lockwood, con los ojos abiertos de par en par con asombro—. Es una muy mala noticia. No puedo entender cómo tu padre ha podido ser tan desconsiderado. Tu madre, que en paz descanse, nunca habría tolerado semejante comportamiento. Me temo que tu padre se descontroló cuando ella murió. Pero esto... Bueno, es imperdonable. Apenas puedo creerlo.

—Yo tampoco —susurró Emmeline, con la mirada baja mientras luchaba contra las lágrimas—. Pero ya está hecho, y ahora debo sortear este... aprieto.

—Por supuesto, tienes que hacerlo.

Los ojos de lady Lockwood se suavizaron, pero la preocupación estaba marcada en las arrugas de sus ojos, que se profundizaron aún más. Sin embargo, su postura seguía siendo inquebrantable, su columna vertebral recta como el mástil de un barco desafiando mares tormentosos. Se inclinó ligeramente hacia delante, sin apartar la mirada del rostro de Emmeline.

—Niña —dijo su tía, con voz tierna y firme a la vez—, las tribulaciones del corazón a menudo se enredan con las maquinaciones de la sociedad. Pero recuerda, dentro en cada problema yace la semilla de la oportunidad.

Emmeline trató de contener la marea de lágrimas que brotaban de sus ojos, con el pecho moviéndose rítmicamente por los sollozos silenciosos. Arabella le tendió una mano para reconfortarla, un bastión silencioso de apoyo.

—Piensa esto —continuó lady Lockwood, su tono adquiriendo el timbre de la experiencia—. Un matrimonio con lord Breckenridge puede ser algo más que un mero pago de deudas. Bien podría ser un baluarte contra futuros escándalos, una fortaleza para proteger tu reputación en estos malos tiempos.

—¿Para protegerme? —repitió Emmeline, el concepto extraño y sin embargo ligeramente seductor en medio del caos de sus pensamientos—. ¿Pero a qué precio, tía?

—Ah, el precio que uno paga a menudo se mide en algo mucho más valioso que el dinero —reflexionó lady Lockwood, clavando sus ojos en los de Emmeline con una intensidad que llamaba la atención—. La seguridad de una familia poderosa, la influencia que acompaña a un nombre como Breckenridge pueden ser aliados poderosos, querida. En un mundo donde las damas deben navegar las tempestades del decoro y las expectativas, esa alianza podría muy bien ser tu puerto en la tormenta.

Emmeline asimiló las palabras de su tía, comprendiendo lenta y reticentemente. Había verdad en el consejo de su tía, una verdad que exigía reflexión a pesar de los tumultuosos latidos de su propio corazón.

—De hecho, el camino hacia la felicidad rara vez es recto —añadió lady Lockwood, con un atisbo de sonrisa en los labios—. A veces hay que atravesar la sombra para llegar a la luz.

El aire, antes cargado con la desesperación de Emmeline, parecía vibrar ahora con una

energía diferente: una corriente de posibilidades, por desalentadoras que parecieran. Dentro de las opulentas paredes del salón de su tía, Emmeline se encontraba en una encrucijada, la dirección de su futuro dependía de la sabiduría impartida por la matrona que tenía delante.

Los dedos de Emmeline recorrieron los bordes dorados del sofá y su mirada se perdió en los intrincados patrones del tejido. Era muy consciente de la perspicaz mirada de su tía, y sentía como si lady Lockwood pudiera ver en los mismísimos recovecos de su alma abrumada.

—La atracción es una bestia caprichosa —comenzó lady Lockwood, con un tono suave pero con una firmeza innegable que exigía la atención de Emmeline—. Puede llevarnos por caminos tanto peligrosos como divinos. Sin embargo, querida, no debes olvidar que nosotras, las mujeres de la alta sociedad, no somos más que bailarinas en una gran mascarada. Nuestros pasos están coreografiados por el deber y el decoro.

—Entonces, ¿cómo puede uno bailar con sinceridad cuando la música está compuesta por otro? —susurró Emmeline, su voz apenas se escuchó por encima del suave crepitar del fuego en la chimenea. La imagen de lord Breckenridge, con sus ojos penetrantes y la insinuación de peligro en su sonrisa, revoloteó por su mente, una imagen tentadora que la atraía hacia un futuro incierto.

—Ah —dijo lady Lockwood, inclinándose hacia delante, cubriendo con su mano la de Emmeline, ofreciéndole una seguridad que era a la vez reconfortante y fortalecedora—. Las complejidades del amor se entrelazan con las de nuestra posición y circunstancias. Es un equilibrio delicado, sin duda. Pero recuerda esto, niña: la reputación es la moneda con la que comerciamos. Nos ofrece opciones que otros nunca tendrían. Debemos ponerla por encima de todo, incluso del amor.

Emmeline sintió que la verdad de las palabras de su tía la envolvía como un manto. En sus círculos, el amor y el matrimonio rara vez eran simples asuntos del corazón, sino alianzas estratégicas diseñadas para conseguir poder e influencia. Sus propios deseos se enfrentaban a las expectativas puestas en ella, cada uno luchando por la supremacía.

—Lord Breckenridge no carece de méritos, a pesar de los cuchicheos que ensombrecen su nombre —continuó lady Lockwood, y su voz adquirió un tono conspirativo que hizo que Emmeline se acercara más a ella como si le estuviera relevando secretos—. Su presencia llama la atención y su linaje es irreprochable. Hay destinos peores que estar unida a un hombre así.

—Pero, ¿se puede encontrar la felicidad en una unión nacida de la mentira? —preguntó Emmeline, con el ceño fruncido al pensar en cómo su padre se había jugado su futuro en una apuesta.

—La mentira no es más que una faceta del juego que todos jugamos —replicó lady Lockwood, ahora de pie, con una postura regia y segura—. Pero incluso el más artero de los planes puede conducir a una alegría inesperada. Abre tu corazón, Emmeline, y permítete la oportunidad de encontrar la felicidad en lo inesperado.

—¿Es realmente posible que las indiscreciones de mi padre sirvan como catalizador de mi felicidad? —reflexionó Emmeline en voz alta, permitiéndose un resquicio de esperanza en medio del caos sembrado por la imprudente apuesta de su padre.

—La vida es un tapiz de momentos, querida —dijo lady Lockwood, tocando suavemente el hombro de Emmeline, una promesa tácita de apoyo inquebrantable—. Algunos oscuros, otros brillantes. Confía en que al final, el patrón revelará una imagen más hermosa de lo que jamás habías imaginado.

En ese momento, Emmeline sintió florecer en su interior el principio de la determinación. Tal vez había una manera de recorrer aquel camino traicionero, tal vez podría encontrar la

satisfacción, el amor o incluso la pasión con Tristan. Con el consejo de su tía, las semillas del valor echaron raíces, prometiendo convertirse en algo sólido y verdadero en los días venideros.

—Recuerda, querida, que la vida está llena de sorpresas —dijo lady Lockwood con suavidad, apretando las manos de Emmeline—. Puede que descubras que lord Breckenridge no es tan malvado como su reputación sugiere. Y no olvidemos el tiempo que pasaste con él en el baile. Recuerdo que estabas bastante enamorada de él.

—Es cierto.

Con una mezcla de inquietud y nueva determinación, Emmeline se levantó y Arabella la siguió.

Emmeline se miró las manos temblorosas, con el corazón dolorido por una mezcla de anhelo y desesperación. No podía negar que Tristan la atraía, pero ¿cómo podía conciliar sus deseos con las circunstancias que los habían unido?

—Emmeline —dijo lady Lockwood suavemente, rompiendo la ensoñación de su sobrina—, comprendo lo desgarrada que te sientes. Sin embargo, debes recordar que entre la aristocracia, el matrimonio es a menudo por alianzas y protección, pero también los hay por amor.

—Desde luego —añadió Arabella, con voz cálida y comprensiva—. Pero el amor puede surgir de las circunstancias más inverosímiles, Emmeline. Solo hay que darle tiempo y nutrirlo.

Emmeline esbozó una débil sonrisa. Sin embargo, la duda seguía carcomiendo su corazón. ¿Podría abrirse a la posibilidad del amor con Tristan cuando su unión había comenzado de una manera tan turbia? ¿Acabaría con el corazón roto? ¿O había una verdadera posibilidad de felicidad?

—Emmeline —dijo lady Lockwood, sintiendo la confusión de su sobrina—, sé que las acciones de tu padre son censurables, pero no debes dejar que sus fechorías empañen tu propia felicidad. El matrimonio con lord Breckenridge te ofrece seguridad y protección contra el escándalo. ¿Y quién sabe? Tal vez, con el tiempo, le siga el amor.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Emmeline, su voz apenas un susurro.

—La vida tiende a sorprendernos, querida —respondió lady Lockwood, sus ojos llenos de delicada sabiduría—. Puede que lord Breckenridge sea digno de tu amor y capaz de corresponderte. Pero primero, debes abrir tu corazón a esa posibilidad.

Emmeline asintió despacio, dejando que las palabras de su tía calaran. Sabía poco de Tristan, más allá de los rumores y las historias escandalosas que circulaban entre la sociedad. Tal vez fuera más de lo que parecía. Era difícil negar la atracción que había sentido por él cuando bailaron. Ni su deseo de que la visitara al día siguiente. Sin embargo, era un conocido canalla con una reputación mancillada. ¿Podía confiar su corazón a un hombre así?

—Gracias, tía —dijo Emmeline, con voz más fuerte, a pesar de sus dudas—. Intentaré ser más abierta de mente y ver a dónde me lleva este camino.

—Buena chica —replicó lady Lockwood, dándole a su sobrina un afectuoso abrazo—. Recuerda, a pesar de las acciones de tu padre, al final todo saldrá bien. Confía en ti misma, y confía en tu propia capacidad para ser feliz.

Emmeline respiró hondo, sintiendo que el peso de sus dudas se disipaba ligeramente. Con Arabella a su lado y los sabios consejos de su tía resonando en sus oídos, se sentía mejor preparada para afrontar los retos que le esperaban. Decidida a sacar lo mejor de su situación, decidió darse la oportunidad de ser feliz, aunque eso significara embarcarse en un viaje plagado de incertidumbre.

Lady Lockwood sonrió ligeramente mientras su mano descansaba en el brazo de su sobrina.

—Eres más fuerte de lo que crees, Emmeline. Recuérdalo mientras te enfrentas a estos retos.

—Gracias, tía —respondió Emmeline—. Haré todo lo posible por tener en cuenta tus consejos.

—Vamos, Emmeline —dijo Arabella, con una nota de optimismo en su voz—. Despidámonos y preparémonos para lo que nos espera.

Emmeline asintió, con la cabeza bien alta al lado de su amiga, mientras se despedían de su tía.

La puerta de la elegante casa adosada se cerró tras ellas con un suave chasquido, dejando que el clamor de las calles londinenses envolviera a Emmeline y Arabella. Una al lado de la otra, las dos mujeres descendieron los escalones de piedra y sus siluetas proyectaron largas sombras sobre el pavimento.

—Arabella, me temo que no sé si maldecir o dar las gracias al destino por entrelazar mi camino con el de lord Breckenridge —confesó Emmeline, con un atisbo de sonrisa en la comisura de los labios. Era una sonrisa que indicaba picardía, inteligencia y un toque de desafío, un reflejo de la maraña de deseos que yacía en su corazón.

—Queridísima Emmeline —respondió Arabella con una risa que prometía secretos y confidencias compartidos—, en asuntos del corazón, la línea que separa la maldición de la bendición es a menudo tan borrosa como la bruma matinal sobre el Támesis. A decir verdad, envidio tu valor —admitió Arabella, con sus ojos color avellana reflejando el calor del sol de la tarde—. Afrontar estas pruebas con elegancia y determinación es un testimonio de tu carácter.

—Tu apoyo significa para mí más de lo que crees —dijo Emmeline con sinceridad, conmovida por las sentidas palabras de su amiga—. No podría soportar esta carga sin ti.

Mientras se acercaban a la familiar fachada de la casa de Emmeline, una figura inesperada llamó su atención. Lord Breckenridge estaba en la entrada, con su cabello castaño claro alborotado por la brisa y sus ojos verdes fijos en la puerta. Al verlo, Emmeline sintió un escalofrío que despertó en ella una algarabía de emociones.

—Está aquí —le susurró a Arabella, con la respiración entrecortada.

—Eso parece —respondió su amiga con una sonrisa cómplice—. Quizá esta sea una oportunidad para poner a prueba tu nueva determinación.

—Parece que no tengo elección —murmuró Emmeline, armándose de valor mientras se acercaban.

Seis

Los dedos de Emmeline temblaban ligeramente cuando cogió el pomo de latón pulido; el frío metal no ayudaba a reconfortar su agitado corazón. Hinchando su pecho encorsetado con una respiración profunda para calmarse, hizo pasar a lord Breckenridge al suntuoso salón de la casa de su familia en Londres. El tintineo sordo del tacón de su bota sobre el suelo de mármol resonó bajo los altos techos, un ominoso tamborileo que acompañaba su propio pulso acelerado.

—Por favor, milord, póngase cómodo —le dijo Emmeline con una sonrisa que había practicado mil veces, mientras señalaba el sofá tapizado en terciopelo. Su voz transmitía el aplomo que le habían enseñado desde niña, pero bajo esa fachada danzaba la energía nerviosa de un cervatillo en la espesura, receloso del arco del cazador.

Tristan se movía con elegancia y decidido, contradiciendo la mirada cautelosa de sus penetrantes ojos verdes.

—Gracias, señorita Brooks —respondió él, con una cortesía intachable pero un tono cargado de una tensión que vibraba entre ellos como una cuerda pulsada. En lugar de eso, prefirió permanecer de pie, con su alta figura proyectando una sombra sobre la alfombra floral de Aubusson.

—¿Le apetece un té? —se atrevió a preguntar Emmeline, aferrándose a los valores tradicionales del decoro como a un salvavidas en aguas turbulentas. No podía permitirse perder la compostura, sobre todo cuando su futuro, y también el de lord Breckenridge, pendían precariamente de un hilo.

—Se lo agradecería —accedió Tristan, la luz de la lámpara de cristal que tenía sobre él se reflejaba en su cabello castaño claro, lo que le confería un halo dorado que contrastaba con su reputación diabólica.

Mientras Emmeline servía el líquido ambarino con un cuidado meticuloso, evitando el ruido de la vajilla que podía delatar su agitación interior, un silencio se apoderó de la habitación, denso y cargado de palabras no dichas. Cada mirada intercambiada, cada cambio de postura, estaba cargado de la gravedad de su situación: un compromiso que ninguno deseaba, pero que ambos estaban obligados a mantener.

—Su casa es encantadora —comentó Tristan, entablando la danza ritual de las conversaciones triviales.

—Gracias —respondió ella, permitiéndose un momento para admirar la intrincada yesería y los cuadros de paisajes bucólicos que adornaban las paredes—. Ha pertenecido a mi familia durante generaciones.

—Claro —dijo él, un destello de algo indefinible cruzó su mirada antes de enmascararlo con el encanto que le hizo objeto de los suspiros de muchas debutantes—. Un escenario apropiado para una dama de su elegancia y... discernimiento.

Emmeline captó el sutil trasfondo de flirteo, una emoción inesperada la recorrió a pesar de la seriedad de su conversación. Le tendió una taza de té, sus dedos se rozaron brevemente, y el contacto le hizo ser consciente del cuerpo de Tristan, algo que contradecía la formalidad de su intercambio.

—Lord Breckenridge —comenzó ella, y sus ojos color avellana lo miraron con una intensidad que rayaba en el desafío—, nos encontramos en circunstancias bastante peculiares, ¿no es así?

—En efecto —asintió Tristan, y la comisura de sus labios se torció en señal de reacia admiración por su franqueza—. Peculiares, pero estoy seguro de que las sortearemos con toda la... delicadeza necesaria.

El aire parecía crepitar con el desafío que se planteaban mutuamente, una batalla de ingenio y voluntad con el lujoso salón como telón de fondo. Y aunque el camino por delante estaba plagado de incertidumbres, ella sintió que tal vez, solo tal vez, podría haber más en ese pícaro de lo que los cuchilleos de la sociedad sugerían.

Emmeline dejó su taza de té con delicadeza sobre el platillo. Juntó las manos sobre su regazo, el encaje de su vestido susurraba suavemente contra la seda de sus guantes mientras jugueteaba con los hilos.

—Lord Breckenridge —comenzó a decir, con voz uniforme pero con una firmeza que contradecía su inquietud interior—, aunque soy plenamente consciente de lo... conveniente que podría suponer nuestra unión, no puedo ignorar las preocupaciones que pesan sobre mí. Su reputación le precede, señor, y es una que, perdone mi franqueza, da que pensar a una dama.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, cada sílaba cargada con la gravedad de las repercusiones sociales. Emmeline vio cómo la expresión cautelosa de Tristan cambiaba ligeramente y los músculos de su mandíbula se contraían en respuesta. Era la personificación del escándalo, un hombre del que se hablaba en los salones con tanto desdén como anhelo, un canalla cuyo atractivo era tan innegable como las sombras que se ocultaban tras él.

—Señorita Brooks, Emmeline, si me permite —respondió Tristan, con un tono ligeramente defensivo, aunque dio la impresión de que se estaba controlando, refrenando su inclinación natural hacia el encanto y el flirteo. Ella hizo un leve gesto de aprobación—. Le aseguro que soy muy consciente de mi pasado... pintoresco. No está exento de errores, y no ofrezco excusas por ellos. Pero sepa que comparto su preocupación por lo que esto pueda significar para su posición en la sociedad. Soy muy consciente de la importancia de la reputación de una dama. —Hizo una pausa, un destello de vulnerabilidad afloró en el fondo de sus ojos verdes antes de volver a disimularlo con la soltura de un hombre acostumbrado a ocultar sus verdaderos sentimientos—. Me temo, señorita Brooks, que el compromiso siempre ha sido un espectro que ha atormentado mis pensamientos y que he evitado cuidadosamente hasta ahora.

Ahí estaba la confesión, cruda e inesperada, que niveló el terreno de juego entre ellos. Emmeline sintió una punzada de empatía por el hombre que tenía delante, el granuja que se había convertido inesperadamente en su prometido. Su confesión sincera dejaba entrever una complejidad que pocos se preocupaban por reconocer, prefiriendo en su lugar la sencillez de las etiquetas que la sociedad le otorgaba.

—El compromiso es, sin duda, una perspectiva temible —coincidió Emmeline, permitiendo que la honestidad de su discurso salvara la distancia de decoro que habitualmente separaba a un

caballero de una dama—. Sobre todo cuando surge de la necesidad y no del... afecto.

Tristan inclinó la cabeza, con una sonrisa de pesar en la comisura de los labios.

—Ojalá el corazón fuera tan fácil de gobernar como nuestras acciones. Sin embargo, me encuentro ante usted, dispuesto a embarcarme en este viaje, por inesperado que sea.

Sus ojos se encontraron, y en esa mirada compartida se formó un acuerdo tácito, un reconocimiento del camino que estaban destinados a recorrer juntos. Emmeline percibió la calidez de su tono, el trasfondo de sinceridad que sugería que aún podía sorprenderla.

—Entonces, procedamos con los ojos bien abiertos, milord —dijo ella, y los bordes de sus labios se movieron hacia arriba formando un atisbo de sonrisa—. Y tal vez una pizca de esperanza de que ambos podamos salir de esta alianza con cierta satisfacción.

—La esperanza —repitió Tristan, bajando el tono de su voz a un tono íntimo—, es una moneda con la que estoy dispuesto a negociar, especialmente cuando la apuesta es tan cautivadora como usted.

A Emmeline le dio un vuelco el corazón ante la insinuación, y el aire se cargó de una tensión tan apasionante como encantadora. Sin embargo, mantuvo la compostura, reconociendo el juego al que estaban jugando: una danza de palabras y miradas en la que cada paso podía llevar a la ruina o a la redención.

Emmeline recorrió el salón de un lado a otro, y la seda de su vestido le rozaba los tobillos a cada paso. Su mente, un torbellino de pensamientos, buscaba consuelo en el movimiento rítmico. Tristan la observaba desde su lugar junto a la chimenea, sus ojos verdes seguían sus movimientos con una intensidad que contradecía su postura relajada.

—Señorita Brooks —comenzó, rompiendo el silencio que se había apoderado de ellos como una espesa niebla—, comprendo su preocupación. La reputación de una dama es sin duda su posesión más preciada y nadie, sea hombre o mujer, desea pasar su futuro atrapado en un matrimonio infeliz.

Ella se detuvo, volviéndose hacia él, y sus ojos color avellana lo miraron fijamente.

—Entonces comprenderá por qué este acuerdo es como entrar desarmado en un campo de batalla, milord. Nuestra unión debe ser percibida como una respetable, o no solo estará en juego mi honor, sino el futuro de toda mi familia.

—Por supuesto, y no desearía causar ninguna deshonra —asintió él, su voz llevaba un peso que parecía fuera de lugar con su habitual cadencia despreocupada—. Es la misma razón por la que acepté el acuerdo. Deseo salvaguardar su reputación de la locura de su padre y protegerla de futuras desgracias. Como tal, parece que ambos somos prisioneros de los caprichos de los dictados de la sociedad.

—Prisioneros o no —dijo ella, con voz firme aunque con el corazón acelerado—, debemos sortear este aprieto con elegancia. Nuestro acuerdo de casarnos es lo único capaz de guiarnos a través de estas circunstancias escandalosas.

Tristan asintió con la cabeza, con un destello de sonrisa bailando en sus labios, pero sin llegar a sus ojos.

—Una solución práctica para una situación poco práctica. Me encuentro extrañamente en paz con la idea, siempre que sirva para protegerla a usted.

—Su aquiescencia me reconforta un poco —expresó ella, dejando escapar un suspiro que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo. La atmósfera entre ellos cambió, la tensión desapareció a medida que la comprensión mutua echaba raíces—. Aunque estoy en paz con mis circunstancias, debo admitirlo —volvió a hablar Emmeline, su voz un susurro que llevaba el peso de sus sueños no expresados—, hay una parte de mí que lamenta la pérdida de

una visión más romántica de mi futuro. Ser cortejada y tener un romance como es debido, y casarme por amor y no por necesidad...

Su confesión se interponía entre ellos, una verdad delicada que la hacía vulnerable ante él. El temblor de su voz delataba la apariencia tranquila que luchaba por mantener.

—Emmeline —dijo Tristan, suavizando su tono. Sonrió antes de continuar—. Es un sacrificio lamentable, uno que muchos se han visto obligados a soportar. Sin embargo, tenga por seguro que me esforzaré por mantener nuestro acuerdo con el máximo respeto por sus deseos... y sus sueños.

—Gracias —murmuró ella, bajando la mirada al suelo, mientras su mente se debatía con la realidad de que si no se casaba con él, la ruina la seguiría con toda seguridad, haciendo añicos sus sueños y empañando para siempre sus posibilidades de una relación amorosa.

—Sigamos adelante con un propósito claro —declaró Tristan, tendiéndole una mano—. Proteger lo que es precioso y descubrir lo que aún puede florecer de esta unión.

Emmeline puso su mano en la de él, y el contacto le produjo una sacudida inesperada de calor. Mientras sus dedos se entrelazaban, se permitió imaginar, por un momento, que el amor podía surgir entre ellos.

Los dedos de Tristan seguían entrelazados con los de Emmeline cuando el peso de su conversación se apoderó de la habitación.

—Emmeline —dijo él, con una seriedad en su voz que le sorprendió incluso a él mismo—. Puede que no tenga fama de santo, pero le juro por mi honor que me dedicaré por entero a nuestro matrimonio. —Sus ojos verdes, normalmente llenos de picardía, se clavaron en ese momento en los de ella con una sinceridad inquebrantable—. Prometo ser el marido que se merece: fiel, devoto y decidido a hacerla feliz.

Los ojos de Emmeline se encontraron con los de él con un destello de sorpresa. Allí estaba el infame lord Tristan Breckenridge, cuyo nombre era sinónimo de las escapadas más escandalosas de Londres, prometiéndole devoción. Era una visión extraña y seductora.

—Sus promesas son amables, milord —respondió ella, con voz firme a pesar del temblor de su pecho—. Pero las palabras por sí solas no pueden disipar años de comportamientos inmorales. Me llevará tiempo confiar en usted, pero sepa que procuraré concederle el beneficio de la duda. Le pido que haga lo mismo conmigo. Nuestro camino hacia adelante debe ser el de la acción, no sea que los ojos implacables de la sociedad intenten socavarnos a cada paso.

—Por supuesto, tiene razón —convino Tristan, soltando su mano y paseándose lentamente ante el hogar, donde las brasas crepitaban con vida propia. La punzada ocasional de su pierna herida le recordaba su propia vulnerabilidad—. Debemos ser arquitectos astutos de nuestro propio destino. Un breve noviazgo, de tres semanas, debería bastar antes de la lectura de las amonestaciones. Nos dará tiempo para conocernos mejor, además de evitar el escándalo que suele acompañar a las prisas por llegar al altar.

—Tres semanas —repitió Emmeline pensativa, la idea tomando forma en su cabeza—. Un noviazgo rápido seguido de unas nupcias tranquilas y dignas podrían protegernos de las miradas indiscretas y las malas lenguas. Pero aun así, hubo testigos de la apuesta. ¿No es así?

—Sí, los hubo, sin embargo, advertí encarecidamente a todos los presentes que olvidaran lo que habían visto y oído. Muchos presenciaron nuestros bailes durante la velada del otro día y no se sorprenderán demasiado de que hayamos iniciado un noviazgo, aunque, dada mi reputación, es probable que nuestro compromiso sea una sorpresa.

—Eso creo —dijo ella.

—Entonces, una ceremonia íntima —dijo Tristan, con una media sonrisa en los labios,

mientras se detenía para admirar la determinación en la mirada de Emmeline—. Nos ahorramos el espectáculo de un gran acontecimiento. Menos alimento para los cotillas y más... oportunidades para centrarnos en los cimientos de nuestra unión.

—Oportunidades —repitió ella, la palabra suspendida entre ellos, cargada de posibilidades tácitas. No se le escapó el trasfondo de flirteo, ni la promesa de placeres que podrían encontrarse dentro de los límites del matrimonio.

Tristan se acercó a Emmeline. Extendió el brazo, ofreciéndoselo como haría un caballero a una dama de sus afectos. El gesto, sencillo en su ejecución, estaba cargado de significado, un símbolo de su compromiso mutuo.

—¿Empezamos nuestro noviazgo? —murmuró él, una invitación envuelta en su voz aterciopelada y profunda.

Emmeline le puso la mano en el antebrazo, sintiendo la firmeza de sus músculos bajo la fina tela de su abrigo.

—Debemos hacerlo —afirmó ella, su contacto fue una muestra de gratitud por el apoyo que él le brindaba.

Juntos se dirigieron hacia la puerta, con la mano de ella ligeramente apoyada en el brazo de él, un bastión de fuerza. En aquella sutil danza de intimidad, dieron los primeros pasos de su viaje común, un camino plagado de deberes y promesas de descubrimientos incalculables.

Y mientras cruzaban el umbral, dejando atrás el santuario del salón, Emmeline se permitió una fugaz fantasía. Tal vez entre las pruebas que les esperaban, entre los escándalos susurrados y la mirada penetrante de la alta sociedad, pudieran encender una llama de afecto genuino, quizá incluso de amor, que los llevara a un futuro feliz.

Siete



Tristan entró en el salón a grandes zancadas, sin que su paso revelara nada de la agitación que se removía en su interior. Su hermano William, el duque de Thorne, con su cabello rubio oscuro que reflejaba la luz que entraba por los grandes ventanales, levantó la vista de su brandy arqueando sus cejas. En un sofá cercano, sus hermanas con sus maridos hicieron una pausa en sus bromas y se volvieron hacia él, con una curiosidad colectiva pintada en sus rostros.

—Dime, ¿qué noticias traes, hermano? —preguntó Catherine, duquesa de Bedford, sus ojos azules reflejaban la misma inteligencia que a menudo desvelaba el meollo de cualquier asunto.

—Una buena historia —comenzó Tristan, sintiendo el peso de cada mirada en él—. Trata de una apuesta, Brooks, y... la mano de su hija en matrimonio.

Un murmullo recorrió la sala mientras sus hermanos intercambiaban miradas, su asombro era palpable.

—¡Espero que estés bromeando, Tristan! —dijo Louisa, la condesa de Stone, con su espíritu romántico titilando en sus ojos verdes.

—Ni mucho menos. —Se apoyó en la repisa de la chimenea—. Acepté la mano de la señorita Emmeline como recompensa por la deuda de su padre.

—Santo cielo —dijo Olivia, intercambiando una mirada de preocupación con su marido.

—Sin embargo —dijo Tristan, aplacando sus crecientes preocupaciones con voz firme—, me siento extrañamente satisfecho con el giro de los acontecimientos. La señorita Brooks ha captado mi admiración, y habría buscado su favor por mi propia voluntad si las circunstancias hubieran sido diferentes.

—Entonces este matrimonio... —reflexionó William, dando vueltas a su brandy pensativamente.

—Es precisamente lo que quiero —dijo Tristan, con tono firme—. Me esforzaré para que sea una verdadera unión de corazones y mentes. No es solo su reputación lo que está en juego, sino su bienestar, y estoy decidido a salvaguardar ambos.

—Tu caballerosidad es encomiable —dijo Catherine con una sonrisa que se reflejaba en su mirada—. Tal vez debería hacer de carabina, como hiciste tú con Charles y conmigo.

—Qué generoso por tu parte —rio Tristan, reconfortado por la muestra de apoyo de su familia—. Sin embargo, no es necesario, te lo aseguro. Al fin y al cabo, vamos a casarnos.

—Entonces todos te apoyamos —declaró Stephen, conde de Stone, levantando una copa para brindar.

—Por supuesto —añadió Charles, duque de Bedford—. Permaneceremos unidos para

proteger el buen nombre de la dama.

—Así como el nuestro —añadió Olivia—. Porque si esto sale a la luz, causará un gran escándalo.

Louisa agitó una mano desdeñosa.

—¿A quién le importa mientras Tristan sea feliz?

—Gracias —dijo Tristan, con el corazón henchido de gratitud—. Ahora, si me disculpáis, debo irme a casa de los Brooks. Le he prometido a Emmeline que la acompañaría esta tarde. Solo quería ponerlos al tanto de los... acontecimientos recientes.

—Como debe ser —dijo William, dando vueltas al brandy en su copa.

Tras despedirse y animarse por el apoyo de su familia, Tristan se dirigió a casa de los Brooks. Una vez allí, se apoyó en una balaustrada de piedra tallada, con la mirada fija en la exuberante extensión del jardín que se extendía ante él.

La gama de colores vibrantes, desde los suaves rosas hasta los intensos carmesíes de las rosas, parecía aún más viva bajo el calor dorado del sol de la tarde. Siempre había encontrado cierto consuelo en la belleza indómita de la naturaleza.

Desviando su atención de la grandeza floral, los ojos de Tristan se posaron en Emmeline, que deambulaba tranquila, contemplando las flores. Llevaba el cabello oscuro bien recogido, salvo algunos rizos rebeldes que enmarcaban su rostro desafiando la suave brisa del día. Parecía formar parte del propio jardín, como si hubiera florecido entre el follaje, irradiando elegancia y misterio.

—Emmeline —dijo Tristan con soltura y una sonrisa encantadora en la comisura de los labios—. Se podría pensar que estás buscando el consejo de las flores. ¿Comparten sus secretos contigo?

Ella se giró y sus ojos color avellana se encontraron con los de él con una expresión que encajaba con su propia conducta juguetona.

—Milord —respondió ella, acercándose, con las faldas susurrando contra la hierba—. Si así fuera, me temo que esos secretos serían míos.

—Por desgracia, debo encontrar otra forma de atraer tu atención —dijo él, acortando la distancia que los separaba con paso lento. Se levantó una brisa rebelde y una cascada de fragantes pétalos se arremolinó a su alrededor, aumentando el encanto del momento—. ¿Puedo preguntarte cuáles son tus pasatiempos favoritos? Seguro que hay algo más que conversaciones secretas con las flores.

—De hecho, mis intereses son variados —confesó Emmeline, con un brillo de diversión en los ojos—. Disfruto especialmente montando a caballo. Me da una libertad que no me ofrece ninguna otra cosa.

Una chispa de genuino interés se encendió en Tristan, que asintió en señal de comprensión.

—Ah, la emoción de galopar por campo abierto, con el único sonido de los cascos contra la tierra, es un placer que yo también disfruto siempre que puedo.

—¿De verdad? —Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba—. Y dime, ¿cuál es tu lugar favorito para cabalgar? Siempre estoy buscando nuevos paisajes que explorar.

—Cabalga conmigo por los páramos de Northumberland, y serás testigo de unas vistas que te dejarán sin aliento —murmuró él, bajando la voz, impregnada de una calidez que hablaba de pasiones compartidas y promesas tácitas.

La mirada de Emmeline, cálida y juguetona, se detuvo en los ojos de él.

—He oído hablar de ese lugar —admitió ella—. Pero presenciar tanta belleza junto a alguien que aprecia la naturaleza salvaje tanto como yo... sería un espectáculo digno de contemplar.

El aire su alrededor crepitaba con la conexión que crecía entre ellos. La expectativa de aventuras aún por emprender. A medida que sus voces se suavizaban, la línea del decoro se difuminaba, sustituida por el intercambio íntimo de deseos mutuos.

—Tal vez algún día podamos ir juntos —sugirió él, con la palabra «juntos» suspendida entre ellos, cargada con la energía no solo de paseos compartidos, sino de un futuro compartido.

—Tal vez —repitió Emmeline, con las mejillas teñidas de un rubor que rivalizaba con el de las rosas cercanas, y su voz apenas un susurro.

En aquel rincón apartado del jardín, rodeado por el esplendor de la naturaleza, se sintió atraído por la mujer que tenía delante, no solo por el encanto de su belleza o la agudeza de su ingenio, sino por el sentimiento de afinidad en su amor compartido por la alegría desenfrenada de montar a caballo. Fue un momento suspendido en el tiempo, una delicada danza de palabras y miradas que tejó los primeros hilos de un vínculo que prometía mucho más de lo que ninguno de los dos se atrevía a esperar.

Tristan observó, cautivado, cómo un rizo suelto de Emmeline bailaba en la brisa, enmarcando su rostro con la precisión de un artista. Impulsado por una fuerza que le costaba reconocer, alargó la mano y le pasó suavemente el mechón oscuro por detrás de la delicada oreja. Su contacto fue deliberado, una confesión silenciosa de su creciente deseo, y se detuvo en el calor de su piel durante un instante demasiado largo.

—Tristan —susurró ella, con una voz temblorosa que contradecía la serenidad que mantenía tan meticulosamente. Un leve rubor cubrió sus mejillas, un suave tono rosado que contrastaba con el pálido marfil de su rostro.

—Perdóname —murmuró Tristan, aunque sus ojos esmeralda brillaban con cualquier cosa menos remordimiento—. El viento es un ladrón impertinente, deseoso de robarme semejante belleza de la vista.

En respuesta, los labios de Emmeline se entreabrieron en una media sonrisa, y él se sintió atraído por ella, en una especie de magnetismo que lo acercaba cada vez más. Se adentraron en el jardín, sus pies susurrando al pisar la hierba, hasta que se cobijaron al abrazo de un emparrado aislado, donde las rosas estaban en plena floración. Sus flores daban sombra al suelo y su fragancia flotaba en el aire.

—Una belleza así no puede pasar desapercibida —dijo Tristan, arrancando una rosa del arbusto. Estudió la flor por un momento: sus profundidades carmesí, sus espinas al acecho; y luego se la ofreció como un caballero entregaría una ofrenda a su bella dama.

—Tristan, yo... —vaciló ella, y sus ojos se ablandaron. Aceptó la flor con elegancia, evitando las afiladas púas, como si comprendiera la dualidad de su naturaleza: la belleza y el peligro entrelazados.

—Emmeline —dijo él, percibiendo la implicación de sus palabras no dichas y, sin embargo, era algo que ambos comprendían. Aquel sencillo regalo no era una simple flor; era la ofrenda de un hombre que había probado los muchos placeres de la vida, pero que de repente anhelaba el único placer que nunca se había atrevido a reclamar: la verdadera compañía.

—Gracias —dijo ella, sosteniendo su mirada mientras acunaba la rosa en la palma de la mano—. Gracias —repitió ella, esta vez más suavemente. La brisa se llevó sus palabras, sin dejar tras de sí más que el eco de un afecto floreciente y la tentadora pregunta de qué podría florecer aún entre ellos.

Las yemas de los dedos de Tristan se separaron a regañadientes de las de Emmeline. El roce de su piel con la de él le produjo un escalofrío inesperado, una sacudida que recorrió sus venas con un placer alarmante. Sus ojos se oscurecieron, sosteniendo la mirada de Emmeline con una

intensidad que hizo que el mundo que los rodeaba se volviera insignificante.

—¿Podemos hacer que esta tarde sea un poco más... animada? —preguntó él, con voz baja y burlona, mientras señalaba hacia el campo de tiro con arco instalado en el jardín sur.

Una chispa juguetona iluminó los ojos avellana de Emmeline, y su anterior timidez se desvaneció bajo el calor de la competición.

—Creo, milord, que os arrepentiréis de semejante desafío —replicó ella, con una sonrisa que le desafiaba a demostrar que estaba equivocada.

Se colocaron en la marca, y Tristan sintió el arco en la mano más como un cetro de batalla que como un simple juego. Vio a Emmeline adoptar su postura, la elegancia personificada, unos rizos oscuros cayendo sobre su hombro como una cascada de cuervos. Mientras disparaba su primera flecha, Tristan no pudo evitar admirar la fluidez de sus movimientos: una danza entre la dama y el arco, poder y aplomo entrelazados. Con una sonrisa, reconoció que tenían otra cosa en común.

La flecha voló certera, impactando cerca de la diana, y ella se volvió hacia él alzando las cejas, triunfante.

—Te toca a ti —dijo ella, con un claro desafío en la voz.

Él dio un paso adelante, consciente del ligero dolor de su pierna. Pero eso no le disuadiría. Ese día no. Su flecha surcó el aire y se clavó en la diana un pelo más cerca del centro que la de ella. Sus risas sonaron, libres y desprevenidas, mientras intercambiaban bromas y flechas.

—Parece que estás lleno de sorpresas, milord —bromeó ella tras un tiro especialmente impresionante por parte de él.

—Podría decir lo mismo de ti —replicó él, sintiendo una oleada de orgullo por haber sido testigo de su habilidad.

Cada flecha lanzada era un soneto silencioso a su creciente amistad; con cada mirada y risas compartidas, los muros que Tristan había construido meticulosamente a su alrededor parecían derrumbarse ladrillo a ladrillo. En esos momentos, liberado de los grilletes de su pasado, se permitió la fantasía de que tal vez, solo tal vez, había un lugar para él más allá de la máscara de vividor que tan bien llevaba.

Cuando el sol empezaba a alcanzar su hora dorada, concluyeron su duelo amistoso. Estaban a la par, con las puntuaciones casi igualadas: un equilibrio inesperado. Y en el silencio posterior a sus risas, él se atrevió a soñar con un futuro menos solitario, una vida vibrante con el color de su sonrisa y el eco de su risa.

—Una competición admirable, Emmeline —dijo él, ofreciéndole el brazo para acompañarla fuera del campo de tiro—. Me encuentro a la vez humillado y encantado.

—Entonces considero que mi objetivo ha sido certero en más de un sentido —respondió ella, con los dedos ligeramente apoyados en la manga de Tristan mientras caminaban de vuelta a la casa, con los colores del crepúsculo envolviéndolos.

Tristan condujo a Emmeline hacia un banco de mármol mientras los últimos rayos de sol pintaban el cielo con pinceladas de ámbar y rosa. Se sentaron, sin apenas tocarse, y observaron en silencio cómo el día cedía su dominio al crepúsculo.

—Cuando pensabas en tu futuro, ¿qué es lo que te imaginabas? —preguntó Tristan, su voz calmada y con un atisbo de curiosidad que iba más allá de la cortesía—. Los verdaderos deseos de tu corazón, sin las trabas de las expectativas que se han depositado en ti.

Ella desvió la mirada hacia el cielo, sus ojos reflejaban la luz mortecina.

—Sueño con una vida en la que mis decisiones sean más, una vida llena de auténtica pasión y resolución —admitió ella, con un tono tan suave como la brisa.

Él sintió afinidad al escuchar sus palabras, un anhelo compartido de algo más profundo que los devaneos superficiales por los que era conocido.

—Y yo —empezó él, escrutando la mirada de Emmeline— aspiro a encontrar un estímulo que desafíe mi mente y haga bullir mi alma. Construir algo duradero, no solo deleitarme con placeres fugaces. Para mi sorpresa, me encuentro anhelando la compañía y la felicidad que han encontrado mis hermanos.

Sus confesiones colgaban entre ellos, un delicado puente de esperanza y comprensión. La vulnerabilidad de la que siempre se había protegido parecía ser lo que más le acercaba a Emmeline.

Una ráfaga de viento caprichosa recorrió el jardín, arrastrando los mechones de su oscuro cabello sobre su rostro. Sin pensarlo, Tristan alargó la mano, rozándole suavemente la mejilla con los dedos mientras le colocaba los rizos sueltos detrás de la oreja. El contacto fue eléctrico, le aceleró el pulso y percibió el leve aroma a lavanda de su piel.

Sus miradas se cruzaron y, en aquel prolongado instante, Tristan sintió el peso de deseos no expresados presionándoles. Era como si el aire que respiraban estuviera cargado de expectación, un reconocimiento silencioso de la atracción que ya no podían negar.

—Emmeline —susurró él, el nombre como una caricia en sus labios, la mano cerca del calor de su piel. Tristan sintió el temblor que la recorrió cuando escuchó su nombre pronunciado de forma tan íntima, percibió el rubor que adornaba sus mejillas.

—Tristan —respondió ella, con una ligera falta de aire en la voz que despertó algo en lo más profundo de su ser.

En aquel tranquilo rincón del mundo, rodeado de la belleza de la naturaleza y de la promesa del anochecer, Tristan sintió que una peligrosa esperanza se removía en su interior, que amenazaba con deshacer la despreocupada existencia que tan meticulosamente se había labrado. Y no podía importarle menos, porque en ella veía su redención.

Dejándose llevar por un impulso que no podía explicar ni resistir, Tristan estrechó el rostro de Emmeline entre sus manos y trazó con la yema del pulgar la suave línea de su mandíbula. La respiración de ella se entrecortó, un susurro en el silencio del jardín, y sin embargo rugió en los oídos de Tristan como el romper de las olas en la orilla.

—Tristan —suspiró ella, su voz era un canto de sirena que lo atraía, tejiendo un hechizo en torno a su corazón que él no quería romper.

—Cariño —respondió él, con cada sílaba impregnada de una urgencia que había estado hirviendo a fuego lento bajo la superficie de sus miradas robadas y sus verdades a medias.

A la luz menguante, vio cómo el deseo florecía en las profundidades de los ojos de Emmeline, y algo feroz y protector creció en su interior. Con una ternura que desmentía su reputación de bribón, Tristan bajó los labios hasta los de ella y le dio un beso tan natural como la brisa del atardecer que susurraba a su alrededor.

El beso fue una revelación, un *crescendo* de anhelo lleno de promesas tácitas. Fue tierno, un roce de labios que hablaba de veneración; sin embargo, crepitaba con un deseo que amenazaba con consumirlos a ambos. La suavidad de Emmeline cedió ante la firmeza de él, la inocencia de ella fue el contrapunto perfecto a la experiencia de él.

Se quedaron sin aliento cuando se separaron, con los rostros aún lo bastante cerca como para que él pudiera sentir la calidez de la exhalación de ella mezclándose con la suya. El corazón de Tristan retumbó contra su caja torácica, como algo salvaje que buscaba escapar para tener más de aquella mujer embriagadora que lo había atrapado sin darse cuenta.

—Perdóname —murmuró él, aunque sus ojos no delataban un arrepentimiento genuino, sino

una intensidad ardiente que buscaba su perdón y su consentimiento a la vez.

—No hay nada que perdonar —dijo Emmeline, con una pizca de picardía en la voz y un atrevimiento que coincidía con el de él.

A regañadientes, se separaron, el espacio que los separaba era un abismo lleno del peso de las palabras no dichas y de los sentimientos florecientes.

—¿Tienes que irte?

La pregunta de Emmeline era sencilla, pero llevaba la carga de mil miedos e incertidumbres.

—La prudencia lo exige —respondió Tristan, aunque cada fibra de su ser gritaba que permaneciera a su lado—. Debemos tener en cuenta lo que la sociedad consideraría apropiado. Tal y como están las cosas, estamos al borde del escándalo. No hay necesidad de echar más leña al fuego, pero ten por seguro que mañana vendré a verte. Creo que un paseo por Hyde Park será lo mejor.

—Me parece estupendo —dijo ella con una sonrisa, pero la decepción de sus ojos reflejaba la de los de Tristan.

Mientras caminaban hacia la casa, cada paso los alejaba más del jardín donde había florecido su relación. Las dudas atormentaban a Tristan: la idea de enfrentarse a un futuro sin la risa de Emmeline, sin su pasión, era insondable. Y, sin embargo, el espectro del compromiso, de la vulnerabilidad, lo dejaba luchando con un miedo que era tan antiguo como la pena que persistía en su corazón.

Miró a Emmeline, que se movía con su elegancia habitual, su aplomo no vacilaba ni siquiera cuando su mirada se detenía en él con una intensidad silenciosa. En ese momento, supo que eran almas gemelas unidas por el anhelo de algo más que los papeles que representaban: un pícaro y una dama, sus corazones tan rebosantes de sueños que eran imposibles de confinar.

—Buenas noches, mi querida Emmeline —dijo él, con voz suave y áspera por la emoción, cuando llegaron a la puerta principal.

—Buenas noches, milord —respondió ella, con una sonrisa agrisada.

Se separaron con una última y persistente mirada, cada uno con un afecto recién descubierto y el tormento de la incertidumbre. Sin embargo, en el fondo del alma de Tristan, se había encendido un destello de esperanza, atreviéndose a creer que tal vez, solo tal vez, el amor era un riesgo que valía la pena correr.

Ocho



Tristan, señor de la picardía y el encanto, detuvo su corcel ante la residencia londinense de Emmeline. Su corazón latía con expectación mientras se apeaba con una elegancia que contradecía el fantasma siempre presente de su lesión pasada. El dolor persistente en la pierna era un precio pequeño por el privilegio que le esperaba: un paseo matutino por Hyde Park con su encantadora futura esposa.

Vestido con un abrigo de montar a medida que le ceñía los amplios hombros y un chaleco con un bordado sutil, Tristan lucía una figura imponente sobre el telón de fondo de las viviendas de Upper Seymour Street. Sus pantalones, de la mejor piel de ante, se ajustaban perfectamente a los muslos musculosos, y las botas de arpillera pulida brillaban a la suave luz del amanecer. Se había peinado meticulosamente hacia atrás, pero algunos mechones rebeldes desafiaban el orden, dándole un aire despreocupado y sensual.

A pesar de su porte impecable, un nerviosismo inusual alteraba el aplomo habitual de Tristan. Aunque era completamente innecesario, se ajustó la corbata mientras subía los escalones que conducían a la puerta de Emmeline, cada paso medido y deliberado.

Sus ojos, normalmente con un brillo travieso, contenían una profunda emoción al darse cuenta del verdadero motivo de su visita. No era solo el hecho de acompañarla por el parque lo que le aceleraba el pulso. Era el significado del momento, la promesa tácita de que el esfuerzo de hoy los acercaría al reino de la comprensión íntima. Para un hombre que había vivido su vida rozando los límites la conexión verdadera, la perspectiva era a la vez estimulante y abrumadora.

—Lord Breckenridge —entonó el mayordomo al abrirse la puerta, sacando a Tristan de su ensueño.

—Buenos días —respondió Tristan, su voz reflejaba la seguridad de su posición. Sin embargo, bajo la apariencia de confianza, su corazón palpitaba con un anhelo desconocido, un anhelo que le atraía hacia un territorio desconocido: el dulce paisaje del corazón.

Emmeline entró en el vestíbulo, con una sonrisa curvando sus labios en forma de arco.

A Tristan se le cortó la respiración al verla, y su determinación flaqueó momentáneamente ante el resplandor de su belleza. Pero se recuperó rápidamente, haciendo acopio de todo el encanto y la confianza que pudo reunir. Con una reverencia elegante y respetuosa a la vez, Tristan extendió una mano, mostrando un pequeño paquete elegantemente envuelto. La caja era de un lujo discreto, su superficie de un rico tono caoba compensado por el suave brillo de una cinta de satén color crema atada en un intrincado lazo.

—Señorita Brooks —comenzó a decir él, con palabras llenas de una calidez reservada para

momentos como aquel—, me veo obligado a obsequiarte con una bagatela.

La expectación que danzaba en sus ojos delataba la importancia que concedía a esa «bagatela». Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba, como si luchara por contener la enormidad de lo que contenía aquella caja de madera pulida.

El corazón de Emmeline dio un curioso brinco y su mirada revoloteó entre el regalo y la expresión expectante de Tristan. Extendió la mano y sus dedos rozaron la fría seda de la cinta antes de agarrar la caja.

—Milord, no deberías haberte molestado. No esperaba que me regalaras nada —dijo, con una sonrisa en los labios mientras su mente bullía ante las posibilidades. Sus manos, que solían ser firmes y seguras, temblaban ligeramente al deshacer el lazo, y la cinta susurraba mientras la soltaba.

Tristan observaba, expectante con la respiración entrecortada mientras ella descubría lo que había en la caja. Cada suave tirón que los delicados dedos de Emmeline daban a la cinta, le parecía como si estuviera desenredando sus propias defensas. Una emoción de suspense, que parecía cargar el aire entre ellos con la electricidad de su incipiente conexión, reemplazó su tranquilidad habitual.

Al abrir la tapa de la caja, el contenido permanecía oculto a su vista, pero él observó con agudeza cada cambio en las facciones de la muchacha: cómo abría sus ojos color avellana y la separación de sus labios rosados a medida que la sorpresa iba tomando forma ante ella.

Dentro del terciopelo acolchado, un anillo de delicada filigrana de oro acunaba un zafiro tan intenso e infinito como el cielo de medianoche. No era un simple adorno. Era un susurro de la historia, una reliquia del linaje de Tristan. Su madre había llevado esa muestra de amor familiar.

Junto al anillo yacía un pequeño libro encuadernado en cuero, con la cubierta grabada con volutas que denotaban una gran destreza artesanal. Un cordón trenzado sujetaba la portada, sugiriendo que el contenido guardaba algo íntimo destinado solo a ojos de gente querida. A Emmeline se le cortó la respiración al abrir la primera página, donde se encontró un anuncio de los esponsales, una declaración escrita con florituras caligráficas que anunciaba su inminente unión. Cada palabra parecía bailar sobre el papel, un vals de promesas y destino. Pasó las páginas y descubrió que el resto estaban en blanco.

—Es un diario para que dejes constancia de nuestra vida juntos —dijo él, con voz grave—. Pretendo proporcionarte muchos momentos felices y recuerdos entrañables. Y el anillo... Era de mi madre.

Emmeline sintió que el mundo se reducía al espacio entre su corazón y los regalos que tenía ante ella. El anillo simbolizaba un linaje de amor que Tristan se ofrecía a compartir con ella, mientras que el anuncio de esponsales dentro del libro unía sus destinos en tinta y pergamino.

Las esquinas de los ojos de Emmeline brillaron con lágrimas aún por derramar, un testimonio de la oleada de emoción que surgió dentro de ella. Levantó la mirada para encontrarse con la de él, buscando en las verdes profundidades la sombra de la duda o la broma, pero no encontró ninguna. Solo le devolvió el deseo sincero, un espejo de su propio afecto naciente.

—Tristan —comenzó a decir ella, con la voz apenas un susurro, cargada de gratitud y de una emoción mucho más profunda de lo que las palabras podían expresar—. Este regalo... es más de lo que jamás podría haber esperado. Me has dado no solo una muestra de tu estima, sino una parte de tu herencia. —Le tembló la mano cuando la alargó para tocar el anillo, la frescura de la gema la ancló al momento presente—. Me siento muy honrada de que me confíes tan preciado vestigio de tu pasado.

Su voz tembló, traicionando la intensidad de sus emociones.

Los dedos de Tristan rozaron los suyos, un simple roce que le produjo a Emmeline una oleada de calor. Durante el dulce intercambio, Emmeline reconoció la profundidad de su comprensión, el esfuerzo que había invertido en seleccionar algo tan significativo. Su corazón, antes reservado y resuelto, palpitaba ahora con un afecto cada vez mayor por el hombre que tenía delante: ya no solo el infame lord Breckenridge, sino Tristan, el hombre que se convertiría en su esposo.

Él sacó el anillo de la caja y le cogió la mano.

—Permíteme —dijo, y deslizó el anillo en su dedo.

Ella le sonrió antes de contemplar el anillo en su dedo.

—Supongo que ya es oficial. Soy tu prometida.

—Por supuesto que lo eres. Y todo Londres lo sabrá al final del día. Ahora ven, Emmeline —dijo él, con una voz impregnada de un encanto que le produjo un escalofrío—. Nos espera un futuro lleno de trances y promesas. Pero no temas: lo recorreremos con la elegancia y la astucia que corresponden a una dama de tu talla... y a un caballero de mi... reputación.

Sus mejillas se sonrojaron ante el tono sugerente de sus palabras, pero agradeció la emoción que le produjo. Con una inclinación de cabeza, aceptó el reto que se les ponía por delante y, juntos, salieron a la bulliciosa calle londinense.

Con una sonrisa que disimulaba sus tumultuosas emociones, Emmeline aceptó la mano tendida de Tristan y se subió a la silla de una yegua alazana que la esperaba. El animal brincó bajo ella, como si pudiera sentir la excitación que se respiraba entre ella y el hombre que tan inesperadamente había capturado su corazón.

—¿Estás segura de que puedes manejar a un corcel tan brioso, señorita Brooks? —preguntó Tristan, con voz juguetona mientras montaba sin apenas esfuerzo a su propio semental azabache, la encarnación de la elegancia y la virilidad.

—Lord Breckenridge, le aseguro que soy bastante hábil para manejar cualquier cosa... —respondió Emmeline arqueando juguetonamente sus cejas, y permitiendo un atisbo de flirteo en su tono. Sus miradas se cruzaron, un reconocimiento silencioso del doble sentido que había en sus palabras.

A medida que avanzaban a trote suave, Hyde Park se desplegaba ante ellos, una exuberante extensión de esplendor natural. El sol de la mañana proyectaba un resplandor dorado sobre la exuberante vegetación, iluminando las vibrantes tonalidades de los macizos de flores que florecían con imprudente abandono. El aroma de las rosas y la lavanda flotaba en el aire, mezclado con el aroma terroso de la tierra húmeda y las pesadas hojas verdes.

—Mira cómo la luz del sol se cuela entre los árboles —comentó Emmeline, siguiendo con la mirada el juego de luces y sombras en el camino.

—De hecho, es como si los cielos conspiraran para colmarnos de bendiciones hoy —respondió Tristan, y sus palabras estaban impregnadas de un calor que le aceleró el pulso a Emmeline.

Las risas de los que estaban de picnic se dirigieron hacia ellos, arrastradas por la suave brisa que agitaba las hojas. Los dulces acordes de un cuarteto de cuerda que tocaba en algún lugar a lo lejos llegaban a sus oídos, añadiendo una capa de encanto al paseo matutino.

Su conversación fluía con tanta soltura como el viento, un delicioso intercambio de ocurrencias y bromas que recalcaban la creciente conexión entre ellos. Con cada carcajada que compartían, Emmeline sentía que los recelos que había tenido al comienzo de su relación se desmoronaban poco a poco, los cimientos de escándalo sacudidos por la sinceridad y el encanto del hombre que tenía a su lado.

—Emmeline, si alguna vez te cansas de los límites impuestos por la sociedad, creo que serías una excelente jinete —bromeó Tristan, con un brillo travieso en los ojos mientras la observaba guiar con pericia a su caballo por un recodo del camino.

—No me tientes con una vida de escándalos, milord. Aunque debo confesar que la idea tiene cierto... encanto —replicó ella, con las comisuras de los labios curvadas por la diversión.

Sus risas se mezclaban con los sonidos de la naturaleza a su alrededor, un dúo armonioso que resonaba con la promesa de lo que aún estaba por llegar.

La montura de Emmeline trotaba con una elegancia que reflejaba la suya. Al girar por un sendero más estrecho, las irregularidades del terreno hicieron que Tristan se inclinara hacia delante y pusiera la mano en la espalda de Emmeline con aire protector. Su tacto era ligero, casi vacilante, pero la estremeció. Podía sentir el calor de su palma a través de la tela de su traje de montar, una muestra de su preocupación por el bienestar de ella.

—Tranquila —murmuró él.

—Sí, milord —respondió Emmeline, con voz firme a pesar de la agitación de su pecho—. Tu atención es de lo más... tranquilizadora.

La yegua se calmó bajo las órdenes de Emmeline, pero el latido de su corazón no cesó, acrecentado por la proximidad de Tristan.

Mientras cabalgaban, le lanzaba miradas furtivas, fijándose en la forma en que sus mechones castaños se enroscaban justo bajo el ala de su sombrero, o en cómo sus ojos verdes parecían contener motas de oro a la resplandeciente luz del día. Era más guapo de lo que cualquier hombre tenía derecho a ser. Cada mirada robada parecía un secreto compartido entre ellos, un momento arrebatado al implacable paso del tiempo.

En un momento dado, una rama baja amenazó con hacer caer de la silla a Emmeline y, con un rápido movimiento, él alargó la mano y sus dedos rozaron los de ella al apartar la rama. Ella respiró entrecortadamente por el contacto y lo miró a los ojos, encontrando un reflejo de la calidez que hormigueaba en sus venas.

—Gracias —susurró ella.

—No te preocupes —dijo él, con un tono de voz más ronco que antes—. Solo me aseguro de que nuestro viaje sea... agradable.

Sin embargo, había un aire cargado entre ellos, cada intercambio educado mezclado con matices de deseo. El roce casual de la pierna de él con la de ella cuando sus caballos se acercaban demasiado, el contacto prolongado cuando la ayudaba a ajustar las riendas...; cada contacto encendía un fuego que amenazaba con consumir todo decoro.

—Parece que el paseo por Hyde Park te sienta bien, Emmeline —dijo él, con una sonrisa atrevida—. ¿O tal vez es mi compañía la que ha inspirado un resplandor tan radiante?

—Tal vez sea el parque... o tal vez sea el buen tiempo —bromeó ella, sus ojos bailando con alegría—. Hay que tener cuidado de no suponer demasiado, milord.

—Por supuesto —rio él—. Las suposiciones son cosa de tontos y vividores, y yo no aspiraría a ser ni lo uno ni lo otro en tu presencia.

Su conversación fluyó como una danza, movimientos coreografiados por la sociedad pero imbuidos de una pasión que ansiaba liberarse. Y mientras seguían cabalgando, Emmeline no pudo evitar preguntarse cómo sería entregarse a la escandalosa vida que Tristan había insinuado: una vida en la que las caricias perduraban y las miradas encerraban mil palabras. Supuso que estaba a punto de averiguarlo.

—Dime —se atrevió a decir Emmeline, su voz una suave melodía mezclándose con el susurro de las hojas—, ¿qué lleva a un hombre de tus... variadas ocupaciones a interesarse tanto

por los asuntos ecuestres?

—Querida —respondió él, con un brillo juguetón iluminando su mirada—, un caballo es como la vida misma: impredecible, poderoso y requiere cierta delicadeza para manejarlo. Además, hay una libertad a lomos de un pura sangre que me parece embriagadora.

—Libertad —repitió ella, y su mirada se encontró con la de Tristan con una intensidad que contradecía su serenidad exterior—. Un concepto que ambos parecemos valorar, aunque sospecho que nuestras definiciones difieren un poco.

—Quizá no tanto como crees —replicó él, bajando el tono de su voz hasta un punto que la hizo estremecerse—. Ambos estamos sujetos a expectativas, a los papeles que se nos han asignado. Sin embargo, aquí estamos, cabalgando uno al lado del otro, dueños de nuestro propio camino.

A Emmeline se le aceleró el corazón y se le cortó la respiración al entender lo que implicaban sus palabras.

—¿Y si uno se desviara del camino trillado? —preguntó ella, buscando en su mirada secretos inconfesables.

—Entonces podría descubrir nuevos horizontes, y placeres, que habían estado ocultos todo el tiempo.

La mano de él rozó la suya, un toque fugaz que le abrasó la piel a través del cuero del guante.

Sus caballos aminoraron la marcha, como si percibieran el cambio en sus jinetes, un anhelo compartido de algo más profundo que el mero flirteo.

—Nuevos horizontes —reflexionó Emmeline, con la mente perdida en las posibilidades que yacían más allá del horizonte de su vida, antaño predecible—. Hay que ser valiente para explorarlos.

—Valiente —musitó él—, o quizá simplemente tener la compañía adecuada.

—Tu compañía —admitió Emmeline, su confesión envuelta en el velo de la broma— ha demostrado ser toda una aventura, Tristan.

—Una aventura que no ha hecho más que empezar —prometió él, y sus palabras estaban impregnadas de una audacia que dejaba entrever los escandalosos placeres que tan a menudo se permitía, un mundo que ahora le ofrecía a ella, si se atrevía a aceptarlo.

Tristan dio un toque a su semental con una sutil presión del talón, guiando a la bestia cada vez más cerca de la yegua moteada de Emmeline. El sol de la tarde desapareció tras las nubes de tormenta, iluminando a la pareja con un cálido resplandor ámbar.

—Emmeline —dijo él, su voz un susurro ronco que hizo que el vello de su nuca se erizara—. Me temo que nos queda poco tiempo.

Ella se volvió hacia él, sintiendo el calor de su mirada como si fuera una caricia tangible contra su mejilla. La proximidad de sus monturas le permitió notar la leve barba incipiente a lo largo de su mandíbula, la forma en que su corbata se había desabrochado un poco por el viaje, insinuando un carácter salvaje bajo su pulido exterior.

—Eso parece. Sin embargo, me resisto a que termine —respondió ella, con una sinceridad que la sorprendió incluso a sí misma.

Sus miradas se cruzaron y, por un momento, el mundo que los rodeaba pareció detenerse, un respiro suspendido en el tiempo en el que la verdad de su conexión se reconocía sin necesidad de palabras. El aire vibraba con el entendimiento silencioso entre ellos, cargado de la intimidad de los secretos compartidos y los deseos no expresados.

Como si el propio cielo quisiera prolongar aquel momento, las nubes se espesaron y oscurecieron el azul, antes claro, con ominosos tonos grises. Un lejano trueno resonó en el

parque, preludio de la tempestad que pronto estallaría.

—Me temo que no hay tiempo para devolverte a casa antes de la tormenta. Debemos buscar refugio. —Su tono era ahora apremiante, pero había un trasfondo de algo más: excitación, tal vez, por el giro inesperado que los obligaría a recluirse—. ¡Rápido, por aquí!

Tomó la delantera, impulsando a su caballo al galope hacia un bosquecillo de robles centenarios cuyas gruesas ramas prometían refugio.

Siguiendo su ejemplo, Emmeline instó a su yegua a seguir el ritmo del semental de Tristan. Uno al lado del otro, galoparon contra la tormenta, los cascos retumbando contra la tierra, asemejando el ruido de los truenos. Cuando cayeron las primeras gotas, esparciéndose como diamantes entre el follaje, llegaron a las ramas de los árboles que ofrecían cobijo.

Desmontando con elegancia, Tristan extendió la mano para ayudar a Emmeline. Los dedos de ella rozaron los de él, y el contacto le provocó una sacudida mientras él la ayudaba a bajar. Sus caballos estaban cerca, con las cabezas inclinadas contra la lluvia que caía más allá de su frondoso santuario.

—Parece que estamos atrapados —dijo ella, su voz apenas se escuchaba por encima del sonido de la lluvia, pero cada sílaba vibraba en los oídos de Tristan.

—¿Atrapados, o casualmente aislados? —preguntó Tristan, acercándose, con los ojos brillantes de aquel encanto pícaro que a ella le resultaba tan exasperantemente atractivo.

El espacio entre ellos disminuyó hasta que ella pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo, y oler el sutil aroma de su colonia mezclado con el almizcle terroso de la lluvia. Levantó la vista hacia él y sus ojos se llenaron de una tormenta de pasión, confusión y expectación.

—Tal vez un poco de las dos cosas —susurró ella.

Durante un largo segundo lleno de tensión, permanecieron separados por escasos centímetros, el mundo reducido al espacio que había bajo el roble, el sonido de la lluvia y el calor entre ellos. Entonces, como impulsado por una fuerza superior a la de ambos, Tristan levantó la mano y le quitó una gota de lluvia de la mejilla.

—Emmeline —murmuró, y ella supo que lo que vendría a continuación la cambiaría irrevocablemente.

Nueve

Tristan sintió el pulso de Emmeline bajo su pulgar, un delicado aleteo contra su piel que decía mucho con su lenguaje silencioso. El suave repiqueteo de la lluvia los envolvió en un escudo de privacidad, ahogando los ruidos del mundo exterior y acentuando la intimidad que compartían bajo el dosel protector del roble.

Tristan dio un paso adelante, minimizando aún más la distancia, rozando los límites del decoro con una elegancia a la que ya estaba habituado.

—Mi querida Emmeline —dijo él, cada sílaba cargada de un significado que le produjo escalofríos—, ¿es posible que nuestra amistad haya alcanzado un nivel más... profundo?

—Tales sugerencias son peligrosas, milord —replicó ella, con voz de susurro.

—Tal vez —reconoció él, con un brillo juguetón bailando en sus ojos—, pero el peligro siempre ha tenido su encanto, ¿no es así?

—Solo para aquellos lo bastante temerarios como para buscarlo —dijo ella, respondiendo a su desafío con su propio ingenio.

—Entonces considérame un pretendiente dispuesto al peligro, especialmente cuando la recompensa es pasar tiempo contigo.

Las comisuras de sus labios se torcieron ligeramente. Se acercó aún más, su corazón latía con fuerza y sintió una repentina oleada de calor que recorría sus venas. Su cuerpo estaba en alerta máxima, sus sentidos agudizados al estar tan cerca de Emmeline.

Olía divinamente, a lavanda recién recogida y a suave lluvia primaveral. Sus ojos brillaban con un destello travieso que daba a entender que compartían la comprensión del territorio prohibido en el que se estaban adentrando. Cuando ella se inclinó hacia él, separando ligeramente los labios, con la expectación reflejada en el rostro, él apenas pudo contenerse.

—Mi dulce Emmeline —exhaló, con voz profunda y ronca. Pasó las yemas de los dedos por la delicada curva de su mejilla antes de rozarle suavemente los labios con el pulgar. Ella tembló bajo su contacto y él se preguntó si sentía el mismo deseo que lo consumía a él.

Emmeline cerró los ojos mientras se deleitaba por el contacto, y sus labios se separaron ligeramente para pedirle más. El momento quedó suspendido en el tiempo. Los sonidos del viento entre las hojas y el repiqueteo de la lluvia se desvanecieron en el fondo, sustituidos por el estruendoso latido del corazón de Tristan y el susurro silencioso del vestido de ella rozando los pantalones de él. Despacio, muy despacio, Tristan inclinó la cabeza hacia la de ella hasta que sus labios quedaron a un suspiro de distancia. Los ojos de Emmeline se clavaron en los suyos. Sus pupilas se dilataron por el deseo y un suave gemido escapó de su garganta cuando él rozó sus

labios.

El contacto le produjo escalofríos. Con un tierno fervor, él profundizó el beso, mordiéndole suavemente el labio inferior antes de trazar su contorno con la lengua. Ella emitió un pequeño sonido de rendición antes de abrirse completamente a él, y sus manos se aferraron a los hombros de Tristan.

Sus cuerpos se apretaban el uno contra el otro, como si siempre hubieran encajado así, y sus corazones latían al ritmo de la lluvia. Las manos de Tristan se dirigieron hacia las caderas de ella, sujetándola contra él mientras profundizaba aún más el beso, explorando cada curva y contorno de su boca con un hambre cada vez mayor.

Se perdieron el uno en el abrazo del otro, ajenos al mundo empapado por la lluvia más allá de su oasis privado. Su mundo se reducía a ese momento robado con su prometida, una mujer que estaba descubriendo rápidamente que era mucho más de lo que jamás hubiera imaginado.

A medida que aumentaba la intensidad de su beso, una sensación de urgencia crecía en el interior de Tristan. Quería reclamarla como suya, hacerle comprender que le pertenecía. Sus manos pasaron de las caderas de ella a acariciarle la cara. El sabor de sus labios era embriagador, y se ahogó en la dulce sensación.

Sintió una atracción, una necesidad instintiva de proteger y cuidar a la mujer que tenía entre sus brazos. El corazón le latía con fuerza en el pecho cuando se separó del beso y la miró a los ojos con una intensidad que los dejó a los dos sin aliento.

—Emmeline —exhaló—, yo... —Pero se quedó sin palabras para describir la intensidad de las emociones que lo invadían en aquel momento.

—Lo sé —susurró ella, con las mejillas de un intenso tono carmesí, pero los ojos ardiendo con un fuego que reflejaba los de él. Emmeline se mordió el labio inferior, un gesto que hizo arder su corazón.

En ese instante, Tristan supo que su relación estaba a punto de convertirse en algo monumental, algo que desafiaba las limitaciones del deber o las convenciones sociales; algo mucho más peligroso e infinitamente más dulce.

La besó profundamente y con insistencia mientras deslizaba la mano bajo sus faldas, buscando hasta encontrar la humedad que le aguardaba entre los muslos. Ella ofreció poca resistencia a su tacto experimentado cuando él acarició sus pliegues y trazó círculos alrededor del pequeño manojito de nervios. Emmeline gimió, echó la cabeza hacia atrás y se apretó contra la palma de su mano. Él la sostuvo firmemente contra su cuerpo mientras ella se entregaba al placer que la recorría, un ancla en la vorágine de placer que él desataba. Trazó círculos alrededor de su clítoris hinchado antes de hundir un dedo en su interior para penetrarla y jugar con ella.

—Tristan... Yo...

—Acaba para mí, cariño. Entrégate al placer —dijo él, mientras aumentaba sus esfuerzos. Ella se aferró más a él, clavándole las uñas en los hombros, mientras la invadía una oleada tras otra de placer.

Tristan abrazó a Emmeline mientras ella se recuperaba de su clímax, con los labios apretados contra los suyos en un beso suave y prolongado. Podía sentir cómo su cuerpo temblaba entre sus brazos mientras le frotaba la espalda con pequeños círculos.

—¿Estás bien? —susurró contra sus labios, con voz preocupada.

Emmeline asintió, aún sin aliento para hablar. Apoyó la frente en su pecho y cerró los ojos, respirando hondo para calmarse. Él sonrió suavemente, deleitándose por la intimidad de su conexión.

Al cabo de unos instantes, ella se apartó y lo miró con una tímida sonrisa.

—Nunca... —empezó a decir, pero se sonrojó mucho antes de terminar la frase.

Tristan se rio y le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—¿Nunca qué?

Ella apartó la mirada un momento antes de volver a mirarle.

—Nunca me había sentido así —admitió, con las mejillas aún sonrojadas.

A Tristan le dio un vuelco el corazón al oír su confesión. Desde el principio había sabido que Emmeline tenía algo especial, algo que la diferenciaba de cualquier otra mujer que hubiera conocido. Y se sentía cada vez más hechizado por ella.

—Lo sé —le dijo suavemente mientras le acariciaba la cara—. Y te prometo, querida, que esto es solo el principio.

Los ojos de Emmeline se abrieron de par en par ante sus palabras y sintió que el calor recorría cada centímetro de su cuerpo. Su promesa encendió algo en su interior: el deseo de explorar aquella nueva pasión entre ambos.

Sin dudarlo, tiró de él para darle otro beso. Con más hambre y urgencia que el anterior. Tristan respondió con pasión, acercándola hasta que volvieron a estar estrechamente unidos.

Ella lo miró, sin aliento, con una sonrisa en los labios.

—Tristan —suspiró, sus ojos brillando con una nueva luz—. Nunca pensé... Quiero decir...

—Calla —la amonestó suavemente, pasándole el pulgar por el labio inferior hinchado mientras le dedicaba una sonrisa burlona—. No hacen falta palabras, mi amor. Tus actos hablan mucho más que cualquier disculpa.

Ella se sonrojó y bajó la mirada tímidamente, pero no antes de que él captara el rastro de una sonrisa que bailaba en sus labios.

—Eres insufrible.

—Y tú, milady —dijo él inclinando la cabeza—, eres de todo menos convencional. Creo que tendremos un matrimonio feliz y lleno de acontecimientos. —Le ofreció la mano una vez más—. ¿Reanudamos nuestro paseo? Parece que ya ha amainado la tormenta.

Ella tomó su mano sin vacilar esta vez, sus dedos entrelazados con los de él en una poderosa muestra de confianza que los dejó a ambos tambaleándose a su paso. Caminaron juntos hacia sus caballos.

Cuando llegaron a los caballos, Tristan le ofreció su ayuda, la galantería personificada, aunque la leve presión de su mano en su espalda mientras la ayudaba a montar decía mucho de sus verdaderas intenciones.

Ella aceptó su ayuda con una inclinación de cabeza, con las mejillas sonrojadas por la emoción de la falta de decoro mezclada con la dulce promesa del descubrimiento. Tristan le guiñó un ojo de forma provocadora mientras montaba su propio caballo.

—¿Vamos?

—Por supuesto —dijo Emmeline.



El golpeteo de los cascos sobre el suelo húmedo parecía el eco de los latidos del corazón de Emmeline, tan erráticos y cargados como el aire después de la tormenta. Tristan guiaba a su corcel con soltura y los músculos de su brazo se flexionaban bajo el abrigo. Su pelo, despeinado por los dedos de ella, añadía un involuntario encanto desenfadado que hacía que Emmeline se fijara aún más en él.

—Tu destreza es impresionante —observó ella, sin que su voz revelara la calidez que latía

bajo su apariencia serena.

—Y pensar que aún no has visto todo el alcance de mis... talentos —replicó Tristan, con los ojos brillando con picardía. La insinuación flotaba entre ellos, una promesa velada envuelta en una broma juguetona.

Las mejillas de Emmeline ardieron mientras desviaba la mirada hacia el paisaje. Las hojas color esmeralda brillaban, mientras el aroma de la tierra húmeda se mezclaba con el tenue perfume de las rosas, haciendo que Emmeline respirara hondo mientras saboreaba el simple placer.

—Hyde Park está realmente resplandeciente en esta época del año —comentó, permitiéndose un momento de admiración por la belleza que los rodeaba.

—Estoy de acuerdo, palidece solo comparado con tu propio resplandor —replicó Tristan con suavidad, su cumplido transportado por la suave brisa.

Sintió que el color se le subía a las mejillas, una respuesta involuntaria que la irritaba y la emocionaba a la vez. Lanzó una mirada a Tristan, que cabalgaba con una maestría tan despreocupada que no pudo evitar admirar la fuerza de sus formas y la seguridad con la que se mantenía.

Sus caballos se movían a la par, en una danza sincronizada que reflejaba la creciente armonía entre jinete y acompañante. Con cada curva del camino, Emmeline se sentía más en sintonía con su presencia: el sonido de su respiración, el calor que emanaba de su cuerpo, incluso el más mínimo cambio en su postura.

Tristan la miró.

—Quizá me escape contigo mañana en la fiesta de mi hermano.

Sus mejillas se volvieron a encender ante la insinuación.

—Dime, ¿tienes más intereses aparte actividades escandalosas? —dijo Emmeline, a modo de desafío.

—Muchos —respondió él, con una voz grave y sensual—. Soy un hombre de muchas pasiones, aunque en estos momentos me encuentro singularmente fascinado.

—La fascinación puede ser una aflicción peligrosa —se burló Emmeline, mientras su corazón bailaba un vals peligroso.

—Solo si uno teme las profundidades a las que puede conducir —dijo él, acercando su caballo hasta que sus rodillas estuvieron a punto de rozarse. La mirada de él se clavó en la de ella, con una pregunta silenciosa flotando en el espacio que los separaba.

La intensidad de su mirada era tal que Emmeline se encontró momentáneamente perdida en las verdes profundidades de sus ojos. Y en esa mirada, no vio al vividor, sino al hombre: vulnerable, en busca de algo, y tal vez un poco indeciso.

—Quizá merezca la pena correr algunos riesgos —susurró ella, con voz apenas audible por encima del susurro de las hojas.

Él esbozó una sonrisa, suave pero cargada de significado, y alargó la mano para acomodarle un rizo que se le había escapado del tocado. Su contacto fue breve, pero permaneció en su piel, marcándola con una sensación de anhelo tan aterradora como estimulante.

—Entonces arriesguémonos juntos —propuso él, con un tono serio y lleno de una emoción que ella no se atrevía a nombrar.

—Me siento bastante dispuesta a ello —dijo Emmeline. Su espíritu se animó con la emoción de los caminos desconocidos que podrían recorrer, uno al lado del otro.

Diez

El sol brillaba en lo alto, sus tonos dorados danzaban sobre la superficie del agua mientras Emmeline se alejaba del jolgorio de la fiesta en el jardín. Su mirada se cruzó con la de Tristan. Sus ojos se encontraron a través del césped. Se produjo un intercambio silencioso, lleno de entendimiento tácito. Como arrastrada por un hilo invisible, se encontró en la orilla del estanque, donde Tristan la esperaba con un bote de remos.

—Mi querida Emmeline —la saludó, con voz grave y suave, y una pizca de picardía parpadeando en sus ojos verdes—. ¿Te puedo tentar a alejarte del ruido por un momento?

—Milord —respondió ella, dejando que una pequeña sonrisa adornara sus labios—, acepto tu oferta con mucho gusto.

Le tendió la mano y la ayudó a subir a la embarcación con cuidado, como si se tratara de un tesoro poco común. Una vez acomodados, Tristan agarró los remos con soltura, mostrando la evidencia de su antigua vida de desenfreno en la fuerza segura de sus brazos. El rítmico chapoteo de los remos contra las plácidas aguas del estanque servía como contrapunto relajante a los lejanos sonidos de las risas y la música.

—¿Has encontrado siempre consuelo en el agua? —inquirió Emmeline, con un tono suave, aunque no falto de curiosidad.

—La verdad es que sí —confesó Tristan, con la mirada fija en el horizonte antes de volver a enfocar los ojos en los de ella—. Aquí se respira una cierta libertad, una paz que rara vez disfrutaban los de nuestra posición. ¿Y tú, Emmeline? ¿Te refugias a menudo de la alegría de reuniones como esta?

—Más a menudo de lo que uno podría suponer —admitió ella, con su travieso intelecto merodeando tras su apariencia calmada—. Hay una gran belleza en los momentos de reflexión tranquila, lejos de las miradas indiscretas de la alta sociedad. —Una mirada cómplice se cruzó entre ellos, reconociendo el peso de las presiones sociales que soportaba cada uno: el vividor que enmascaraba sus inseguridades con encanto y la dama de principios cuyo apasionado corazón se ocultaba bajo capas de decoro—. Debo admitir que siento una gran curiosidad por ti —dijo ella, inclinando la cabeza para estudiarle.

—¿En serio? —Él se tocó la mandíbula con un dedo, como si estuviera considerando las palabras de Emmeline—. ¿Puedo saber qué preguntas tienes?

—Para empezar, no puedo evitar fijarme en que a veces te inclinas hacia la pierna derecha —dijo ella, dejando que su mirada recorriera la pierna extendida, admirando su musculatura.

—Me temo que es una historia bastante aburrida. Me la rompí el año pasado cuando me caí

del caballo.

Emmeline se inclinó hacia él, con la curiosidad brillando en su mirada.

—¿En una carrera?

Él se echó a reír.

—Nada por el estilo. Acompañaba a mi hermana cuando otro jinete se abalanzó sobre nosotros. Mi caballo se asustó y me tiró.

Su conversación fluyó como el agua bajo su barca, hablando de literatura, arte y su afición común por los caballos. Se reían con facilidad, en una armonía encantadora con el suave batir de las olas contra el casco.

—Tu risa es una melodía que podría calmar hasta el espíritu más atormentado —comentó Tristan, con un brillo juguetón en los ojos que contradecía la sinceridad de sus palabras.

—Lisonjero —le reprendió Emmeline, aunque el calor de sus mejillas delataba que agradecía el cumplido—. Cualquiera diría que practicas esas frases para cortejar a damas desprevenidas.

—Ah, pero tú no eres una dama desprevenida —replicó él, su flirteo como un velo sobre el vínculo más profundo que se había tejido entre ellos—. Eres un desafío: una mujer inteligente y perspicaz.

—Entonces tomaré tus palabras como el mayor de los elogios —respondió ella, con su propia voz teñida de matices seductores.

Mientras el bote de remos navegaba a la deriva, el mundo más allá del estanque parecía desvanecerse en la insignificancia. Emmeline sintió que las barreras que los separaban se desvanecían en el abrazo apacible de la naturaleza.

Sus dedos acariciaron con ternura el suave paquete anidado en los pliegues de su falda, cuya presencia era una alegría secreta que había estado revoloteando en su corazón toda la mañana. El ritmo constante del bote de remos contra el tranquilo estanque le infundió valor. Miró a Tristan y sintió una oleada de afecto.

—Tristan —empezó a decir, su voz un susurro que apenas se escuchaba por encima del suave murmullo del agua—, tengo algo para ti.

Sacó la mano y mostró un pequeño paquete envuelto en papel fino y atado con una cinta de seda.

La mirada de Tristan se desvió de la tranquila extensión del estanque al regalo que tenía en la mano extendida, sus cejas se arquearon y sus labios se curvaron con una sonrisa de intriga.

—¿Para mí? —preguntó, con un tono entre sorprendido y travieso—. Es un honor.

Su semblante reflejó la sorpresa al aceptar su ofrecimiento. En su mirada había un profundo interés. Aflojó la cinta de seda con habilidad y descubrió el contenido: un pañuelo de lino de la mejor calidad, con un intrincado bordado de un semental galopando.

—Emmeline... —Deslizó los dedos por las delicadas puntadas—. Es precioso. Un tesoro que guardaré siempre conmigo.

Las palabras eran simples, pero llevaban el peso de las emociones no expresadas, de la confianza que crecía lentamente y de las barreras que se derrumbaban.

—Quería darte algo para recordar nuestro tiempo juntos. —Un rubor coloreó sus mejillas—. ¿Te gusta?

—Me encanta. Lo guardaré siempre como un tesoro.

Su voz resonaba con sinceridad.

El corazón de Emmeline se hinchó ante la intensidad de su mirada. En ese momento de tranquilidad, sus almas se sintieron entrelazadas, un vínculo tácito que los acercaba. Entonces supo, con repentina claridad, que había conquistado su corazón.

Tristan dobló cuidadosamente el pañuelo y se lo metió en el chaleco, con el pulgar posado sobre el caballo bordado.

—Es demasiado, pequeña bribona. No merezco un regalo tan considerado.

Su tono era suave, pero sus ojos revelaban un sentimiento más serio.

Ellaladeó la cabeza, observándole.

—¿Por qué no?

Él vaciló.

—No estoy acostumbrado a gestos tan genuinos de una mujer. Me temo que mi reputación me precede, y como tal las mujeres no buscan vínculos duraderos. Yo tampoco he buscado afecto verdadero.

Ella le cogió la mano y le dio un apretón tranquilizador.

—Veo al hombre que hay bajo la leyenda, Tristan.

Sus palabras sinceras resonaron profundamente. Tristan entrelazó sus dedos con los de ella, el calor de su palma contra la suya ahuyentó las sombras persistentes.

—Eres demasiado buena, querida. —Su voz se volvió ronca—. No sé si alguna vez podré ser el hombre que te mereces.

Se quedó sin aliento al ver la vulnerabilidad en sus apuestos rasgos. Se inclinó más hacia él y acercó su mano libre para acariciarle la mandíbula.

—Te subestimas, Tristan. Cualquier mujer sería afortunada por poder tenerte.

Tristan giró la cabeza y rozó con los labios la delicada muñeca de ella. El contacto hizo saltar chispas a lo largo de su piel. Emmeline sabía que aquel momento: una mirada compartida, un pañuelo, una caricia; quedaría grabado en su memoria, un momento que atesoraría para siempre.

Justo cuando estaba a punto de hablar, la tranquilidad se rompió con una cacofonía de gritos y chapoteos. Los dos se giraron bruscamente hacia la conmoción, inclinándose instintivamente sobre el costado del bote de remos.

—¡Santo cielo! —jadeó Emmeline, al ver una barca volcada, con sus antiguos ocupantes agitándose en el agua.

El aire se llenó de gritos estridentes cuando cuatro cabezas emergieron de la superficie del agua: tres jóvenes damas y un caballero luchaban por mantenerse a flote.

—¡Ayúdennos, por favor! —gritó frenéticamente una de las damas.

—Quédate aquí —ordenó Tristan, con la voz cargada de urgencia, mientras se quitaba el abrigo. Con movimientos hábiles, se arremangó las mangas, mostrando unos antebrazos musculosos que sugerían una determinación oculta.

—Ten cuidado —gritó Emmeline tras él, sus palabras teñidas de preocupación mientras se aferraba a los bordes del bote de remos. Observó, con el pulso acelerado, cómo Tristan maniobraba sobre la borda. Los músculos de su espalda se tensaron mientras se precipitaba al agua con una elegancia que contradecía la urgencia de la situación.

Emmeline juntó las manos. Su mirada se centró en Tristan: el pelo castaño claro que el agua le peinaba hacia atrás, la firmeza de su mandíbula mientras nadaba hacia el tumulto con potentes brazadas.

La fría apariencia de libertino desapasionado se había desvanecido, revelando a un hombre de acción y coraje. Su corazón se sintió henchido dentro de los confines de su pecho, la admiración mezclada con una emoción que aún no se atrevía a nombrar. Lo vio llegar hasta la barca volcada, sus movimientos seguros mientras ayudaba a la primera de las jóvenes víctimas empapadas a agarrarse a los costados de su embarcación volcada.

—Tristan —susurró para sí misma, apenas se escuchó por encima del chapoteo del agua

contra el casco de su propia embarcación; su voz era una brizna de sonido arrastrada por la brisa. Semejante valentía, semejante indiferencia por su propio bienestar. Decía mucho del hombre que era en realidad bajo la capa de encanto provocador.

Allí, en medio del tumulto, dirigió a los individuos con autoridad tranquila, siendo su presencia un bálsamo para sus nervios a flor de piel. Emmeline observó los movimientos de sus músculos bajo la tela de su camisa, ahora pegada a su cuerpo, cada contorno hablaba de fuerza no solo de forma, sino de carácter.

—Tranquilos —le oyó decir al grupo, con un tono autoritario pero lleno de seguridad, una contradicción que solo un hombre como Tristan podía encarnar sin esfuerzo.

Su mirada seguía todos sus movimientos, el rescate se desarrollaba ante ella como una escena de la más emocionante de las novelas. Pero no se trataba de una ficción, sino del hombre por el que se sentía inexorablemente atraída, un hombre capaz de sumergirse, literal y figuradamente, en profundidades por el bien de los demás.

Cuando los últimos miembros del grupo subieron a la embarcación, Emmeline soltó un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. Tristan los había salvado a todos.

El agua le caía en cascada mientras volvía a subir al bote de remos con elegancia masculina a pesar de lo empapada que estaba su ropa. Su pelo, ahora peinado hacia atrás por el contacto con el agua, dejaba ver toda la amplitud de sus llamativos ojos verdes, que centelleaban con un brillo orgulloso. A Emmeline se le cortó la respiración al verlo, y su corazón latió al ritmo de las gotas que caían de los extremos de sus mangas.

—Tu galantería no tiene límites —le dijo, con un hilillo de voz sin ocultar su admiración, mientras le tendía una mano vacilante para ayudarlo.

—No es más que una nimiedad —respondió él, curvando los labios en una sonrisa de triunfo y picardía, la humedad de su ropa no disminuía el atractivo de su elegante presencia.

—¿Están todos bien? —preguntó ella, con el corazón latiéndole con fuerza.

—Bastante bien —le aseguró Tristan, mientras se pasaba una mano por el pelo húmedo y se esparcían las gotas de agua—. Un poco empapados, pero ilesos.

—Tu valentía es... extraordinaria —dijo ella, con las palabras impregnadas de admiración.

—No soy un héroe. He nadado en este estanque cientos de veces. Además, cualquier caballero habría hecho lo mismo —replicó él.

—Tal vez —convino Emmeline, permitiéndose una pequeña sonrisa—. Pero no cualquier caballero se tomaría mis halagos como tú ahora.

Tristan agarró los remos e impulsó el bote hacia la otra embarcación. Los ocupantes empapados se volvieron hacia él a medida que se acercaban.

—Gracias, lord Breckenridge —dijo una de las jóvenes entre escalofríos, con los ojos abiertos al darse cuenta de lo que podría haber ocurrido si él no hubiera intervenido a tiempo.

—No tiene importancia —respondió Tristan, su voz tenía el timbre de una profundidad tácita, una nota que atrajo cada vez más a Emmeline—. Pero quizá la próxima vez será mejor que no se acerque a los lirios. Son engañosamente enredadores.

Una carcajada alivió la tensión del momento y Emmeline no pudo evitar unirse a ella, mezclando su propia diversión con una calidez que floreció en su pecho. Era una sensación desconocida pero placentera, y al contemplar a Tristan, con la ropa pegada a su atlético cuerpo, una sensación de intimidad se extendió entre ellos, una conexión fomentada por la experiencia compartida y el respeto mutuo.

—Voy a llevarte sana y salva a la orilla —le ofreció Tristan, volviendo a tomar los remos con una insistencia gentil que no admitía discusión.

Mientras los ocupantes del bote volcado recuperaban la compostura, Emmeline observó cómo Tristan navegaba de vuelta a tierra firme, cómo los músculos de su espalda se movían bajo la tela de su camisa empapada. Aquella visión despertó en ella un anhelo que iba más allá del decoro, un deseo de conocer las capas que había bajo la superficie del vividor, de explorar las profundidades de un hombre capaz de semejante valor espontáneo.

—¿Señorita Brooks?

La voz de Tristan, teñida de curiosidad, la sacó de su ensueño.

—Perdóneme, solo estaba... reflexionando sobre el revuelo de esta tarde —contestó Emmeline, con las mejillas encendidas al pensar a dónde se le había ido la cabeza.

—Ah, reflexionar es un pasatiempo que se disfruta mejor en buena compañía —bromeó él, clavando su mirada en la de ella, una mirada que prometía desvelar verdades aún no dichas y anhelos desenfrenados.

Ella aceptó la mano que él le ofrecía y le permitió que la ayudara a bajar de la barca. Aún le hormigueaban los dedos por la calidez del tacto de Tristan mientras subían por la suave pendiente hacia la fiesta en el jardín. Las risas y los alegres acordes de un cuarteto de cuerda llegaron hasta ellos antes de que pudieran ver la colorida variedad de vestidos y chalecos que salpicaban la finca de los Breckenridge.

—Antes nos han interrumpido —empezó Tristan, y su voz adquirió un tono seductor—. Había planeado besarte.

—¿Ah, sí? —respondió ella, con un tono juguetón pero lleno de deseo.

—Quizá debería hacerlo ahora —dijo él, con una sonrisa pícaro en los labios.

—Estás empapado —dijo ella, y luego suspiró exasperada—. Debes cambiarte antes de que te resfríes. Además, alguien podría vernos.

Él se detuvo y se volvió hacia ella.

—Estamos prometidos. Los besos están permitidos y son de esperar.

—Me vas a estropear el vestido —dijo ella, tirando de su brazo—. Puedes besarme cuando te seques.

Le cogió la mano y la miró a los ojos.

—No me lo niegues —dijo antes de presionar sus labios contra los nudillos de ella. Le dedicó una sonrisa pícaro—. Eso sí que ha sido un beso —bromeó antes de guiñarle un ojo juguetón.

—Canalla. —Ella echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Lo que quieras. Cualquier cosa, querida.

Él sonrió mientras le soltaba la mano y reanudaban el paseo hacia la casa. Pronto subieron la última cuesta, con la vista completa de la fiesta en el jardín desplegándose ante ellos.

—Ah, ahí estás —dijo Louisa, lady Stone, saliendo de entre la multitud con un brillo travieso en los ojos—. Y estás empapado. ¿Qué ha pasado?

—Casi me ahogo —respondió Tristan con fingida gravedad, ofreciendo a su hermana una breve pero afectuosa sonrisa.

—No bromees. —Ella le dio un manotazo juguetón—. Ve a cambiarte. Le haré compañía a la señorita Brooks.

—No escuches ni una palabra de mi hermana —dijo él dirigiendo su mirada a Emmeline—, a menos que sea un halago, por supuesto. Volveré antes del próximo set.

Ambas mujeres negaron con la cabeza, con una leve sonrisa en los labios mientras él se marchaba.

—Señorita Brooks —dijo lady Stone dirigiendo su atención a Emmeline—, debe decirme dónde ha encontrado esta tela tan exquisita para su vestido. Es simplemente divina.

—Gracias, lady Stone —dijo Emmeline, agradecida por la distracción—. En una pequeña tienda enclavada en el corazón de Londres, toda una joya escondida.

—Me han dicho que hay un héroe entre nosotros, ¿y tal vez una pizca de heroísmo? —intervino su excelencia, Charles De Vere, duque de Bedford, que se había acercado sin ser visto. Una de sus cejas se arqueó inquisitivamente, adoptando una postura a modo de reto juguetón.

—En efecto. Tristan ha sido un verdadero héroe, aunque me temo que todo lo que hice yo fue observar su valiente rescate —dijo Emmeline, con el orgullo marcando su voz—. Dijo que cualquiera habría hecho lo mismo, pero yo no estoy tan segura. Actuó sin vacilar —añadió en voz baja, incapaz de enmascarar la admiración que tenía su tono—. Ha sido realmente asombroso.

—La señorita Brooks dice la verdad —dijo Olivia, duquesa de Thorne, uniéndose a la íntima reunión—. Lady Heathrow acaba de terminar de contarnos la historia. Tristan se ha comportado como la personificación de la galantería, según todos los presentes.

Tristan reapareció al lado de Emmeline, con un aspecto impecable.

—No nos entretengamos con las hazañas de la tarde. Tenemos una fiesta de la que disfrutar, ¿no?

—Por supuesto —asintió William, duque de Thorne, extendiendo el brazo hacia su esposa—. Y creo que los músicos han preparado una actuación especialmente animada.

Cuando el grupo se dispersó, mezclándose de nuevo en el remolino de la alegría, Emmeline permaneció muy consciente de la proximidad de Tristan, cada movimiento de este resonando en su interior como una cuerda pulsada.

—¿Me concedes el honor de este baile? —preguntó Tristan, con la mano extendida hacia ella.

—Me encantaría —respondió Emmeline, poniendo su mano en la de él una vez más. Cuando pisaron la improvisada pista de baile, el mundo que los rodeaba pareció desvanecerse en la insignificancia, dejando solo el vínculo que latía entre ellos, una conexión que prometía posibilidades incalculables y susurraba deseos aún no expresados. Y aunque el futuro seguía envuelto en la incertidumbre, una cosa estaba clara: su afecto por Tristan no era un mero devaneo del corazón.

Estaba enamorada.

Once



Al día siguiente por la tarde, los delicados dedos de Emmeline temblaban al desdoblar el pergamino, cuyo sello ya estaba roto con una falta de cuidado que contradecía la gravedad de las palabras inscritas en él. El sol de la tarde entraba por la ventana, proyectando matices dorados sobre la escritura que pronto ensombrecería su corazón. Cuando sus ojos recorrieron las líneas de la acusación anónima, cada palabra fue como un golpe en el pecho: su padre, Harold Brooks, enredado en los tratos más viles y con deudas contraídas con personajes de la peor calaña.

Un grito ahogado escapó de sus labios, un centinela silencioso de la devastación que se extendía dentro de su alma. Sabía que su padre era un canalla, pero ¿esto? ¿Cómo podía ser que el hombre que la había engendrado arriesgara no solo su reputación, sino también la de ella? ¿Acaso ella no le importaba? Con su inminente boda con Tristan próxima, aquella nefasta revelación amenazaba con echar por tierra su futura felicidad.

—Arabella —susurró Emmeline, su voz un hilo de sonido mientras buscaba consuelo en la presencia de su confidente.

Arabella, ataviada con un vestido azul claro que complementaba su espíritu vivaz, se acercó con una ceja enarcada en señal de preocupación.

—Emmeline, ¡estás pálida como un fantasma! ¿Qué te ocurre? —preguntó, con un tono entre preocupado y curioso.

—Lee esto —imploró Emmeline, extendiendo la carta como si fuera una víbora que no se atrevía a sostener por más tiempo. Los ojos de Arabella recorrieron la página, sus rasgos endureciéndose a cada instante.

—Tu padre ha sido muy imprudente —dijo Arabella, con palabras medidas pero teñidas por un trasfondo de urgencia—. Debes plantarle cara, querida. Solo si te enfrentas a este escándalo podrás protegerte de sus repercusiones.

—¿Pero cómo puedo enfrentarme a un hombre que domina el arte del engaño, y que lleva el honor como se lleva un abrigo, que desecha cuando le conviene?

El corazón de Emmeline se aceleró, sus pensamientos un torbellino de miedo y desafío.

—Porque eres Emmeline Brooks, una dama de valor e ingenio intachables —replicó Arabella, clavando su mirada en la de Emmeline con una convicción inquebrantable—. No dejes que los pecados del padre manchen el destino de la hija. Debes actuar, y rápido.

—Tristan... —La voz de Emmeline se quebró al pensar en su prometido, la personificación del honor y la pasión—. ¿Qué significará esto para nosotros?

—El afecto de Tristan por ti es más profundo que las aguas más turbias en las que tu padre haya podido adentrarse. No olvides que te ganó como premio en un juego. Él entiende de lo que tu padre es capaz. Confía en Tristan y en el cariño que ha florecido entre vosotros. Él no te abandonará —dijo Arabella, alargando la mano para apretar la de Emmeline con una fuerza que infundía valor.

—Muy bien —decidió Emmeline, con la espalda erguida mientras se decidía a enfrentarse a la abrumadora tarea que tenía por delante. Haría lo que pudiera, lo que tuviera que hacer, para proteger su futuro y el amor que sentía por Tristan.

Compartió una mirada de comprensión mutua con Arabella. Estaba decidida a enfrentarse a cualquier prueba que se le presentara, por el bien de su propio honor y del amor que prometía eclipsar incluso el más oscuro de los secretos familiares.

Las delicadas manos de Emmeline temblaban mientras sujetaba la carta incriminatoria. La tinta, tan cruda sobre el papel, parecía marcar su alma con sus viles revelaciones. A cada paso que daba hacia el estudio de su padre, el corazón le retumbaba en la caja torácica, como un prisionero sacudiendo su jaula.

—Padre —comenzó a decir ella, sin que su voz revelara nada de la tempestad que llevaba dentro—, me ha llegado una misiva. —Presentó el pergamino—. Dime, ¿qué has hecho?

Su padre, instalado detrás de una gran mesa caoba, parecía momentáneamente imperturbable, con su sonrisa practicada mil veces como una máscara impenetrable mientras ojeaba el contenido.

—Tonterías y locuras, mi querida Emmeline. Sin duda, no puedes dar crédito a acusaciones tan escabrosas.

—¡No lo niegues, padre! —insistió Emmeline, sus ojos ardiendo con el fuego de la indignación—. Exijo la pura verdad. ¡Mi futuro, el honor de nuestra familia, pende de un hilo!

Su padre palideció bajo su ferviente mirada.

—Oh, Emmeline —suspiró él, el peso de su engaño inclinando sus hombros, y por primera vez vio un destello de remordimiento—. He tonteado con las sombras y ahora vienen a reclamar lo que les corresponde. Pero no debes preocuparte por ello.

Por fin, confesó.

—Entonces quieres enmendarte, padre. Debes hacerlo —imploró Emmeline, con una súplica llena de amor y desesperación.

Sin que lo supieran, la silenciosa presencia de Tristan se cernía justo al otro lado del umbral, espiando la conversación. Apretó la mandíbula y su noble ceño se frunció con ira de justicia hacia el hombre que se atrevía a jugar con el futuro de su amada.

—Señor Brooks —intervino Tristan, saliendo de su escondite como un espectro vengativo—, saldaré estas deudas cuanto antes. Sus devaneos no serán la perdición de la reputación de su hija.

—Tristan —tartamudeó el padre, acobardado por la imponente ira de su futuro yerno.

—¡Basta de vacilaciones, señor! —ordenó Tristan—. Rectificará esta ignominia o se enfrentará a las consecuencias propias de un canalla.

Su declaración fue absoluta, sin admitir discrepancia. Emmeline observó, con un barullo de emociones revolviéndose en su pecho, cómo los dos hombres que tenía delante, la encarnación de su pasado y la promesa de su futuro, se enfrentaban al sórdido asunto que había quedado al descubierto.

El corazón de Emmeline era un campo de batalla: el amor y la lealtad chocaban en su pecho. Estaba de pie, pálida y temblorosa, entre los dos hombres que definían su mundo. Los ojos de su padre, antaño los faros de su confianza, reflejaban ahora las turbias profundidades del engaño. La

mirada de Tristan, en cambio, brillaba con un fervor inquebrantable capaz de incendiar la noche más oscura.

—Tristan —susurró ella, con voz frágil—, ¿es posible... después de semejante desgracia?

—Querida Emmeline —dijo Tristan, su voz suave mientras se acercaba, recortando la distancia entre ellos—. No dejes que tu corazón se turbe por las acciones despreciables de otro. —Su tono era tierno mientras se acercaba, salvando el abismo de su confusión—. Mi compromiso contigo es tan firme como la Estrella Polar.

—Pero mi padre...

—No es más que un hombre, con defectos y vacilante —dijo él, levantándole la barbilla con un suave toque, asegurándose de que sus ojos se encontraran—. No eres la guardiana de sus fechorías, y me aseguraré de que no sufras por ellas.

—Soy su hija —susurró Emmeline, su lealtad era un grillete que no podía soportar ni romper—. ¿Cómo puedo darle la espalda, incluso ahora?

—Dulce Emmeline —murmuró Tristan, atrayéndola al santuario de su abrazo—, apoyar a los parientes es noble, pero nunca debe empañar tu propia virtud. Navegaremos juntos por esto, y saldremos tan fuertes como siempre.

—¿De verdad puede haber un refugio para nosotros? —La duda parpadeaba en su interior, como una vela azotada por un viento implacable—. Si esto sale a la luz...

—Confía en mí, querida. —Los labios de Tristan rozaron su frente en una bendición de esperanza—. Tengo un plan para proteger tu reputación y asegurar que nuestro futuro permanezca impoluto.

—Tus palabras son un bálsamo, Tristan, pero me temo que el camino que tenemos por delante está plagado de problemas —confesó Emmeline, apoyándose en la fuerza de sus brazos.

—Problemas, tal vez, pero no temo a nada —dijo él, con los ojos brillantes de determinación—. Te elijo a ti, y juntos somos más que la suma de nuestras partes, más allá del alcance del escándalo y la sombra.

—Entonces pongo mi fe en ti y permaneceré a tu lado, siempre.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Así es, mi amor. Juntos, superaremos este sórdido asunto. Solo tienes que confiar en que te protegeré.

Tristan selló su promesa con un beso que hablaba de pasión y protección, su sabor era una embriagadora bocanada que no dejaba lugar a dudas.

—Confío en ti —dijo ella. Y en ese momento, envuelta en la devoción de Tristan, Emmeline encontró el valor para afrontar lo que le esperaba. El viaje podía ser traicionero, pero la recompensa, una vida entrelazada con la suya, merecía cualquier tribulación.

—Convoquemos a nuestros familiares y amigos de mayor confianza. Cuando lleguen, pondré en marcha mi plan —dijo Tristan antes de volverse hacia el padre de Emmeline y clavarle una dura mirada—. Usted, señor, permanecerá aquí en su despacho. No hable con nadie.

El hombre asintió con la cabeza antes de que Tristan sacara a Emmeline del despacho.

Poco después, Emmeline estaba de pie frente a sus amigos y familiares reunidos, con el corazón latándole a un ritmo entrecortado, reflejo de la urgencia con la que se había convocado la asamblea. Arabella, Olivia, Charles y Louisa, cada uno con un papel que cumplir en su gran plan, estaban ante ella.

—Tu perspicacia en manejar las situaciones sociales será nuestra punta de lanza —dijo Emmeline, dirigiendo su mirada hacia Arabella, cuyo ingenio era tan agudo como cualquier espada—. Necesitamos tu influencia para seducir a los lores de baja importancia que tontean con

los límites del decoro.

Arabella asintió, con una sonrisa socarrona en los labios.

—Dejádmelos a mí. Tejeré una red de intriga a la que nadie podrá resistirse.

—Olivia, mi querida cuñada —intervino Tristan con suavidad, dirigiendo su atención a la recatada joven, cuya apacible conducta ocultaba su férrea determinación—. Tu tarea es infiltrarte en los salones, averiguar cuchicheos y secretos que puedan fortalecer nuestra posición, así como gestionar cualquier cotilleo que pueda salir a la luz.

Olivia inclinó la cabeza y sus ojos brillaron con tranquila determinación.

—Seré tan discreta como la sombra y tan perspicaz como una pitonisa del Oráculo de Delfos.

—Charles —continuó Tristan, encontrándose con la mirada de su leal amigo—, tu destreza con los números nos será muy útil. Debemos evaluar la magnitud de la deuda y construir un acuerdo que esos buitres se dignen a aceptar. Tus contactos en los círculos del juego también nos serán útiles —añadió Tristan—. Descubre todo lo que puedas sobre las deudas del señor Brooks y de los implicados. Me gustaría evitar más sorpresas.

—Considéralo hecho —dijo Charles, sin que su confianza se viera afectada por la gravedad de su tarea.

—Y Louisa —dijo Emmeline, tendiendo la mano a la hermana de Tristan—, tus contactos con la clase mercantil son inestimables. Te necesitamos para conseguir recursos que puedan inclinar la balanza a nuestro favor.

—Todos los recursos a mi disposición y a la de Stephen son tuyos —prometió Louisa, su lealtad tan inquebrantable como las mareas.

Tristan puso un brazo alrededor de los hombros de Emmeline.

—Emmeline y yo nos encargaremos del señor Brooks, así como de contactar con los canallas con los que se ha relacionado para entablar negociaciones. Ahora que lo tienen en el bolsillo es poco probable que lo dejen marchar fácilmente.

Satisfecha con la delegación de funciones, Emmeline sintió que el peso de la incertidumbre se disipaba ligeramente de sus hombros. Cada uno tenía un papel que desempeñar, una parte en la intrincada danza que les llevaría al triunfo o a la desesperación.

La última táctica estaba por llegar: enfrentarse a los nefastos prestamistas que tenían las deudas de su padre. Con esa tarea en mente, Tristan y Emmeline se acercaron al señor Edmund Wycliffe, un hombre cuya reputación de astuto rivalizaba con la del mismísimo Maquiavelo. En las sombras de un club exclusivo, donde el aire estaba cargado de humo de puro y secretos susurrados, encontraron a su presa.

—Señor Wycliffe —saludó Tristan, con un tono suave pero firme—. ¿Nos concede un momento de su estimado tiempo, si es tan amable?

—Lord Tristan, y supongo que este es su encantador premio, lady Emmeline —dijo Wycliffe, sus ojos brillando con divertido interés—. ¿A qué debo el placer de esta cita clandestina?

—Negocios, señor —dijo Emmeline, con voz firme a pesar de los nervios—. Venimos a discutir cierta... deuda que ha llegado a nuestro conocimiento.

—Ah, las locuras de la mesa de juego —musitó Wycliffe, girando su brandy con despreocupación—. Un vicio que atrapa incluso a los más virtuosos de entre nosotros, aunque supongo que el señor Brooks es de su incumbencia.

—En efecto —dijo Tristan, rodeando al depredador como un león que evalúa a su rival—. Sin embargo, proponemos una solución que podría beneficiar a todas las partes implicadas.

—Dígame.

Wycliffe enarcó una ceja, intrigado muy a su pesar.

—Un acuerdo que salde las deudas —ofreció Emmeline, con los ojos clavados en los de Wycliffe—, y garantice el silencio sobre los asuntos que podrían empañar más de una reputación.

—Sus palabras suenan a escándalo y compensación —observó Wycliffe, una sonrisa apareciendo lentamente en su rostro—. Qué... deliciosamente impropio.

—La discreción es el alma del ingenio, señor Wycliffe —dijo Arabella, apareciendo al lado de Tristan con una inclinación de cabeza coqueta—. Y nosotros somos discretos.

—Muy bien —dijo Wycliffe, alzando su copa en un brindis silencioso—. Juguemos a ver qué fortuna nos depara esto.

En aquel ambiente cargado, rebosante de promesas de tratos secretos y sutiles juegos de poder, Emmeline sintió la emoción del peligro mezclada con la esperanza.

—Señor Wycliffe —dijo ella, con los ojos clavados en la enigmática figura que dominaba los bajos fondos de las apuestas y el juego. El mismo canalla que su padre le había propuesto como pretendiente. La mera sugerencia debería haber hecho saltar las alarmas, pero quién podría haber adivinado lo bajo que había caído su padre—, seguramente, un hombre de su... estatus entiende la importancia de la lealtad y el honor.

—Por supuesto, señorita Brooks —dijo él, con la mirada clavada en ella durante un largo momento—. Sin embargo, incluso el honor tiene un precio.

—Entonces discutamos las condiciones —dijo Tristan, con un tono peligroso mientras se acercaba a Emmeline en un alarde de protección para indicar que era suya.

Mientras continuaban las negociaciones, Emmeline sintió que una nueva confianza la invadía, alimentada por la certeza de que, junto con Tristan y sus leales aliados, eran una fuerza a tener en cuenta. Y a medida que avanzaban, unidos en su propósito, sabía que triunfarían, sin importar las probabilidades que tuvieran en su contra.

Dace

La tensión crepitaba en el ambiente del despacho de lord Breckenridge como una tormenta. Las velas titilantes proyectaban largas sombras sobre su rostro turbado. Tristan se paseaba frente a la chimenea, la opresión en la pierna era una preocupación lejana comparada con los nudos de ansiedad que se le formaban en el estómago. Cada paso era un testimonio silencioso de su determinación, un mantra rítmico contra la creciente oleada de presión que amenazaba con abrumarle.

—Maldita sea —murmuró en voz baja, volviéndose hacia el informe de Charles. El comportamiento normalmente imperturbable del duque de Bedford dio paso a una mueca de frustración. Sus esfuerzos por negociar con Wycliffe habían producido más resistencia de la esperada, y ahora descubrían más deudas.

—Nos han puesto trabas en todo momento —dijo Charles, entregando un fajo de papeles manchados de números y acuerdos tachados—. Parece que las deudas del señor Brooks van más allá de lo que nos temíamos.

—Entonces lo solucionaremos —dijo Tristan, con una resolución de acero en sus palabras. Escaneó los documentos, anotando el nombre de cada acreedor, cada suma exorbitante. Podía ser un granuja, pero cuando se trataba de proteger a Emmeline y su futuro, sería implacable.

—Emmeline no puede sufrir por las indiscreciones de su padre —continuó él, su voz un gruñido bajo—. Debemos presionar más, negociar con mayor astucia.

—De acuerdo —dijo Charles, enderezando los puños de su camisa con un chasquido decidido—. Pero debemos andarnos con cuidado, Tristan. Un paso en falso podría significar un desastre para todos.

Un golpe en la puerta los interrumpió, y Emmeline entró, se podía ver claramente su elegancia bajo la luz del fuego en la postura de sus hombros y la tranquila resolución en sus ojos. El corazón de Tristan rebotaba de orgullo y amor por aquella mujer que se enfrentaba a la adversidad con tanta entereza.

—¿Algún progreso? —preguntó ella, uniéndose a ellos junto al fuego. Sus ojos inteligentes y audaces, se encontraron con los de él.

—Progreso, sí, pero lleno de obstáculos. —Tristan le cogió la mano, sintiendo el temblor de preocupación que ella se esforzaba por ocultar—. Estamos en una verdadera partida de ajedrez con demonios, querida.

—Entonces tendremos que pensar en varios movimientos por delante —dijo Emmeline, apretando la mano de Tristan, una promesa tácita de unidad.

—Eso parece. Y aún no hemos desplegado a nuestro jugador más astuto.

Tristan miró hacia la puerta cuando Arabella entró en la sala, su ingenio y sabiduría eran bienvenidos.

—Buenas tardes a todos —los saludó Arabella con una inclinación de cabeza—. Traigo noticias de lady Lockwood. Ha accedido a organizar una pequeña reunión mañana por la tarde, un terreno neutral donde podríamos convencer a algunos de nuestros adversarios más obstinados.

—Excelente —dijo Emmeline, el alivio suavizó momentáneamente la tensión de sus facciones—. Su influencia es de un valor incalculable.

—Sin embargo, debemos tener cuidado con la autocomplacencia —advirtió Tristan, soltando la mano de Emmeline para volver a pasear—. Nuestros enemigos son hombres peligrosos sin honor.

—Entonces encantaremos a las serpientes —dijo Emmeline, con un brillo travieso iluminando su mirada—. Después de todo, aprendí de los mejores.

Lanzó una mirada penetrante a Tristan, y él no pudo evitar reírse de la broma.

—Así es —dijo con una sonrisa pícaro— Y juntos, los superaremos a todos.

—En la unión está la fuerza —dijo Charles. Juntos formaron un círculo de solidaridad, cada uno aportando su fuerza a la causa.

El grupo pasó el resto de la tarde trazando estrategias, sus mentes tejiendo intrincadas redes de diplomacia y engaño. Cuando el sol se puso, proyectando largas sombras sobre la sala, ultimaron sus planes. El aire estaba cargado de expectación y determinación, pues todos eran conscientes de la gravedad de la tarea que tenían entre manos.

Al anochecer del día siguiente, Emmeline estaba sentada en el elegante salón de lady Lockwood, rodeada de caballeros y lores de mala reputación. Los lacayos de uniforme circulaban con bandejas de champán, mientras conversaciones en voz baja resonaban por el espacio. Observó subrepticamente a los asistentes mientras conversaba con Arabella, fijándose en quiénes se agrupaban y quiénes se mantenían apartados.

Allí, el corpulento caballero que hablaba con lady Lockwood y Charles debía de ser el señor Hollingsworth, de quien se rumoreaba que era uno de los principales acreedores de su padre. Y el hombre delgado y con nariz de halcón de la esquina, que observaba la habitación con ojos entornados, solo podía ser el señor Lothford. Un escalofrío de aprensión recorrió a Emmeline, pero se tranquilizó y la determinación inundó sus venas. No la intimidarían.

En el otro extremo de la sala, captó la mirada de Tristan e intercambiaron un mensaje tácito entre ellos. Esa noche estaba impresionante, vestido de blanco y negro, con el pelo alisado hacia atrás. Era la imagen de un auténtico lord, pero Emmeline conocía al granuja que acechaba bajo la superficie. Intercambiaron sutiles sonrisas, dándose fuerzas el uno al otro, antes de que Tristan se volviera para hablar con el caballero que estaba a su lado, nada menos que el señor Wycliffe.

Emmeline dio un sorbo a su champán, recorriendo la sala con su mirada una vez más. La ausencia de su padre era notoria, sin duda poco dispuesto a enfrentarse directamente a sus acreedores como cobarde que era. Sintió una punzada en el pecho, deseando que las cosas fueran diferentes entre ellos. Pero no podía cambiarle a él, solo a sí misma.

A medida que avanzaba la velada, Tristan y Charles se relacionaban con los asistentes con maestría, presionando sutilmente aquí y lanzando amenazas encubiertas allá. Emmeline observó a lady Lockwood susurrando a los oídos, su comportamiento severo no admitía tonterías. Incluso vino a ayudarles el hermano de Tristan, el duque de Thorne. Eran fuerzas a tener en cuenta.

Emmeline estaba de pie en el salón en penumbra, con el corazón latiéndole con fuerza mientras observaba cómo se llevaban a cabo las negociaciones finales. La luz oscilante de las

velas proyectaba sombras danzantes sobre los rostros de los presentes, incluido el del astuto señor Wycliffe, cuya enigmática sonrisa no vacilaba mientras discutía los términos que asegurarían la liberación de las deudas de su padre.

—¿Estamos de acuerdo, entonces? —preguntó Tristan, con voz firme y autoritaria. Se mantenía erguido y seguro, con los hombros anchos y rectos frente al hombre que tenía su futuro en sus manos.

—Sí —dijo el señor Wycliffe con una sonrisa socarrona—. Acepto su oferta. Considere saldada la deuda de su futuro suegro conmigo, y no le concederé más créditos.

Una tensión palpable desapareció de la sala cuando Tristan estrechó la mano del señor Wycliffe para sellar el acuerdo. Los demás hombres siguieron su ejemplo, aceptando las condiciones e intercambiando apretones de manos.

El corazón de Emmeline se aceleró cuando se escribieron las últimas palabras del acuerdo, sellando el destino de su padre. Las cortinas del salón parecieron exhalar junto a ella, los intrincados dibujos de la tela se relajaron como si se hubieran liberado de una gran carga. Tristan estaba de pie frente a los prestamistas sin escrúpulos, con una postura inquebrantable, como un león que salvaguarda su territorio.

—Caballeros, su cooperación y discreción en este asunto no serán olvidadas —dijo.

Los prestamistas: un hombre corpulento con aire de prepotencia, un hombre larguirucho con una cicatriz irregular a lo largo de la mejilla y el peligroso pero elegante señor Wycliffe; asintieron con la cabeza, con los ojos brillantes de avaricia mientras examinaban los documentos.

El corpulento Hollingsworth dirigió su mirada a Emmeline.

—Confío en que las condiciones la satisfagan, señorita Emmeline —dijo, haciendo girar un gran anillo de rubí alrededor de su dedo regordete.

—Por supuesto. Y mi padre, el señor Brooks, no volverá a permitirse tales... —respondió Emmeline, con voz firme a pesar de la tempestad de emociones que se desataba en su interior— aventuras de ahora en adelante.

La mirada de Tristan se cruzó con la suya, y allí estaba: una promesa tácita que brillaba más que cualquier joya. Era un voto de protección, de apoyo eterno, y la envolvió como la más cálida de las mantas.

Cuando los acreedores se marcharon, con una serie de pomposos resoplidos, Emmeline sintió que se desataban las ataduras de la incertidumbre que la habían atrapado. Tristan se acercó a ella y la intensidad de su mirada penetró en lo más profundo de su alma.

Con todas sus fuerzas, Emmeline contuvo las lágrimas de alegría y agotamiento, y sus manos temblaron ligeramente al entrelazarlas.

—Gracias —dijo ella, con voz apenas audible.

—Emmeline, querida —dijo él, tomando sus manos entre las suyas—. Hemos sido probados por el fuego, pero aquí estamos, templados e intactos.

—Tristan, yo... —Su voz vaciló, abrumada por la oleada de gratitud y amor que amenazaba con desbordarse—. Has sido mi leal protector. ¿Cómo podré pagarte tanta devoción?

—No hables de deudas entre nosotros, cariño —le reprendió con suavidad, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar—. Lo que es mío es tuyo, y tus cargas son mías.

—¿Incluso cuando están plagadas de escándalos y tinieblas? —preguntó ella, atreviéndose a bromear a pesar de la seriedad de su situación.

—Sobre todo entonces —dijo él, ofreciendo una sonrisa que contenía tanto picardía como calidez—. Porque en las noches más oscuras es cuando las estrellas brillan con más esplendor, y tú, Emmeline, eres la estrella más brillante de mi firmamento.

Ahora que se había quitado de encima la carga de las locuras de su padre, se acercó a Tristan y su aliento se mezcló con el de él. En ese momento, cuando sus frentes se tocaron, el mundo exterior dejó de existir. Eran dos almas unidas por la adversidad, su amor era la cadena irrompible que los unía en medio de la tormenta. Porque Tristan la amaba. Ella podía verlo, sentirlo, aunque él no lo proclamara.

Ella le sonrió.

—Entonces naveguemos juntos por las estrellas, capitán —susurró Emmeline, con una voz impregnada de un fervor que reflejaba la pasión de su corazón.

—Por los siglos de los siglos —juró él, sellando su pacto con un beso que no solo prometía refugio, sino un amor que perduraría a través de todas las pruebas.

En aquel momento, al mirar a Tristan a los ojos, vio reflejado no solo al hombre que amaba, sino al héroe que se había alzado para defender su honor contra viento y marea.

Trece



La víspera de su boda, Tristan se paseaba inquieto por su estudio, con el corazón acelerado. Se dio cuenta de que no podía soportar una vida sin Emmeline, se le oprimía el pecho y se le hacía un nudo en el estómago. Él, que una vez se había enorgullecido de su condición de soltero y de su estilo de vida despreocupado, se encontró cautivado por la fogosa belleza. Fue como si su encuentro en el baile hubiera estado regido por el destino, sus caminos se entrelazaron incluso antes de que se dieran cuenta.

Los recuerdos de sus miradas robadas y sus bromas coquetas inundaron su mente, cada momento grabado en su propio ser. Tristan había encontrado en Emmeline una compañera ingeniosa, hermosa y valiente. Una amiga leal. Pero fueron los momentos de entendimiento tácito, las veces en que sus miradas se cruzaron en una habitación llena de gente, los que realmente fueron su perdición. Recordó la sensación de su mano suave en la suya, el calor que recorría sus venas con un simple roce.

La mirada de Tristan se posó en la baraja de cartas y los dados abandonados sobre su escritorio, los accesorios de sus pasatiempos antaño amados. Pero, si bien en otro tiempo habían captado su atención, ahora palidecían en comparación con el recuerdo de los seductores ojos avellanados de Emmeline y la cadencia de su risa.

Con una determinación que no había sentido en años, Tristan se sentó ante su escritorio, barajando distraídamente las cartas mientras ensayaba las palabras que le diría a Emmeline. Sabía que debía dejar su alma al descubierto, hacerle entender la profundidad de sus sentimientos y la sinceridad de sus intenciones antes de que intercambiaran sus votos matrimoniales. Quería que ella llegara al altar sabiendo cuánto la quería, cuánto la amaba.

—Emmeline —ensayó en voz alta, probando la sensación de su nombre en los labios—, me has desafiado, me has cautivado y, sencillamente, has trastornado mi mundo. No puedo imaginar un futuro en el que no compartas mis días y mis noches, mis triunfos y mis tribulaciones. Lo que empezó como el pago de una deuda y el deseo de proteger a una dama inocente se ha convertido en mucho más. Lo eres todo para mí.

Tristan se acercó a la ventana y, mientras contemplaba las bulliciosas calles de Londres, se juró a sí mismo y a cualquier poder superior que estuviera escuchando que sería el esposo que ella se merecía. Abandonaría su desenfreno por una vida de felicidad doméstica si eso significaba tenerla a su lado.

Tristan miró su reflejo en el cristal, un recordatorio del libertino que había sido una vez. Pero ahora, con el recuerdo del amor de Emmeline transformándolo, vio a un hombre capaz de

cambiar, un hombre desesperado por ser digno de ella.

No deseaba perder ni un minuto más, así que ordenó que le trajeran su caballo y partió hacia la residencia de Emmeline. Cabalgaba por las calles de Londres, con el corazón tan acelerado como su corcel. A medida que se acercaba a la casa, cada golpeteo de los cascos parecía el eco de su propio pulso.

Tristan se apeó y tomó aire antes de subir los escalones que conducían a la puerta de la casa. Golpeó con fuerza, y el sonido pareció resonar en sus huesos. Pasaron unos instantes, que le parecieron siglos, antes de que la puerta se abriera con un chirrido.

—Milord —dijo el mayordomo de Emmeline con una leve reverencia—. Lady Emmeline está en el salón.

Tristan pasó junto a él, sin esperar a ser anunciado. Aquello era demasiado importante para comportarse según el protocolo. Había desnudado su alma en soledad; ahora era el momento de hacerlo por completo ante su amada.

Emmeline levantó la vista sorprendida cuando Tristan entró en la estancia. Se levantó rápidamente y parpadeó sorprendida.

—Tristan... ¿qué estás...?

Él cruzó la habitación con zancadas rápidas y tomó las manos de ella entre las suyas.

—Emmeline, he venido hoy aquí para abrirte mi corazón. Lo que empezó como un acuerdo se ha convertido en mucho más. Me desafías, me atraes, me comprendes como nadie lo ha hecho antes. —Tristan le acarició suavemente la mejilla con el pulgar—. No puedo imaginar mi vida sin ti. Daría cualquier cosa, pagaría cualquier precio, por merecer tu amor a cambio.

Los ojos de Emmeline brillaban con lágrimas no derramadas.

—Oh Tristan... Pensé... Pero oírte decir...

Sin poder resistirse más, Tristan acercó sus labios a los de ella. Emmeline se derritió contra él con un suspiro, correspondiendo a su ardor con su propia pasión contenida. Se abrazaron como si temieran que el otro se les escapara como un sueño al despertar.

Cuando por fin tomaron aire, Tristan apoyó la frente en la de ella.

—Emmeline, cástate conmigo. No por la deuda que tu padre tiene conmigo, ni para evitar el escándalo. Cástate conmigo porque quieres. Porque me amas. Y forjemos un futuro juntos, uno en el que pasaré cada momento del día demostrándote mi devoción y mi amor. Y si alguna vez dudas de mis sentimientos, mírame a los ojos y encontrarás la verdad. Eres mi corazón, Emmeline. No puedo imaginar un futuro sin ti.

Ella le sonrió radiante a través de sus lágrimas.

—Sí, mi amor. Nada me haría más feliz que ser tu esposa.

Abrumado por la alegría, Tristan la levantó en brazos y la hizo girar eufórico. La dejó en el suelo y volvió a besarla, sellando una promesa con sus labios. Mientras sus lenguas bailaban juntas, la pasión se encendió entre ellos como un infierno, el deseo reprimido del uno por el otro estalló en una vorágine de sensaciones. Las manos de Tristan recorrían su figura, memorizando cada curva y cada hueco, mientras ella se aferraba a él como si fuera su salvavidas.

—Te deseo, Emmeline —le gruñó al oído, con la voz ronca por la necesidad—. Quiero hacerte mía para siempre.

La única respuesta de Emmeline fue llevarle la mano a los botones del vestido, una invitación silenciosa que él aceptó de buen grado. La tela se acumuló en el suelo, dejándola solo con la camisola y las medias.

Tristan la contempló antes de cogerla en brazos y dirigirse a grandes zancadas hacia su dormitorio. La tumbó en la cama y se despojó rápidamente de los pantalones antes de subirse a

su lado.

Con dolorosa ternura, la acercó sin apartar los ojos de los suyos. Recorrió su garganta con besos mientras ella se arqueaba hacia él, deseosa de más caricias. Sus manos se deslizaron por su cuerpo, acariciando cada centímetro de ella a través de la fina prenda. Emmeline suspiró de placer y le pasó los dedos por el pelo alborotado.

—Tristan —dijo—, hazme tuya.

Gruñendo como respuesta, Tristan la besó intensamente mientras sus dedos desataban hábilmente las cintas de la camisola. Deslizó la delicada tela por los hombros de Emmeline, dejando sus pechos a la vista de su mirada ardiente. Rompió el beso para continuar bajando a lo largo de la clavícula, antes de llevarse un tenso pezón a la boca.

Ella gritó ante la intensa sensación, aferrándose a los hombros de Tristan mientras él se deshacía en atenciones hacia sus pechos sensibles. Se retorció bajo él, con el calor acumulándose en su vientre.

Tristan la chupó hambriento antes de bajar, dejándole besos por el vientre mientras la despojaba de los últimos retazos de ropa que los separaban. Emmeline yacía ahora desnuda ante él, con una piel de marfil impecable que suplicaba ser explorada.

Se colocó entre sus muslos y acarició sus resbaladizos pliegues, rodeando el sensible bulto de su clítoris. Ella agitó las caderas, desesperada por más fricción, más contacto.

—Por favor, Tristan...

Incapaz de negárselo por más tiempo, Tristan se colocó en su entrada, mirándola con reverencia a los ojos vidriosos rebosantes de pasión mientras se hundía lentamente en sus profundidades. Ambos gritaron ante la intensa sensación de unirse por fin en uno solo.

Tristan la llenó por completo, amoldándose dentro de ella de la forma más deliciosa. Saboreó la sensación, temblando por el esfuerzo de mantener el control.

—Emmeline —dijo con voz ronca—. Mi amor, mi corazón...

—Sí, mi amor... Por favor —insistió ella, rodeándole las caderas con las piernas.

Espoleado por sus súplicas, Tristan se movió. Empujaba profunda pero lentamente, estableciendo un ritmo sensual diseñado para proporcionar a ambos el máximo placer. Ella no tardó en encontrar el ritmo, moviéndose en perfecta sincronía bajo él, arañando su espalda con las uñas.

—Qué sensación, Emmeline, como la seda y el fuego —gimió él, con los ojos verdes ardiendo de deseo—. Eres mejor que mis fantasías más salvajes.

Ella no podía formular una respuesta coherente, todo su ser estaba consumido por las sensaciones que la recorrían. Sus embestidas se hicieron más urgentes y sus cuerpos se deslizaron juntos en una sinfonía de placer carnal.

Su pasión crecía sin cesar, como un *crescendo*. Él aceleró el ritmo mientras ella se apretaba contra él y suspiraba su nombre, una y otra vez, como una bendición. Ya no existía nada más que el uno para el otro y la intensa unión de sus cuerpos.

Cada vez más y más hasta que ella finalmente se estremeció a su alrededor con un grito de éxtasis. Él la siguió de cerca, las paredes de ella apretadas arrancándole su propio clímax en potentes sacudidas.

Se aferraron el uno al otro mientras se calmaban los últimos temblores, con los corazones martilleándose el uno contra el otro. Tristan apartó con ternura el pelo húmedo de la cara de Emmeline y la besó suavemente en la sien.

—Te quiero —le dijo con fervor.

—Yo también te quiero, mi querido canalla.

Permanecieron abrazados durante largos minutos, mientras sus respiraciones agitadas y el ritmo constante de sus corazones resonaban en la habitación. Por fin, él se apartó de ella y la atrajo hacia sí, apoyando suavemente la cabeza de ella en su pecho.

—Nunca te dejaré marchar, mi amor.

—Y yo no quiero que lo hagas —dijo ella, acurrucándose contra él, satisfecha—. Pero esta noche debes hacerlo. Después de todo, tengo una boda que preparar y no creo que pueda soportar otro escándalo.

Una sonrisa maliciosa iluminó el rostro de Tristan cuando dijo:

—Por favor, dime quién es el afortunado.

Ella le dio un manotazo juguetón mientras él la acercaba, con su profunda risita llenando la habitación.

—Me temo que los dos tenemos un problema si no sabes quién es mi novio —dijo ella con un deje de exasperación fingida mientras intentaba incorporarse.

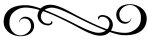
Él la abrazó con fuerza y le besó en la cabeza.

—Muy bien, querida. Pero una vez que intercambiamos nuestros votos, no podrás escapar de mí.

—No me gustaría que fuera de otra manera.

Ella le sonrió con cariño.

Catorce



Tristan, señor de la despreocupación y el escándalo, estaba de pie frente al altar sagrado, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho. Sus mechones ondulados castaño claro, normalmente despeinados y alborotados, estaban decentemente peinados. Sus ojos verdes, que habían evaluado a muchas bellezas en salones de baile a la luz de las velas, se clavaron en la mirada avellanada de Emmeline con una intensidad nacida de los nervios y la expectación.

Emmeline estaba frente a Tristan con el cabello oscuro elegantemente peinado y un porte distinguido que no dejaba ver ni una pizca de la agitación que había bajo su apariencia tranquila. Sin embargo, en sus ojos podía reconocerse un destello de inquietud mezclado con alegría. Estaba a punto de unir su vida a un hombre cuya reputación le precedía. Un hombre que había jugado con el destino y había ganado su mano. Un hombre que tenía su corazón, su cuerpo y su alma en sus manos.

—Tristan —comenzó el oficiante, su voz reverberando en los elevados arcos de la capilla—, ¿aceptas a esta mujer como tu legítima esposa?

Tristan pronunció su respuesta en forma de susurro empapado por la promesa que nunca se había imaginado capaz de hacer.

—Sí, la acepto —dijo, cada sílaba temblando por la magnitud de su convicción. Era un vividor que juraba eternidad, un libertino que prometía fidelidad, una contradicción de los términos, pero allí estaba, atravesando con sus palabras el alma del compromiso.

—Emmeline —el oficiante se volvió hacia ella—, ¿aceptas a este hombre como tu legítimo esposo?

Su voz, normalmente clara y segura, vaciló empañada de vulnerabilidad mientras hablaba.

—Sí, lo acepto —dijo Emmeline, dejando que la sinceridad de su corazón resonara a través del temblor de su tono.

—Los anillos —dijo el oficiante, con una cadencia solemne en medio del silencio de los testigos.

Tristan cogió la cajita de terciopelo que le había entregado su leal cuñado, el duque de Bedford. Sus dedos, hábiles tras años de manejar cartas y riendas, temblaron al abrirla, revelando una banda de oro que brillaba con la promesa de la eternidad. Los ojos de Emmeline captaron el brillo, reflejando un mundo de anhelos y sueños entretejidos en la sencillez de un anillo.

—Emmeline —dijo Tristan, con voz firme pero cargada con el valor de su compromiso—, con este anillo, yo te desposo.

Deslizó el metal en el dedo de ella, un enlace que provocó un cambio irrevocable en sus

vidas. Era más que una simple muestra; era un grillete de amor, aceptado con gusto.

La mano de ella hizo entonces una ofrenda similar: un anillo que reflejaba su comprensión por el pasado empañado de él y su fe en el futuro que compartirían. Al colocárselo en el dedo, le dijo:

—Tristan, con este anillo, yo te desposo.

En el lenguaje silencioso de su contacto, los votos se sellaron y las almas se entrelazaron.

—Entonces, con los poderes que me han sido conferidos —dijo el vicario, su voz resonando en la iglesia—, os declaro marido y mujer.

Cuando Tristan y Emmeline se miraron el uno al otro, vieron no solo al pícaro y a la dama, sino a dos espíritus afines embarcados en un viaje lleno de peligro y pasión. Sus votos no eran meras palabras intercambiadas, sino promesas sinceras grabadas en su alma, promesas de amor que los unirían o los quemarían.

En esa mirada compartida, todo se desvaneció en el éter: los susurros de la sociedad, el aleteo de los abanicos, el frufú de la seda. Solo había dos almas, puras y expuestas, que se atrevían a agarrar el amor con ambas manos, costara lo que costara. Tristan la estrechó entre sus brazos, capturando sus labios en su primer beso como marido y mujer.

Fue entonces cuando Charles De Vere dio un paso al frente, con su sonrisa pícara, ahora suavizada por un sentimiento de alegría que solo una ocasión así podía provocar. Levantando una mano en alto, captó la atención de la asamblea con la facilidad de un hombre que se había pasado la vida encantando salones y salas de baile por igual.

—Damas y caballeros —dijo y su voz de barítono resonó por toda la sala—, me presento hoy ante ustedes no solo como duque de Bedford, sino como amigo y hermano, tremendamente orgulloso. Ser testigo de la unión de dos espíritus tan extraordinarios es un regalo que todos atesoraremos. —Hizo una pausa, su mirada se detuvo en Tristan y Emmeline con una calidez que hablaba de lazos familiares y vínculos forjados a través de una amistad inquebrantable—. Tristan ha sido un canalla, un hombre cautivador, el tipo sobre el que se cuentan historias. Pero hoy da fe de cómo el poder del amor es capaz de transformarlo todo —proclamó Charles, con un brillo cómplice en los ojos que dejaba entrever secretos compartidos y desventuras pasadas—. Y nuestra querida Emmeline, con su ingenio afilado como un estoque y su corazón vasto como los cielos, ha encontrado en Tristan un alma afín. Juntos, se embarcan en un viaje cargado de promesas de pasión, escándalo y, sobre todo, devoción inquebrantable. Celebremos el enlace de la pareja cuya historia de amor resonará durante siglos, no como un cuento con moraleja, sino como una inspiración para todos los que se atreven a amar con valor y sin reservas. Por Tristan y Emmeline.

El público estalló en aplausos, como olas rompiendo contra la orilla de su nuevo comienzo, haciéndose eco del sentimiento que llenaba la sala: una embriagadora mezcla de alegría y admiración.

Las mejillas de Emmeline se sonrojaron de placer ante los elogios y la adoración, y sus ojos brillaron de alegría mientras se inclinaba hacia Tristan. Mientras él la sacaba de la iglesia, sus susurros se perdieron en medio del jolgorio, pero incluso en voz baja transmitían el peso del deseo y la emoción por lo desconocido.

Cuando Tristan y Emmeline llegaron para su desayuno nupcial, el gran salón de baile de la casa de los Breckenridge estaba resplandeciente; la luz del sol entraba por una pared de ventanales mientras las velas titilaban en los apliques dorados y las opulentas lámparas de araña, proyectaban una danza de sombras sobre los rostros de la élite de la alta sociedad. El aroma de rosas frescas y peonías inundaba el aire, con sus flores dispuestas artísticamente en jarrones de

porcelana que adornaban todas las mesas. Las risas se mezclaban con las notas de un cuarteto de cuerda mientras los invitados disfrutaban de la fiesta.

—Precioso —dijo Emmeline, recorriendo la sala con la mirada, observando las copas de cristal rebosantes de champán espumoso y el delicado encaje de marfil que cubría cada silla.

Tristan se inclinó hacia ella y el calor de su aliento le acarició la sensible piel de la oreja.

—No tan precioso como tú, mi amor —murmuró, con sus palabras impregnadas de la emoción por la noche que se avecinaba.

Cuando la música se convirtió en un vals cadencioso, Tristan guio a Emmeline hasta el suelo de parqué pulido. La multitud se abrió para ellos, un mar de rostros de adoración. Su mano se posó en la parte baja de la espalda de ella, estrechándola, mientras acercaba los labios a su otra mano, dándole un beso que le abrasó la piel a través del guante de seda.

—¿Vamos? —preguntó, aunque no era tanto una pregunta como una certeza.

—Desde luego —respondió ella, con voz firme, pero con la vibrante excitación de una mujer al borde del abismo del deseo.

Se movían como uno solo, con los cuerpos alineados con una facilidad que denotaba las horas pasadas en su cita secreta, dominando no solo los pasos, sino también el lenguaje del anhelo silencioso que circulaba entre ellos. El vestido de ella, una imagen de perlas y encajes, susurraba contra el suelo con cada elegante giro mientras él la guiaba durante el vals.

Cada inclinación de su cabeza, cada presión de la palma de la mano de él contra su cintura, lo decía todo. La suya era una conexión que trascendía el mero contacto físico: era como si sus almas bailaran entrelazadas en un éxtasis demasiado intenso para ponerlo en palabras. Con las miradas acaloradas que intercambiaban, podían ver su futuro reflejado: una danza interminable de devoción y de juramentos susurrados y de búsqueda de un placer sin límites.

—Siempre tuyo —juró él, con una voz armoniosa que rivalizaba con el *crescendo* de la música.

—Siempre mío —dijo ella, mientras se entregaba al momento que grabaría en su corazón para toda la eternidad.

Cuando sus labios se encontraron en un suave roce en medio de los aplausos, Emmeline supo que, con Tristan a su lado, cada paso que dieran era hacia un futuro resplandeciente de pasión y el dulce, dulce escándalo del amor verdadero.

Epílogo

Diez años después...

La risa de Emmeline, ligera y contagiosa, surcaba el aire perfumado mientras correteaba entre las rosas y los arbustos de lavanda, y los chillidos de alegría de sus hijos acentuaban la cálida tarde. Contemplaba con cariño cómo sus pequeños, ataviados con sus hábitos y calzas de juego, correteaban por los cuidados senderos del jardín, con las mejillas sonrojadas por la alegría de la persecución.

—¡Te pillé! —exclamó ella, cogiendo en brazos al más pequeño, un querubín de pelo rizado con los ojos verdes traviesos de su padre. El niño soltó una risita y se retorció para liberarse antes de plantar un beso en la mejilla de Emmeline.

—¡Otra vez, mamá, otra vez! —corearon los demás, tirando del dobladillo de su vestido, con las caras iluminadas por el simple éxtasis que solo la inocencia podía reunir.

—Muy bien —dijo Emmeline, dejando al alegre pequeño para ser asediada de nuevo. Fingió un tambaleo dramático, permitiendo a su retoño que se emocionase por la persecución. El corazón se hinchó en su pecho: era pura felicidad.

Tristan salió de la mansión, su presencia imponente incluso en un descanso tan informal. Se dirigió hacia ellos, las líneas entalladas de su traje acentuaban la anchura de sus hombros y la esbeltez de su figura. Una sonrisa se dibujó en sus labios, reservada exclusivamente para la escena que tenía ante él, en la que el amor de su prole florecía como las mismas flores entre las que retozaban.

—¿Con qué espléndida alegría me he topado? —exclamó, con una voz llena de diversión.

Los niños, al ver a su padre, estallaron en una nueva cacofonía de excitación, arremetiendo contra él con los brazos abiertos y con bulliciosas demandas de atención. Tristan, siempre tan indulgente como el patriarca de la casa, los complació con gracia, cogiendo a un niño y luego a otro, haciéndolos girar hasta que sus risas se mezclaron con el susurro de las hojas.

—¡Más alto, papá, más alto! —suplicaban, y Tristan, a pesar de las punzadas que de vez en cuando le daban en la pierna, cumplía con un vigor que les provocaba ataques de risa.

—Por supuesto, tesoros míos, tenéis que tocar el cielo —dijo él, cada palabra envuelta en el calor del amor paternal.

Emmeline se apartó, observando el tierno espectáculo. La visión de Tristan, antaño el libertino más famoso de Londres, ahora convertido en un padre y esposo devoto, le produjo un

escalofrío, no por el aire fresco del atardecer, sino por el calor que desprendía su mirada cuando encontraba la de ella al otro lado del jardín. Había en aquellas profundidades esmeralda, una promesa silenciosa de placeres privados aún por llegar cuando el día se rindiera al abrazo de la noche.

—Tu turno, milady —le hizo señas Tristan, tendiéndole la mano con encanto galante, invitándola a entrar en el círculo de su dicha familiar. Como arrastrada por una cuerda invisible, Emmeline se acercó a él y los pliegues de su vestido rozaron la hierba bañada por el rocío.

—Sé amable, milord —se burló, con una voz entrecortada por un desafío juguetón que insinuaba secretos inconfesables—. No soy más que una delicada flor en tus poderosas manos.

—Delicada, tal vez —dijo él, rozándole la espalda mientras se inclinaba hacia ella y le susurraba el aliento al oído—. Pero conozco bien la pasión que se esconde bajo este exterior gentil.

Sus miradas se cruzaron, compartiendo un momento de comprensión tácita, una conexión que vibraba con la expectación de la intimidad de la noche. Era una danza que habían dominado, un ritmo de miradas y caricias que decía más de lo que las palabras podían expresar.

—¡Mamá, mira lo alto que puedo saltar! —exclamó el más joven, con los pies apenas despegados del suelo y la ambición por alcanzar el cielo.

—Es cierto, alcanzarás las estrellas si saltas tan alto —dijo ella, su risa mezclada con el suave susurro de las hojas en la suave brisa.

Los tonos dorados del crepúsculo besaban los cuidados setos y las rosas en flor, proyectando largas sombras sobre el césped. El corazón de Emmeline revoloteaba como las alas de las mariposas que bailaban entre los pétalos, las alegres exclamaciones de sus hijos eran una sinfonía que ella no se cansaría nunca de escuchar.

Sin embargo, como todos los momentos entrañables, este también se desvanecería. La niñera, firme centinela de la rutina, se acercó. Su mera presencia indicaba que se acercaba el final de ese dulce interludio, y los niños, sintiendo el cambio, dieron voz a sus protestas.

—¿Tenemos que irnos? —imploró la mayor, con los ojos desorbitados por la seriedad de la juventud.

—Sí, queridos —respondió la niñera, con tono amable pero firme—. Vuestros padres necesitarán descansar para las aventuras de mañana.

La mirada de Emmeline se encontró con la de Tristan, una sonrisa traviesa adornó sus labios mientras su corazón latía expectante por lo que vendría por la noche. Sus ojos lo decían todo, un lenguaje silencioso nacido de secretos, deseos y anhelos. Con una tierna inclinación de cabeza, aceptaron la inevitable despedida.

—Haced caso a vuestra niñera —dijo Tristan, con una voz entrecortada por un pesar juguetón—. Un caballero debe saber cuándo retirarse con elegancia.

—Vamos, mis amores —les dijo Emmeline, con una suave caricia mientras apartaba un mechón de pelo de la frente de su hija—. Os esperan sueños del mañana, y estaremos aquí cuando amanezca.

—¿Lo prometes? —sonó el coro de voces pequeñas, una mezcla de esperanza y reticencia.

—Por mi honor —dijo Tristan, con un brillo pícaro en los ojos que prometía travesuras incluso mientras pronunciaba las solemnes palabras de un padre cariñoso.

—Buenas noches, papá. Buenas noches, mamá —repitieron los niños mientras intercambiaban besos con sus padres antes de que sus pequeños cuerpos desaparecieran en los reconfortantes brazos de la niñera.

—Buenas noches, pequeños —dijo Emmeline, observando su retirada, cada paso un eco de

su crecimiento y del paso del tiempo.

Cuando los últimos vestigios de luz diurna se rindieron a la inminente noche, Emmeline sintió la cálida mano de Tristan en la parte baja de su espalda. Una caricia posesiva pero suave que la hizo sentir oleadas de expectación. Ahora estaban solos, el jardín volvía a ser suyo, un santuario, un lugar donde las brasas de la pasión estaban siempre listas para convertirse en un infierno ardiente.

—¿Damos un paseo, milord? —preguntó Emmeline, con un timbre de voz que se adentraba en territorios tan provocativos como prometedores.

—Si es lo que quieres, mi amor —dijo Tristan, sus palabras una caricia de terciopelo.

Con las estrellas empezando a perforar el cielo cada vez más oscuro, serpentearon por los senderos del jardín, sus pasos en perfecta armonía.

Emmeline sintió el tierno tirón de la mano de Tristan mientras la alejaba de las fragantes flores que habían sido testigos de la alegría de sus hijos. Su camino serpenteaba entre los susurrantes sauces y los estoicos robles, conduciendo a una cañada oculta donde la luz de la luna bailaba sobre la superficie de un tranquilo estanque. Una exuberante vegetación abrazaba el rincón secreto, protegiéndolo de miradas indiscretas. Hacía tiempo que se había convertido en el lugar especial de Emmeline y Tristan.

—Estás lleno de sorpresas, mi amor —comentó Emmeline, su mirada reflejaba el agua brillante, evidenciando las profundidades de su curiosidad.

—Solo para ti, mi querida Emmeline. —Su voz era una cálida caricia—. Por ti, invocaré a la mismísima luna si te complaciera. —Sacó una pequeña caja de terciopelo de su abrigo, la luz de la luna se reflejaba en su superficie. La abrió con cuidado y reveló su precioso contenido: un collar de delicada artesanía y brillantes piedras preciosas—. Han pasado diez veranos desde que nuestros corazones se unieron —comenzó a decir, con el peso de los recuerdos y el aliento de los sueños vividos—. Cada gema que hay aquí —señaló con un dedo hábil las pequeñas gemas dispuestas en un elegante arco—, representa un año de risas y pruebas, de pasión y tiernos susurros en la oscuridad.

A Emmeline se le cortó la respiración y su corazón se aceleró al admirar los diamantes que brillaban como las estrellas, cada uno de ellos testimonio de su unión. Sin embargo, fue la pieza central la que atrajo toda su atención: una piedra más grande, resplandeciente y llamativa.

—Y esto —continuó él, con un tono de voz ronco que le produjo escalofríos— es para todos los años venideros. Para cada momento que aprovechemos juntos. Es una pequeña muestra de mi amor sin límites por ti.

El seductor aire nocturno los envolvió, testigo mudo del intercambio de votos no expresados pero profundamente sentidos. En la danza íntima de su existencia compartida, cada año era un paso, cada recuerdo un giro y cada promesa un salto hacia un futuro repleto de afecto sin límites y deseo apasionado.

Su pecho se hinchó con una respiración que apenas se dio cuenta de que había estado conteniendo, sus ojos reflejaron la miríada de destellos del collar cuando este emergió, glorioso y lleno de promesas, de sus confines de terciopelo. Con manos que denotaban a la vez ternura y seguridad, se acercó a ella por detrás, y su presencia ejerció una atracción magnética a la que ella nunca había podido resistirse. Sus dedos rozaron su nuca mientras cerraba el broche con destreza, y cada roce encendía pequeños fuegos en su piel.

—De verdad, Tristan —dijo ella, su voz un susurro en medio de la sinfonía de la noche—, me has concedido un tesoro que supera con creces el encanto de estas piedras.

—No tiene importancia, mi amor —dijo él, en su mirada un atisbo del pícaro que vivía en su

interior—. Porque el verdadero tesoro es el placer de verlas descansar sobre tu delicioso cuerpo.

El collar yacía sobre su escote, una cascada de luz entre las sombras del crepúsculo, cada gema un faro de su historia común. Recorrió la línea de joyas con un dedo, deteniéndose en la piedra más grande situada en el centro, presagio de años que los labios del tiempo tenían aún por besar. Se le escapó un suspiro, cargado de satisfacción y el dolor conmovedor del amor ensalzado a través de pruebas superadas codo con codo.

—Cada año ha sido un viaje —dijo ella, con sus ojos encendidos por las brasas del recuerdo—, y me siento siempre agradecida por el camino que me ha llevado a tu lado, a través de alegrías y penas por igual.

—Ah, pero soy yo quien está en deuda con el destino, por entrelazar mi alma con una tan resplandeciente como la tuya.

Sintió sus palabras como una caricia de la misma forma en que su mano se posó sobre la de ella, sus dedos entrelazados en un afecto familiar y un voto silencioso.

—Han pasado volando los años —meditó en voz alta Emmeline, mientras sus pensamientos recorrían los recuerdos.

—Es cierto, han fluido como el más fervoroso de los ríos —dijo él, con un tono mezcla de nostalgia y el ingenio innato que tanto le definía—. Sin embargo, me atrevería a decir que la corriente nos ha llevado a un remanso de felicidad tan dulce que no me gustaría que se alterara nuestro curso.

—A mí tampoco —dijo ella, apoyándose en el pecho de él, sintiendo el constante rumor de la vida bajo su chaqueta a medida. En aquel apartado enclave, envuelta en el abrazo de la naturaleza y del hombre al que adoraba, no había nada más que las promesas susurradas de la eternidad para guiarlos.

La serenata de las hojas acompañaba las tiernas palabras de Tristan, cuyos labios estaban a un suspiro de distancia de su oreja.

—Mi queridísima Emmeline —dijo él, cada sílaba como un juramente sagrado—, mi amor por ti es tan ilimitado como el cielo, tan eterno como las estrellas.

El calor de su aliento le recorrió el cuello, despertando un anhelo que yacía enroscado en su pecho, un anhelo que solo su contacto podía satisfacer.

Ella se volvió, con la mirada encendida por el rescoldo del deseo, y el mundo se desvaneció hasta que solo quedaron ellos dos, suspendidos en aquel fragmento de tiempo robado. Ella levantó la barbilla, una invitación tácita que él aceptó con entusiasmo.

Sus bocas se encontraron en un beso abrasador, una ferviente promesa sellada en unos labios ansiosos. Sus brazos la envolvieron, la fuerza y la seguridad se fundieron con un suave ardor, apretándola más hasta que los contornos de sus cuerpos estuvieron unidos. Los años que habían pasado juntos alimentaban la intensidad de su abrazo, cada caricia era una prueba del amor y el anhelo que el tiempo no había hecho más que profundizar.

—Emmeline —suspiró él contra su boca, la entonación de su nombre una caricia más potente que cualquier roce. El deseo la invadió como un buen brandy, excitante y embriagador, exigiendo que se rindiera a la promesa de la pasión nocturna que aún estaba por llegar.

Tristan y Emmeline se rindieron a la atracción que los había unido durante tanto tiempo. La lujosa alfombra de hierba bajo el cielo nocturno les dio la bienvenida con un susurro tan suave como el satén del vestido de ella, que ahora los rodeaba en un círculo de color cerúleo besado por la luna.

—Tristan —susurró ella, con una tierna melodía en la voz que aleteaba contra los sentidos de él mientras sus manos se embarcaban en exploraciones ardientes. Los dedos de él recorrieron la

delicada curva de la columna vertebral de ella, provocando escalofríos de placer.

La luna los bañaba con su luz etérea, confiriendo a su unión una luminiscencia de otro mundo. El collar reflejaba en cada gema la promesa de años aún por escribir. Sus cuerpos se movían en armonía. Una danza perfeccionada a lo largo de incontables noches de confesiones y sueños compartidos.

—Emmeline —murmuró él en su oído, sus labios trazando el camino de sus palabras—. Eres mi llama eterna, el faro que me guía, mi amor.

—Y tú eres mío —dijo ella con un jadeo de placer.

Con cada roce de piel contra piel, su conexión se hacía más profunda, envuelta en el resplandor plateado de la luz celestial. Las declaraciones de amor brotaban con la urgencia de la pasión.

Su necesidad mutua crecía con cada miembro entrelazado y cada latido compartido. La tierra que los rodeaba era testigo de la profundidad de su vínculo, un testimonio del amor que había crecido y florecido en medio de las innumerables pruebas de la vida.

Y mientras se movían juntos bajo la atenta mirada del cielo, la pasión que ardía entre ellos era tan ilimitada como el propio cielo nocturno.

En el silencio que siguió, en el que únicamente se escuchaba la melodía de la noche y los persistentes susurros de su amor, yacieron juntos. Atados, no por las convenciones de la sociedad, sino por el amor escandaloso y seductor que florecía entre ellos. Eran Tristan y Emmeline: un pícaro y una dama, marido y mujer. Amantes entrelazados en el resplandor de un amor que desafiaba todos los límites.

Extracto

Continúa para leer un fragmento del libro de la serie «Destinada a un canalla» de Amanda Mariel: «El conde de Stone»

Capítulo 1



Londres, Inglaterra
Baile de lady Hadley

No debería haberlos seguido. Debería darse la vuelta en ese instante y volver al baile. A pesar de que sabía lo que debía hacer, lady Louisa Breckenridge no pudo cumplirlo. Sobre todo al ver a su prometido acompañando a otra mujer de la fiesta. Tenía que descubrir lo que estaba haciendo, y por qué.

Louisa vio cómo la pareja doblaba una esquina del pasillo y contuvo las ganas de acelerar el paso. Cuando llegó a la esquina, se apoyó en la pared y se asomó. No vio a la pareja por ningún lado. Estaba convencida de que habían desaparecido tras una de las puertas del pasillo, así que salió de su escondite y se deslizó por él con cuidado de no hacer ningún ruido.

Cuando llegó a la quinta puerta, estaba a punto de rendirse. Después de todo, no debería espiar a su prometido. Si deseaba una unión amorosa, tenía que confiar en él. Y lo hacía, al menos antes de verlo de paseo con una mujer atractiva ataviada con un vestido provocador, los labios pintados y el cabello ondulado.

Louisa se apoyó contra la pared y suspiró. Era una locura. Un sentimiento de vergüenza le encogió el corazón mientras cerraba los ojos, e inhaló profundamente. No quería ser una tonta celosa. Tampoco quería dañar su relación con lord Stone. Se propuso olvidar su error y regresar al salón de baile, se enderezó y regresó por el pasillo.

Antes de que pudiera llegar al siguiente par de puertas, escuchó voces a su espalda.

—No puedes hablar en serio, Stephen. Una señorita ingenua nunca conseguirá captar tu atención.

—Quizá tengas razón —dijo lord Stone, su suave acento resonó por el pasillo.

—Claro que la tengo —susurró la voz femenina—. No me echas a un lado, cariño.

Los pies de Louisa se aproximaban a la conversación, a pesar de que su cabeza le decía que se marchara de allí. La pesada puerta de roble estaba ligeramente entreabierta, evitando que huyera de la escena. Se acercó conteniendo el aliento, y enseguida se llevó la mano enguantada a la boca. Tenía a la mujer entre sus brazos. El cuerpo ella estaba pegado al de él.

—No te va a satisfacer como lo hago yo —dijo la mujer.

Lord Stone la miró.

—Dudo que alguien pueda.

—¿Entonces por qué quieres terminar nuestra relación?

A Louisa se le revolvió el estómago. ¿Cómo podía hacerle esto a ella? Sabía que era común que los hombres de la aristocracia tuviesen amantes, pero pensó que él era diferente.

Su prometido soltó a la mujer y dio un paso atrás.

—Tengo algo de honor, gatita. Voy a ser fiel a mi esposa.

La piel de Louisa ardió al escuchar el apelativo cariñoso que le había dicho a la mujer. No parecía un hombre que no estuviera interesado en lo que la mujer ofrecía. De hecho, que se hubiera recluido con ella era una prueba de su interés.

—Una vez dijiste que nunca te casarías.

La mujer acarició con el dedo la corbata de él y fue bajando hasta el pecho.

Él la agarró de la muñeca, pero no le quitó la mano.

—Mi deber es casarme y tener un heredero con mi esposa —dijo con voz suave—. Ha llegado el momento de que asegure el futuro de mi título de conde.

Louisa pensó que iba a vomitar. Hablaba de ella como si no fuera más que una vulgar yegua que ha comprado para la cría. Se le acumularon las lágrimas en los ojos.

—No la amas —dijo la mujer, frotándose contra él.

Lord Stone sacudió la cabeza.

—Eso no importa.

—Claro que importa —dijo la mujer alzando la voz—. Si no la amas, entonces nos estás privando a ambos de compartir placer.

—No encuentro placer en ser infiel a mi esposa.

La mujer le abrazó y acercó su boca a la de él. A Louisa se le puso un nudo en la garganta y una lágrima se deslizó por su mejilla. Cuando vio que lord Stone no se apartaba de su amante, y no declaraba su amor por Louisa, ya no pudo aguantar más.

Louisa se alejó de la puerta. Se tropezó con su propia falda y se dio un golpe contra una mesa, provocando que una vasija de cerámica cayera al suelo y se rompiera. Su corazón latía con fuerza y se agarró la falda con una mano y echó a correr por el pasillo. Tenía que escapar.

Tenía que romper su compromiso, y tenía que huir.

—Espera —la llamó lord Stone por el pasillo.

Louisa se sobresaltó al escuchar su voz, pero no se detuvo. Al contrario, aceleró el paso. Giró por otro pasillo y corrió como si le fuera la vida en ello buscando una puerta que diera al exterior, y luego se adentró en la fría noche. Nada le importaba más que escapar.

—Lady Louisa, déjame explicarte —dijo lord Stone en el jardín, sus pasos acercándose cada vez más.

No quería escuchar ninguna explicación. Había sido testigo de todo. No había nada que pudiera decirle que cambiara lo que acababa de presenciar, y lo que había oído.

Él no la amaba.

Louisa irrumpió en la calle.

—Vete —gritó ella, sin mirar atrás.

—¿Y dejarte aquí a sola por las calles? No puedo.

—No pretendas que te importo —gritó Louisa, y luego dobló una esquina, esforzándose por seguir corriendo.

—Sí me importas.

La agarró del codo.

Louisa se detuvo y se giró hacia él. Sin aliento y enfadada, le lanzó una mirada de odio.

—Apostaría a que te importo lo mismo que si fuera ganado.

Él hizo una mueca.

—Si no me importaras, no te habría seguido.

—Si te importara no te habrías recluido con tu amante. Le habrías dicho que te importo, y desde luego, no la habrías besado.

Louisa escupió las palabras como si fueran dagas.

—Merezco tu enfado. Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadada, pero dame la oportunidad de explicarte.

Le intentó coger del otro brazo y la miró a los ojos.

Ella se apartó, evitando que la agarrase del brazo.

—No te debo nada.

—Vas a ser mi esposa. Lo menos que puedes hacer es permitir que me explique —dijo él, con un tono de súplica.

Esa declaración la enfadó aún más.

—Te libero de este compromiso. Ya no estás atado a mí.

Las palabras la sorprendieron al salir de su boca, pero ¿qué opción tenía? No podía casarse con un hombre que no la quería.

Él estrechó la mirada.

—¿Me estás dejando?

—Corrigo —dijo ella alzando la barbilla—. Te he dejado. Ahora suéltame.

Él dejó escapar un suspiro de frustración.

—Esto va a arruinar tu reputación.

—Sobreviviré.

Louisa apartó la mirada, enfocando su vista en una farola que había en la esquina.

Lord Stone le tomó la barbilla con los dedos para obligarla a mirarle.

—¿Y tus hermanas? Tus acciones también les van a afectar a ellas.

—Mis hermanas no querían que me casara con un hombre que solo me quiere para darle un heredero —repitió sus propias palabras—. Entenderán por qué he tenido que cancelarlo, y me apoyarán en mi decisión. Nunca querían que su hermana terminase como la yegua de cría de cualquier hombre.

—Quizá —dijo lord Stone mientras observaba a Louisa—. ¿Pero quieres que tu familia sea el centro de un escándalo?

—Me has dejado pocas opciones, milord.

—Puedes elegir dejar que me explique.

—¿Me amas?

Louisa se puso tensa mientras esperaba su respuesta.

Él le sostuvo la mirada.

—Los matrimonios aristocráticos rara vez son por amor. Me importas, lady Louisa. Y estoy dispuesto a ser un esposo bueno y fiel.

Ella se mordió el labio inferior, las palabras que acababa de pronunciar la atravesaron.

—Pero no me amas.

Lord Stone acunó su mejilla con la palma de su mano, y acarició con el pulgar la piel acalorada.

—Seré fiel. Yo te mantendré y te protegeré. La nuestra será una unión feliz.

Louisa sacudió la cabeza.

—No puedo ser feliz sin amor. —Dio un paso atrás, y soltó el codo de su agarre—. Rompo este compromiso para que puedas encontrar otra esposa o volver con tu amante.

Louisa pasó a su lado, con la cabeza bien alta a pesar de que su corazón estaba hecho trizas.
Se detuvo cuando un grupo de hombres se interpuso en su camino.

—Nosotros cuidaremos de la señorita.

Louisa gritó al sentir una mano en su muñeca. Luchó desesperada contra su captor.

—Suéltame —gritó ella, intentado dar una patada al sucio hombre. Miró hacia lord Stone, que avanzaba hacia ellos con furia reflejada en sus ojos verdes.

En un abrir y cerrar de ojos, yacía en el suelo.

Sobre la autora

Amanda Mariel, consumada escritora, posee un máster doble en artes liberales y educación, especializado en los fascinantes ámbitos de la historia y la literatura. Más allá de sus actividades académicas, se dedica al alegre caos de la maternidad, cuidando tanto de sus queridos hijos adolescentes como de su trío de adorados bebés peludos. Entre ellos, un noble boyero de Berna llamado Blaze, y dos gatos de marcado carácter, Ezra y Puff, comparten su hogar.

La autora de renombre de USA Today, conjura vívidos tapices de épocas de antaño, inspirándose en la lánguida cadencia de días pasados. Con la pluma en ristre y la imaginación desplegada, recorre los anales del tiempo, tejiendo relatos que iluminan paisajes históricos con delicadeza y estilo. Su espíritu creativo encuentra un respiro en la lectura, recorriendo nuevos horizontes a través de viajes y capturando momentos a través del objetivo de su cámara y de sus esfuerzos artísticos. Sin embargo, es en el abrazo de la familia donde encuentra su verdadero santuario.

Para profundizar en el cautivador mundo de Amanda, visite www.amandamariel.com. Una vez allí, la invitación a unirse a su boletín promete una puerta de entrada al último tesoro literario de Amanda Mariel, y la oportunidad de solicitar un libro electrónico gratuito.

La pasión de Amanda se extiende a sus lectores, acogiendo sus voces e historias en su reino narrativo. Ponte en contacto con ella por correo electrónico en amanda@amandamariel.com, o a través de sus redes sociales.

Facebook: facebook.com/AuthorAmandaMarie1

Twitter: twitter.com/AmandaMarieAuth

BookBub: bookbub.com/authors/amanda-mariel

Instagram: instagram.com/authoramandamariel

TicTok: tiktok.com/@amandamarielromance

Entre la prosa y el pergamino, Amanda Mariel graba una profunda conexión, tendiendo puentes entre épocas, corazones y mentes, creando un legado que resuena a través de los pasadizos del tiempo.

Agradecimientos

Gracias por tomarte el tiempo para leer «Escandalosamente mío»

¡Tu opinión cuenta!

Por favor, dedica un momento a reseñar el libro en tu página de reseñas favorita y comparte tu opinión con los demás lectores.



Amanda Mariel exitosa autora de *USA Today*.



~Romances históricos conmovedores que te dejan sin aliento~